


Juan Durán Luzio

**Siete ensayos
sobre Andrés Bello,
el escritor**

A portrait of Andrés Bello, a man with dark hair and a serious expression, wearing a dark suit and a white shirt with a dark bow tie. The portrait is centered on the cover.

EDITORIAL ANDRES BELLO

Juan Durán Luzio, chileno residente en Costa Rica desde 1977, se tituló como Profesor de Castellano en la Universidad de Chile y posteriormente obtuvo un Doctorado en Literatura Románica en la Cornell University, Estados Unidos. Es autor de medio centenar de artículos especializados y de los siguientes libros:

Poetas y Prosistas del Renacimiento en Hispanoamérica (Madrid: La Muralla, 1978);

Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica (1979);

Lectura histórica de la novela El recurso del método, de Alejo Carpentier (1982);

Bartolomé de las Casas ante la conquista de América. Las voces del historiador (1992), y

Entre la espada y el falo: la mujer americana bajo el conquistador europeo (1999).

Los cuatro últimos títulos publicados en Heredia, Costa Rica, por la Universidad Nacional.

SIETE ENSAYOS SOBRE ANDRES BELLO,
EL ESCRITOR

JUAN DURAN LUZIO

SIETE ENSAYOS SOBRE
ANDRES BELLO,
EL ESCRITOR

EDITORIAL ANDRES BELLO

Barcelona • Buenos Aires • México D.F. • Santiago de Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© JUAN DURAN LUZIO

Derechos exclusivos

© EDITORIAL ANDRES BELLO

Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Registro de Propiedad Intelectual

Inscripción N° 110.542, año 1999

Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta primera edición
de 1.000 ejemplares en el mes de septiembre de 1999

IMPRESORES: Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-1598-X

Agradecimientos

A la Universidad Nacional de Costa Rica,
por el apoyo incondicional que ha
brindado a mis labores de investigación.

A Pedro Lastra, amigo y maestro.

INDICE

Introducción: Andrés Bello, una vida en la enseñanza . . .	13
Andrés Bello, poeta de la independencia hispanoamericana	27
“La Agricultura de la Zona Tórrida”: expresión literaria de un proyecto de identidad nacional	53
Sobre Bello en Londres: textos y contextos durante la elaboración de sus <i>Silvas Americanas</i>	85
Alexander von Humboldt y Andrés Bello: etapas hacia una relación textual	103
Nota de Bello: <i>Vues des Cordillères</i> . Alcances de una solitaria indicación al margen	123
El castellano como lengua de la nueva realidad hispanoamericana	153
Victor Hugo en un traductor americano: Andrés Bello . .	181
<i>Bibliografía</i>	203

Andrés Bello, una vida en la enseñanza

Cuando Andrés Bello nace en Caracas, en noviembre de 1781, el mundo hispanoamericano se debatía entre el peso de la larga tradición colonial y las primeras presencias de nuevas corrientes políticas y culturales, que poco después, paulatinamente, iban a cambiar la vida del continente. Época de transición que no finaliza con las declaraciones de independencia de España: el proceso se iría consumando a lo largo del siglo siguiente y, en esa difícil etapa, Bello estaba llamado a desempeñar un papel decisivo, como escritor, pensador y educador. Es cierto que como artista transita entre dos épocas: la de vigencia de los gustos neoclásicos del siglo dieciocho y la del surgente romanticismo, pero como pensador y maestro sus contribuciones estaban orientadas por el signo del porvenir. También su vida se suele dividir por etapas de residencia –Caracas, Londres, Santiago– y esto no causa menoscabo en la unidad mayor que es su gran obra creativa.

Desde sus días caraqueños la educación de Andrés Bello se fundamenta en los estudios de letras y algo de ciencias naturales; la universidad colonial le ha permitido acceso, aunque limitado, a los autores que entonces constituían un acervo de lo fundamental en las colonias de España: los mayores escritores de Grecia y Roma y las obras del Siglo de Oro. El predominio del latín y la retórica, para orientar vocaciones hacia la Iglesia, no limita al joven Bello; al contrario, tal conocimiento va a proveerle las bases de una formación general que no dejará de perfeccionar durante toda su larga vida, guiado por una suerte de inclinación na-

tural por el saber: se cuenta que desde su infancia leía a Virgilio y a Calderón de la Barca.

De esa época son sus primeras composiciones en verso, que mostrarán la germinación de un poeta en las líneas de preferencias imperantes en el momento; entre ellas, la más conocida es su *Oda a la vacuna*, donde se expresan con claridad las preocupaciones de un intelectual del Siglo de la Razón admirado por los avances de la investigación natural, y entusiasmado por Carlos III y el sistema borbónico. Son también de sus años venezolanos las primeras experiencias de difusor cultural: como redactor principal de la *Gazeta de Caracas*, desde 1808, contribuye con artículos que traduce del francés y del inglés. Poco después es el autor del *Calendario manual y guía de forasteros en Venezuela para el año de 1810*, primer libro impreso en Venezuela.¹

El conocimiento de las lenguas clásicas, además, le conducirá por el camino hacia la formación del humanista moderno, dirigido a dominar el inglés y el francés, y será causa que lo conduzca a un compromiso con la gran cruzada nacional de entonces: la lucha liberadora anticolonial. La invasión napoleónica a la Península y la consecuente crisis administrativa obliga al criollo a revisar sus posiciones. Por esto, a principios de 1810, Bello viaja a Londres acompañando a una misión que encabeza Simón Bolívar, ex discípulo suyo en los cursos que impartía como tutor privado, para solicitar asistencia a la corona inglesa con el fin de incrementar la guerra independentista en contra de España.

Londres abrirá a Bello las puertas de un universo letrado mucho más amplio que el propio y, de otro modo, mucho más acorde con sus apetitos culturales. La llegada a la capital del bullente imperio Británico será oportunidad para un encuen-

¹ Para los detalles bibliográficos de estos primeros escritos son indispensables los estudios de Pedro Grases, *Libros de Bello editados en Caracas en el siglo XIX* y la edición del *Resumen de la historia de Venezuela*, resumen que se incluye como una sección del *Calendario manual*. Ambos textos, reimpressos en Caracas en 1978 por La Casa de Bello.

tro dual: con los autores de la antigüedad, varios de los cuales conocía apenas de nombre, y con la agitada producción intelectual de la Europa dieciochesca y del siglo que entraba. Ya en casa de Francisco de Miranda, donde se hospedan, se inician diálogos y lecturas que prepararán surcos a nuevas simientes intelectuales y, claro, terminarán de definir sus ideales patrióticos.

Era inevitable que su vocación por el saber le condujese al sitio que sería allí su centro: el British Museum. La biblioteca pública de Londres será su mayor atractivo, y ahí, además de la lectura, las tareas filológicas le ofrecen un desafío: entre los depósitos del Museo Británico encuentra documentos que le permiten ir completando sus reflexiones acerca del poema de *Mío Cid* y la versificación épica. El propósito de sus múltiples notas es el de levantar una edición crítica de la célebre obra; pero era demasiado temprano entonces para una contribución de tal naturaleza; los editores no mostraron interés en apoyar una publicación de esas dimensiones. Sin embargo, esta clase de indagaciones le permite ampliar conocimientos filológicos y gramaticales, que décadas después darán resultados sorprendentes.

Pronto será la poesía la que vuelva a ocupar la inspiración y la energía dedicadas a la investigación erudita. Las motivaciones políticas de cuanto ocurría en las alzadas colonias le inducen a diseñar un cosmos lírico relativo a las luchas de independencia, y a trazar las líneas de desarrollo y acciones que debían seguirse en la venidera época de libertad que aguardaba al continente. Las noticias que recibe de Hispanoamérica las va integrando en un plan poético que titula provisoriamente *Silvas americanas*. Pero también debió existir otro móvil que hace aun más acendrado su americanismo: la intensa nostalgia por el suelo materno, que le lleva a recordar en detalle los sitios queridos de su infancia y juventud; de aquí las ansias por enterarse sobre lo que se dice y escribe acerca de los territorios en lucha. Apenas al año de hallarse en Inglaterra le confiesa a su madre en Caracas: “Es indecible el ansia que tengo de regresar al seno de mi familia, y entre otros motivos, por la

consideración de la estrechez en que las circunstancias de esa provincia habrán puesto a usted, y por la imposibilidad en que me encuentro de atender a ello desde aquí, pues no tengo medios de que disponer. Considero que mi regreso será pronto y seguramente no estaré ya seis meses sin ver a usted.” Pero los meses y los años extenderían de modo inclemente ese plazo: nunca podrá retornar a su patria ni al encuentro con los suyos. Permaneció en Inglaterra hasta 1829 cuando decidió embarcarse para Chile, donde iba a morir el 15 de octubre de 1865.²

Desde los años londinenses su inspiración lírica y su saber humanista no estarán jamás desprovistos de aquella motivación emocional, que hacen de Bello un pensador tan particular y tan sinceramente comprometido. No menos destacable durante esta época es su labor de editor; en 1823 da a conocer su extenso poema “Alocución a la Poesía”, el cual sirve de pórtico a la revista *Biblioteca americana* que él edita en compañía de su amigo colombiano Juan García del Río. La publicación está destinada a lectores de los países que ingresaban a la vida independiente, pero las dificultades de distribución detienen ese noble objetivo. En carta a potenciales suscriptores, poco anterior a la aparición del primer número, Bello declaraba: “La general necesidad que tienen los nuevos países americanos de papeles útiles que contribuyan a la ilustración de los ciudadanos en ramos tan interesantes como las ciencias, las artes y las letras, nos permite esperar un eficaz apoyo para cumplir con un propósito a todas luces elevado y noble en el cual no hay, como bien puede usted apreciarlo, intenciones de lucro. Estamos ciertos que los gobiernos de los estados americanos responderán a esta iniciativa por medio de suscripciones que aseguren la vida de nuestro intento...” (I, 127-128). Sin embargo, esa ayuda no llegó y el intento editorial no pudo continuar después de su primer tomo.

² Esta carta y las que se citen en adelante se copian del *Epistolario*. Obras completas de Andrés Bello. vols. XXV y XXVI. Prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta (Caracas: La Casa de Bello, 1984) I, 45.

Pero la convicción pedagógica de Andrés Bello era superior a tales adversidades: tres años después insiste con un segundo logro, *El repertorio americano*, revista que lleva a modo de pórtico su célebre poema “La agricultura de la Zona Tórrida”, dedicado a cantar las muchas posibilidades que se ofrecían al cultivo del suelo en los países ya soberanos, desde México a la Argentina. Con esas obras inicia la proyección continental de su labor educativa porque ambos periódicos tienen como fin ilustrar e informar a sus compatriotas para que comiencen a trabajar por erradicar las pesadas imposiciones del colonialismo. Dar a conocer entre sus conciudadanos americanos las corrientes actuales del pensamiento europeo se convierte para Bello en un mandato. Y allá el periódico le resulta un instrumento imprescindible: desde Londres podría dirigirse y proyectarse por toda América; y si las limitaciones que imponían las guerras de independencia le impiden retornar a su patria para ser el poeta de esos hechos, cerca de los suyos, pareciera que decide serlo desde Inglaterra, para todas las nacientes repúblicas.

Este Bello que entonces se cultiva intensamente, a pesar de las muchas penurias económicas que debe enfrentar, entiende el saber como una vía hacia la libertad, y su determinación por empeñarse en difundir conocimientos y discutir ideas por medio de las revistas, aparece en él como clara razón para comprometer todos sus esfuerzos –y sus muy pocos recursos– en tal misión. Es sorprendente que hacia fines de 1826, cuando promueve afanosamente la continuación de *El repertorio americano*, se vea en la penosa obligación de escribir a Bolívar estas líneas: “Mi destino presente no me proporciona, sino lo muy preciso para mi subsistencia y la de mi familia, que es algo ya crecida. Carezco de los medios necesarios, aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí, ni a mi familia espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad.” (I, 225). Por estos días era el secretario y a veces el encargado de la legación de la Gran Colombia en Inglaterra, pero los salarios o no existían o casi nunca llegaban a sus manos.

Un cambio inesperado en su vida le aliviará de tales padecimientos y le abrirá otras vías para el empleo de su poderosa inteligencia: el viaje a Chile. En 1824 llega a Londres Mariano Egaña para asumir la representación de Chile, que Bello servía también como secretario interino hacía ya un par de años. El joven Egaña recibe el auxilio y el consejo de Bello, y admirado de su saber y prudencia se propone ganarlo para Chile. Por fin, el 15 de septiembre de 1828 una orden del presidente Francisco Antonio Pinto le comunica su nombramiento en Santiago en algún empleo acorde con su categoría y experiencia.

El difícil traslado, cuando tiene ya casi cincuenta años de edad, le va a proporcionar el lugar para realizar anhelos largamente postergados: su reinserción en el medio criollo, más añorado, según pasaba el tiempo en Londres, y el espacio libre y remunerado para la creación editorial y literaria. Además, en la oportuna oferta chilena hay aun la salvedad de permitirle un cambio a otro punto del continente de no ser de su agrado este país. Así lo reconoce Bello en su respuesta al cónsul general de Chile: "He tenido la honra de recibir el oficio de V. S. de 15 del corriente, en que me comunica la resolución de S. E. el Presidente de la República de Chile, que acogiendo mis deseos de trasladarme al servicio de aquel gobierno, se ha dignado a ofrecer a nombre de éste, que se me costeará el viaje, se me proporcionará colocación a mi llegada y en caso de no haberla inmediatamente y de no acomodarme permanecer en el país se me suministrarán los auxilios necesarios para dirigirme a cualquier otra parte de América." (I, 401). No fue necesaria la aplicación de esta última cláusula, para fortuna de los chilenos, sus nuevos discípulos y conciudadanos.

El medio chileno, y el hispanoamericano, en general, estaban a la espera de un maestro como Bello, necesitados de un guía intelectual. Y éste comienza a ganarse un lugar en la sociedad santiaguina desde posiciones modestas, pero en ellas siempre fiel a su gran vocación pedagógica. Tampoco descuidó su aptitud de difusor cultural: desde 1830 y durante veintitrés años se desempeñó como redactor de las secciones

extranjeras, de ciencias y de letras del semanario *El Araucano*, del cual llegó a ser director en 1850. Fue también colaborador frecuente de *El Crepúsculo*, donde dio a conocer sus reflexiones metafísicas, que más tarde darían base a su *Filosofía del entendimiento*, de publicación póstuma. En ambos periódicos, además de dar a conocer a los grandes autores europeos por medio de reseñas críticas y traducciones, Bello alentó a los jóvenes creadores chilenos mediante comentarios constructivos, y orientó igualmente a la sociedad que lo acogía en diversas cuestiones prácticas, tales como usos ortográficos o la inconveniencia de censurar los libros.

Al mismo tiempo había iniciado la redacción de proyectos más amplios: ya en 1832 publica *Principios del derecho de gentes*, obra que, aumentada, reapareció en 1844 con el título de *Principios de derecho internacional*; pero su gran labor en el terreno jurídico culmina el 1° de enero de 1857 cuando entra a regir en Chile el Código Civil del cual Andrés Bello es redactor principalísimo. Estaba del todo inmerso en el quehacer legislativo porque desde el año 37 fue elegido Senador de la República, por gestión de Diego Portales, y ese cargo lo mantendrá hasta su muerte.³ Estas contribuciones de Bello nacían de otra convicción profunda: las condiciones sociales y políticas del medio chileno, que él imaginaba bien como síntesis de las condiciones generales del continente, le indicaban que sus tareas debían ir más allá de las letras. Desde entonces se empieza a diseñar la magnitud enorme del maestro que se levanta desde la escritura y desde la acción docente y política. Acción que despliega en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Senado, en el aula del colegio, en las lecciones particulares, en la dirección escolar, luego en la universidad, incesantemente, como si Bello quisiera recuperar en esas labores los veinte años que no pudo darles a la docencia y a la sociedad criollas por su ausencia londinense.

³ Las informaciones relativas a sus tareas en el derecho se corroboran de acuerdo con el estudio de Martín Alonso Pinzón, *Andrés Bello jurisconsulto* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1982).

Para ejecutar sus deberes de la manera más apropiada era preciso dotar de textos adecuados a los alumnos; así ven luz sus *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*, en 1835. Luego, en 1841, aparece en Valparaíso, donde Bello gustaba pasar sus veranos, *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, que después será incorporado a su *Gramática*. Aún más tarde, en 1850, edita sus cursos de *Literatura antigua del Oriente* y *Literatura antigua de Grecia*. Hay algo más sobre su condición de maestro que delinea otro rasgo profundo del verdadero humanista: la modestia de quien, descontado su vasto saber, ni impone su presencia ni clama derechos, sino que espera, por mérito y constancia de su obra, contribuir a la formación de los otros, antes que al reconocimiento público. Así lo advirtieron las autoridades civiles, quienes, ya en octubre de 1832, le otorgaron la condición de “chileno legal”.

El saber de Bello comprende, en efecto, varios campos, lo cual se confirma cuando en 1848 publica una *Cosmografía o descripción del universo conforme a los últimos descubrimientos*, como él agrega en la Introducción, se trata de “una exposición tan completa del sistema del universo, según el estado actual de la ciencia astronómica, como lo permitía la limitada extensión a que me he reducido”. Era el fruto de otra de las pasiones que le acompañaban desde los años juveniles: el estudio de las ciencias naturales. Tampoco abandona en sus jornadas santiaguinas las labores de traductor creativo, pero ahora bien consciente que las versiones en lengua española eran una forma de difundir entre sus discípulos y lectores la gran literatura occidental, tan necesaria para la formación literaria como general de los hispanoamericanos. Así, dio a las prensas un estudio sobre y una biografía de su admirado Lord Byron.⁴ Y hay algo más que surge desde el Andrés Bello traductor de poesía: la traducción es asimismo la opción para una creación más personal; a menudo para él la palabra de un gran autor es tam-

⁴ De E. Bulwer-Lytton, *Lord Byron* (Santiago: Imprenta de El Mercurio, 1845) y de A. F. Villemain, *Biografía de Lord Byron* (Santiago: Imprenta Chilena, 1846).

bién su palabra, o podría serlo; así ocurre cuando traduce los emotivos poemas de Víctor Hugo. En otra ocasión, para animar la vida escénica de la capital, trasladó al español y adecuó el drama *Teresa*, de Alejandro Dumas, que se representó con éxito desde 1839. Culminó estas faenas tarde en su vida, cuando en 1862, a pesar de su abatida salud, entregó en volumen su espléndida versión del poema renacentista italiano, *Orlando enamorado*.⁵

A pesar de la acogida que la obra y la persona de Andrés Bello tienen en el medio, es comprensible que no siempre le acomodaran las circunstancias del país que lo hospedaba, como lo reconoce, por ejemplo, en carta dirigida al poeta peruano Felipe Pardo Aliaga, quien pensaba venir a residir en Chile; allí le confiesa, para disuadirlo: “sé lo que cuesta el sacrificio de la patria, y porque con el exagerado nacionalismo de los americanos, el que renuncia a la que le dio la naturaleza puede hacerse cuenta de que no tendrá otra ninguna en América. Aquí me tiene Ud., ciudadano chileno por ley, y padre de chilenos, y empleado hace más de diez años por el gobierno y.. y sin embargo, de todo esto tan extranjero como si hubiera acabado de saltar en tierra, en la opinión de casi todos los chilenos”. (II, 54-55). Es cierto que durante este tiempo pasó, además de quebrantos de salud, por el sufrimiento de perder a varios de sus hijos en edad temprana.⁶ Sirva lo anterior para introducir un breve comentario acerca del temple espiritual de Bello: los

⁵ Es también la más extensa traducción de Bello, y tal vez la más libre: algo más de nueve mil versos componen su versión titulada *El Orlando enamorado, del conde Mateo María Boyardo, escrito de nuevo por Berni y traducido al castellano por don Andrés Bello*. Introducción de Diego Barros Arana (Santiago: Imprenta Nacional, 1862).

⁶ Fueron ellos: Dolores Bello Dunn, su querida Lola, falleció en Santiago en 1843, a los 9 años de edad; Francisco Bello Boyland, prosecretario del Senado, murió de 28 años, en Santiago, en 1845; Ana Bello Dunn murió de 22, al dar a luz, en 1851; Ascensión Bello Dunn, ahijada de Diego Portales, de 23 años, en 1856; Juan Bello Dunn falleció en Nueva York en 1860, a los 36 de edad, siendo encargado de negocios de Chile en esa ciudad. Carlos Bello Boyland, el primogénito, murió en Santiago en 1854 de 39 años. En una hermosa carta de pésame por esta muerte Francisco Bilbao llama a Bello “Arbol majestuoso de la zona tórrida trasplantado a Chile”. *Epistolario*, II, 309.

duros golpes que recibió en su vida no fueron óbice para debilitar su voluntad de trabajo ni su espíritu creativo; esas vicisitudes no lo disminuyeron y su pasar en Chile continuaba marcando el naciente proceso cultural del país; los gobernantes y el pueblo comprendieron que más allá de minucias acerca del lugar de nacimiento, la contribución de este sabio superaba cualesquiera fronteras. Por ello, al diseñar su primera universidad nacional, laica y democrática, como lo exigía la época republicana, los chilenos le piden que asuma su rectoría para que, desde allí oriente la formación de la juventud de la patria y la del continente. Y no porque el país careciera de tradición universitaria; allí había existido el claustro colonial, pero ahora se ponía en los hombros de Bello la responsabilidad de levantar una corporación diferente, capaz de superar los modelos del dogma y la escolástica legados por la colonia. Andrés Bello propone, diseña, inaugura y dirige hasta su muerte la primera universidad moderna de la América española; el 17 de septiembre de 1843 da lectura al discurso inaugural de la institución y deja en él una ejemplar declaración de principios sobre la necesidad y función del saber universal en la organización republicana.

Esa sociedad chilena deseosa de adaptarse adecuadamente al ritmo del presente de su siglo, es la que un par de años después tendrá la inteligencia de solicitar la organización y conducción de su primera Escuela Normal a otro hombre excepcional, también vecindado en el país: el argentino Domingo Faustino Sarmiento. Las célebres polémicas intelectuales que se libran entre éste y Bello y sus respectivos seguidores corroboran la madurez intelectual que alcanzaba la prensa y el medio, en general, bajo tales maestros; desde posiciones que solo son distintas en la superficie, ambos afianzan las bases de la libertad creativa en países que habían existido por trescientos años bajo la censura inquisitorial.

Y es esa voluntad creativa la que no se detiene en Bello; la misma energía que lo condujo a sus trabajos como poeta y traductor lo impulsa luego hacia otra área afín donde su talento lo reclama: la lengua castellana. Esta, ya particularizada entre

los americanos, demanda de un análisis que admita sus características como propias de regiones que no erraban por separarse del castellano peninsular, sino que hablaban con propiedad su idioma, asumido como el de una realidad diferente a la europea. El problema acerca de la función unificadora de la lengua tiene raíces profundas y muy significativas para un Bello que, aunque distante, siempre permanece cercano en el espíritu a su Venezuela nativa: en agosto de 1813 su compatriota Francisco Javier Ustáriz había redactado un proyecto de gobierno para el país, que ya empezaba a sentirse libre de la tutela española; respondía así a una petición formulada por Bolívar, quien recababa por entonces opiniones para fundamentar la gran organización federal que atesoraba en su imaginación. Ustáriz insiste en la idea de unidad continental, en la necesidad de consolidar bajo un sistema republicano el conjunto de naciones que la Providencia había hecho hermanas. Era preciso conservar la unión y perfeccionar los vínculos que habían facilitado esa unión. Recomienda, en consecuencia, evitar la división regional mediante labores de conocimiento y estudio. En esa temprana fecha Ustáriz concibe el idioma, la religión, el genio y el carácter popular como formantes de la nacionalidad criolla; es difícil pensar que antes en Hispanoamérica existan escritos expresando tales pensamientos, pero es la figura de Andrés Bello, luego de los fallidos intentos bolivarianos, la que va a dar cumplimiento a ese mandato iluminante de su amigo y compatriota. Tiene más de sesenta años de edad cuando acomete la redacción final de sus reflexiones, y bajo el postulado fundamental que asume el idioma como constituyente de la nacionalidad criolla, nace su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, impresa en Santiago en 1847; obra que, durante vida de Bello, alcanzó cinco ediciones entre santiaguinas y caraqueñas. En adelante será el uso que los pueblos den a la lengua el que determine su propiedad, y no el dictado de alguna academia o el modelo de cierta región histórica. La lengua se percibe y se analiza, por lo mismo, como instrumento indispensable en la conformación orgánica de la sociedad republicana.

Por todo el continente circularán estos libros, como los códigos y los poemas, confirmando al criollo el derecho a usar su lengua, su justicia y su imaginación con la libertad que correspondía al nuevo estado político e intelectual; porque entre las motivaciones de ese amplio y variado texto que es la obra de Bello sobresale su convicción independentista: si los grandes formantes de la nacionalidad necesitaban renovarse por imposición de los mandatos democráticos, igualmente debían cambiar los métodos de aproximación y comprensión a una lengua que era ya por iguales derechos tanto del criollo como del español peninsular.

El proceso de transformaciones intelectuales a que aspiró el maestro Bello por estos años, como es notorio, incluía desde nociones acerca del deber de la autoridad política y legal, hasta materias de lenguaje, filosofía, religión y letras; y su colaboración se repartía entre la teoría y la práctica, porque fue un trabajador incansable y generoso; los discípulos lo respetaban, y el consejo universitario o alguna comisión del senado, para no privarse de sus juicios, llegaron a sesionar en su despacho hogareño cuando la débil salud le impedía salir. Y así transcurrían estos años productivos en Chile, que, con todo, era su nueva patria. Andrés Bello gusta del país, de Santiago, de su amplia casona en la calle Catedral, de los adelantos de esta nación que lo ha adoptado con el respeto debido a la dimensión de sus creaciones, que él no cesa en prodigar. En carta de 1857 a su cuñado Miguel Rodríguez, de Caracas, le dice de su admiración por el país: “El progreso de los últimos cinco años se puede llamar fabuloso. Surgen por todas partes edificios magníficos; hay un ferrocarril concluido; se trabaja con mucha actividad en otros dos; el número de coches de alquiler para la comodidad de los habitantes pasa de 300; los carruajes de los particulares son muchísimos y espléndidos. Ver el paseo de la Alameda en ciertos días del año le hace a uno imaginarse en una de las grandes ciudades europeas;” (II, 361).

Pero en lo íntimo de su alma, preciso es reconocerlo, sufre la aflicción causada por añoranzas de Caracas, de su madre y hermanos, de aquella parte de la juventud y de su primera

patria que teme que no volverá a reencontrar. En carta a su hermano Carlos se lamenta: “En mi vejez, repaso con placer indecible todas las memorias de mi patria (recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida). Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... ¡Daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de la Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?” (II, 116-177). Medio siglo había pasado desde entonces, y este fue uno de sus mayores padecimientos. La dura marca de la distancia no le concedió descanso; pero aunque Andrés Bello no pudo retornar en vida a Venezuela, fue su obra la que cruzó todas las fronteras de Hispanoamérica, la que estaba llamada a mantenerse imperante por sobre el paso de los años.

Andrés Bello,
poeta de la independencia
hispanoamericana

Los grandes escritores no han permanecido indiferentes ante los hechos sociales; al contrario: en ocasiones han sido ellos los intérpretes de acontecimientos cuyos alcances eran insospechados. El creador maduro no elude la historia, sino que encuentra en ella una fuente de inspiración y, a menudo, artistas hay que realizan sus obras para encauzar o ayudar a encauzar esos grandes procesos de que son testigos.

En abril de 1823 aparecía en Londres el primer tomo de una revista destinada a las provincias de Hispanoamérica, que aún se debatían en su lucha pro independentista contra España. El cercano desenlace de esa guerra era incuestionable para el editor de la revista, quien saludaba ya a un criollo triunfante, faltando todavía por librarse los enfrentamientos definitivos que un año después tuvieron lugar en Junín y Ayacucho. El impreso en cuestión llevaba por título el de *Biblioteca Americana*; sus fines estaban alentados por un panamericanismo que en esos momentos advertía con claridad el significado de la emancipación colonial y sus proyecciones futuras. Andrés Bello, responsable de la publicación, vivió disciplinadamente tales creencias, en su conducta personal y en su copiosa y profunda obra.

Bello ha iniciado esa empresa editorial para consolidar la unión del continente, para prevenir a los criollos acerca de la organización de un conglomerado de países cuya unidad no podía fundarse únicamente en factores materiales, como la geografía o la mezcla de sangres entre sus gentes. La unidad cultural era esencial para completar los nexos que de hecho le

conferían a la región las empresas militares en que destacaban Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins. Andrés Bello se adelanta a colaborar en lo que bien se ha llamado la Independencia Cultural de América. Si la vida política de las colonias iba a correr suerte propia en adelante, lo mismo debería suceder a su literatura, a su cultura en general.⁷ Y uno de los documentos en los cuales se expresa con mayor hondura esa idea luminosa y prometedora es en el poema con el cual se inicia el primer número de la *Biblioteca Americana*, "Alocución a la Poesía".

Aunque el poema comienza con una breve estrofa en la cual se apela a las musas en los términos pastoriles conocidos, se incluye allí una inusual petición para que la Poesía abandone Europa "y dirijas el vuelo adonde te abre / el mundo de Colón su grande escena". (vs. 9-10).⁸ De estas dos ideas nacen sendos motivos líricos que la obra reelabora a lo largo de su desarrollo: el dominio europeo sobre la literatura es ya injustificado e innecesario; es en el Nuevo Mundo donde la poesía puede encontrar toda su original utilidad y riqueza. Porque para Andrés Bello, además de las presencias vigentes del neocla-

⁷ Según Pedro Henríquez Ureña, Bello se cuenta entre los primeros que tuvieron conciencia de ese singular fenómeno cultural; escribe al respecto: "‘El estudio adecuado a los hombres de América es América’, dijo un contemporáneo de Bello, nacido en Honduras, el apostólico José Cecilio del Valle (1780-1834), quien redactó la declaración de la independencia política de la América Central (1821) y escribió bellas descripciones de la naturaleza en una especie de enciclopedia personal. Hacia fines de 1823 el poeta argentino Juan Cruz Varela publicó en Buenos Aires una serie de artículos sobre el tema de la literatura nacional. En los Estados Unidos, Noah Webster había declarado en 1783 que ‘América debe ser tan independiente en literatura como en política’. Durante el siglo XIX Emerson y Channing sintieron la necesidad de insistir en esta cuestión. Oliver Wendell Holmes llamó al mensaje de Emerson *The American Scholar* (1837) nuestra declaración de independencia intelectual’. Channing, en su ensayo ("On National Literature" (1823) dijo: ‘Mejor sería no tener literatura que abandonarnos sin resistencia a una extranjera’". *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964), 218.

⁸ Todas las citas correspondientes a los poemas se harán según el siguiente texto: Andrés Bello, *Poesías*. Obras completas, vol. I. Prólogo de Fernando Paz Castillo. Introducción General de la Comisión Editora (Caracas: Ministerio de Educación, 1952). La numeración de los versos citados se indica entre paréntesis.

sicismo, la literatura debe prestar un servicio al hombre; y acaso fue su concepción utilitaria de la escritura la que llevó a este gran creador a limitar su vocación poética para dar, luego, mayor curso a sus dotes pedagógicas en el campo del Derecho, de la Historia, de la Filosofía y de la Gramática.

Las funciones prácticas que se demandan a la lírica tienen el sentido social que los mejores poetas de la antigüedad encontraron en las musas; así, la fuerza original de esta obra se afianza en el empeño de un autor que debe rehacer, por primera vez desde América, las grandes imágenes del género. Imbuido de patriotismo exhorta a la poesía a abandonar su propia tradición, su domicilio consagrado: “tiempo es que dejes ya la culta Europa”, para invitarla a un nuevo espacio donde los bosques, los ríos, los habitantes y los hechos no desmerecen ante los del Viejo Mundo; son materia igualmente digna para el canto.

De más está aquí insistir en un tema reiterado en la obra de Andrés Bello: la igualdad del hombre de América frente al europeo. No por haberse mantenido alejado hasta entonces del gran escenario de la historia, el hispanoamericano era menor en sus posibilidades humanas; y ahora el criollo estaba en el umbral de una de las misiones más originales que vieron esos años: la creación de nuevas repúblicas, la rápida consolidación de naciones en entidades reconocibles dentro de un cosmos en el cual, de la América, sólo los Estados Unidos habían logrado ese objetivo. Como artista, Andrés Bello no ignora ese contexto y se propone incorporarlo al poema a manera de otro de sus trasfondos ideológicos.

La originalidad de la tarea que emprende corresponde a la naturaleza virginal de Hispanoamérica; se impone nuevamente la función adánica de dar vida a las cosas por medio de la palabra. El poeta apela a una misión primera de la poesía y exige de ella un tono fundacional, acorde con el surgimiento de las nuevas repúblicas; se vive un comienzo, como

cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes. (vs. 30-33)

Extraviada la poesía de esos rumbos originales, el escritor la ve desempeñar papeles secundarios en una Europa agotada y decadente; la filosofía, que él llama “vana” y “calculadora”, terminaba por desacreditar a una lírica que demasiado servía a la adulación cortesana. América le era una región más propicia porque, además de desconocer las disputas filosóficas, mantenía la juventud que posibilitaba las más nobles funciones del canto. Desengañado de Europa, el poeta no vacila en calificarla como “esta región de luz y de miseria”; con ello se ilustra también la dualidad conflictiva que para el criollo republicano encarna ese continente férreamente monárquico, más aún después de la fallida revolución de los franceses y de la aparición de Napoleón. Bello presencia desde Londres el empuje restaurador, con la formación de una Santa Alianza, unión destinada a preservar las monarquías tradicionales, unión armada para acallar las ideas republicanas, democráticas y liberales. Para una mentalidad como la de Bello ese pacto resultaba despreciable y peligroso porque atentaba igualmente contra el destino buscado por sus compatriotas en las luchas independentistas. Para esta generación preservar los privilegios de la monarquía y de la nobleza significaba un retorno al medioevo, en un momento cuando el pensamiento libertario alcanzaba verdadera madurez, a ambos lados del océano. Europa, tan amenazada como América, era el espacio

donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida. (vs. 39-44)

La otra circunstancia que aparta a Bello de una admiración incondicional por Europa es su propia situación vital: los productivos pero angustiados años en Londres donde, como él escribió, no lo amenazaba solo la pobreza, sino la miseria misma. Todo reforzaba sus ideales americanistas, su febril anhelo por

retornar a Venezuela, a Nueva Granada, a Hispanoamérica.⁹ El desamor por el Viejo Mundo se va convirtiendo en nostalgias de su propio continente, acrecidas por más de trece años de ausencia. Estas circunstancias han impuesto en Bello una actitud de añoranza y de rechazo: aun en la Inglaterra parlamentaria y constitucional, asilo entonces de liberales venidos de todas partes, Andrés Bello corrobora su pertenencia al acá y descubre que su gran rol como artista, educador, jurista y pedagogo sólo podrá tener todo su sentido en América. La estadía en la capital de Inglaterra bien pronto se le había hecho forzosa; revisar su correspondencia basta para afirmar que Bello se ha propuesto un futuro americano bastante antes de que tuviese posibilidades reales de cruzar de vuelta el dilatado Atlántico. Por esta situación biográfica, la imagen de la Poesía tendiendo sus amplias alas por sobre el mar en pos de las costas americanas resulta especialmente conmovedora: resume la aspiración de ese hombre, del criollo, del poeta por retornar a su hogar, acompañado por el arte que reclama para su continente:

¡Oh, quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte! (vs. 169-173)

Poeta y poesía se hacen uno en la imagen; a esos territorios de sus evocaciones deberá llegar la Poesía. El ansia de regreso

⁹ Las situaciones de apremio que Bello vivió en Londres son bien conocidas. Y es a causa de esa pobreza que se aproxima a la legación chilena; en carta al encargado de los asuntos chilenos, José Antonio de Irisarri, del 18 de marzo de 1821, le confiesa: "El empleo que actualmente tengo me produce una miserable entrada, tan escasa, que para atender a los gastos de mi familia, preciso ha sido deshacerme de algunos objetos de valor que en otro tiempo logré adquirir; y para satisfacer el compromiso de algunas deudas, echar a la venta las escasas joyas de mi señora esposa. No tengo esperanza tampoco que el gobierno me favorezca, y como todos los caminos parecen cerrarse, en mi desesperación confío en su amparo. ¿No hay en esa Legación un lugar para mí? Cualquiera que él fuera, yo estaría dispuesto a aceptarlo." *Epistolario*, I, 103.

se manifiesta con frecuencia en los versos a través de la venida de las musas, de allí que el espacio ofrecido por Bello al arte que arribará es el mismo que en sus dudas anhela para sí:

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
 qué prado ameno, qué repuesto bosque
 harás tu domicilio? ¿en qué felice
 playa estampada tu sandalia de oro
 será primero? [...] (vs. 62-66)

Inútil preguntarse si el poeta no está elaborando un diálogo consigo mismo; en todo caso, estas vacilaciones sirven de argumentos para un desarrollo lírico que empieza por describir la variedad de zonas que esperan a la Poesía para poder mostrarse a través de la palabra; los versos pondrán de manifiesto la nueva realidad de Hispanoamérica: allá espera una triunfante Buenos Aires –donde han derrotado los intentos anexionistas de los ingleses: “de Albión los héroes vio humillados–; una Caracas, con su monte Avila de doble cima; “los valles de Chile afortunado”; el “inexhausto suelo mexicano”, cuyas minas “casi hartaron la avarienta Europa”; allá esperan Lima, “la elevada Quito”, Bogotá. Desde estos puntos geográficos el poeta propone seguidamente una apertura temporal de nuevo alcance: si en el presente son dignos de la diosa Poesía por la grandeza de sus luchas libertarias, no menos ilustre fue su pasado; pero es, naturalmente, el pasado prehispánico el que el poeta ofrece al arte; es aquel tiempo anterior al “hierro atroz”, cuando “La libertad sin leyes florecía, / todo era paz, contento y alegría”. (vs. 115-116).

Característica común de los escritores y pensadores criollos contemporáneos de Andrés Bello es su convicción independentista; esta se traduce a menudo en una explícita e ineludible actitud antihispánica. De ahí también se origina una valoración idílica y absoluta del pasado, para la cual nada posterior a octubre de 1492 tiene ya importancia. Tanto la Ilustración como el Enciclopedismo habían denunciado las lacras del sistema colonial, antítesis de las libertades que eran credo de

los movimientos republicanos. Además, no eran años para perdonar a España nada: Bello sigue en detalle la violenta campaña que Fernando VII ha lanzado luego de los sucesos que precipitaron la caída de las primeras repúblicas. Desde Londres sabe el poeta de las acciones de Bolívar, Sucre, San Martín, que confirmaban la resolución anticolonial del criollo; en contra suya los españoles iniciaban una intensa guerra de reconquista. Por entonces Fernando ordenó la mayor expedición militar que la corona mandaba a sus colonias en tres siglos.¹⁰

De observador, Andrés Bello aspira a convertirse en un cronista de esa demasía; estaba en juego el futuro de su Venezuela y de todas las naciones americanas; y se convence que estos sucesos no pueden quedar ajenos a su poesía. Si bien las tendencias románticas avaladas por el prestigio de Chateaubriand autorizaban la vigencia del tema indianista, en el poema la valoración del pasado precolombino es motivada por acontecimientos inmediatos al autor: las posibilidades prácticas de un atractivo modelo de vida que el criollo intuyó en las sociedades indígenas: nada menos que Francisco de Miranda y José de San Martín, entre otros, habían visto en esas culturas el venero de organizaciones políticas y administrativas nada inferiores a las que proponían los tratadistas europeos, y con la enorme ventaja emocional de provenir del propio suelo materno.¹¹ Además, para el poeta el pasado se expandía como un

¹⁰ “En 1814 Fernando VII volvió a España y restauró un crudo absolutismo. Para América también su política fue la bancarrota de las ideas y de la imaginación. Allí la restauración significaba la reconquista y la vuelta a la situación colonial. El 16 de febrero de 1815 salió de Cádiz una fuerza expedicionaria bajo el mando del general Pablo Morillo, un veterano de la guerra de independencia española. Su destino original, el Río de la Plata, fue cambiado en favor de Venezuela, el punto central de la revolución y de la contrarrevolución, desde el cual Nueva Granada podría ser reconquistada, Perú reforzado, y abierto el camino hacia el Río de la Plata y Chile. En tres siglos esta era la mayor expedición que España mandaba a América: cuarenta y dos buques de transporte, cinco barcos de guerra de escolta, y alrededor de diez mil soldados.” John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas: 1810-1824* (Barcelona: Ariel, 1976), 234.

¹¹ Entre los planes de gobierno elaborados por Francisco de Miranda, el fechado en Londres el 2 de mayo de 1801 es particularmente interesante: habla

amplio campo pletórico de temas, tradiciones e imágenes entre las cuales la poesía recién llegada de Europa volvería a sus funciones primeras:

Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
 Nenqueteha piadoso leyes y artes
 y culto dio; después que a la maligna
 ninfa mudó en lumbrera de la noche,
 y de la luna por la vez primera
 surcó el Olimpo el argentado coche. (vs. 133-138)

Por abundancia de la propia, en Hispanoamérica será innecesaria la mitología grecolatina: la inmensa mayoría de las cosmogonías autóctonas se encontraban aún inéditas; por eso el poeta propone a las musas la tarea de rescatar leyendas y tradiciones que se remontaban a épocas bien anteriores a las carabelas de Colón. Con estas imágenes Bello va configurando sus preocupaciones anticoloniales: el continente no había nacido en 1492, como proponía la historiografía peninsular moderna; al contrario, hasta entonces vivió una edad feliz, luego mancillada por la conquista. Pueblos hubo aquí, sugiere el poeta, que pueden remontar sus raíces culturales hasta una antigüedad que no desmerecía ante la misma edad clásica de Europa. La noción de origen se amplía así significativamente para el criollo: su historia comienza también en lo legendario, en un edén que la poesía debe reconstruir:

Allí memorias de tempranos días
 tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
 y nativa inocencia venturosos,

allí de un poder ejecutivo en manos de un Inca y de un legislativo en una asamblea de Caracas. Se consultaba, igualmente, una organización social preferentemente agrícola. Cfr. José Luis Romero, *Pensamiento político de la emancipación* (1790-1825) (Caracas: Ayacucho, 1977), vol. 1, 13-19. La admiración de José de San Martín por el antiguo imperio incaico y sus enseñanzas y posibilidades prácticas de gobierno auténtico americano es estudiada por Ricardo Rojas en el Prólogo que escribió para la siguiente edición: Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*. Angel Rosenblat, ed. (Buenos Aires: Emecé, 1944), 5-25.

sustento fácil dio a sus moradores,
 primera prole de su fértil seno,
 Cundinamarca; antes que el corvo arado
 violase el suelo, ni extranjera nave
 las apartadas costas visitara. (vs. 100-107)

Los fundamentos del porvenir venturoso que Hispanoamérica merecía estaban en esa época anterior a la conquista; era preciso, por lo tanto, hacer tabla rasa del legado hispánico para ingresar en una etapa de creación semejante a la vivida por los fundadores. La generación de Bello y Bolívar iniciaba un período en el cual todo lo que se hiciera habría de ser nuevo, para superar los defectos del legado español. Esas ansias creativas eran de naturaleza cultural como política, pero en ambos casos expresaban el deseo de terminar con la era de dependencia colonial ante el tan esperado advenimiento de la república. Por entonces el uso de la palabra “república” se convierte en sinónimo de “creación”, de una creación propia, voluntaria e independiente. De este sentido están impregnadas las obras de Bello, de Servando Teresa de Mier, de Bolívar y de los libertarios de su generación.

Esos espacios que habían escenificado un pasado legendario y glorioso eran ahora los sitios donde se luchaba contra España; pero en este poema el campo, la naturaleza, sólo quedan apuntados; pocos años después el poeta detalló las tierras de cultivo y su oda “La agricultura de la Zona Tórrida”, tendrá como móvil uno rigurosamente histórico: estimular la formación de sociedades agrícolas, de las cuales provendría la riqueza necesaria para consolidar la independencia política y económica de las nuevas naciones. La agricultura como sustento de la república es un tema que por ahora Bello sólo bosqueja, anunciándolo para más tarde.¹²

¹² Como se sabe, Andrés Bello se había formulado en Londres un amplio plan poético para elaborar un extenso poema bajo el título genérico de “América”. Al publicar por primera vez su “Alocución a la Poesía” puso el siguiente y revelador título: “Alocución a la Poesía, en que se introducen las alabanzas de

Es evidente que un cuidadoso plan creativo ha sido desarrollado por el poeta para abarcar los diferentes temas de la cultura y de la emancipación americanas, así como lo relativo a la tierra y sus labores. Pareciera que esto explica en parte su notable afán cognoscitivo por lo propio hispanoamericano y su inmensa documentación histórica, todo lo cual le permitirá ir poetizando hechos de reciente suceso. Hay, además, nociones inequívocas de una naciente poética de lo criollo independiente que se formula y se lleva a cabo en estos dos grandes poemas iniciales, particularmente en la “Alocución a la Poesía”.

Deja el poema de referirse al campo y se concentra en un tema no menos apropiado al género y más urgente ante la situación continental: el de la guerra. Una vez desarrollado un tercio de la obra, se dedicarán las tres cuartas partes restantes a recrear líricamente acciones bélicas que se libraban por toda Hispanoamérica. El poeta encauza su inspiración hacia la guerra apremiado por el deseo de ver finalizar una lucha que se prolongaba ya por más de diez años, dejando exhaustos y empobrecidos a los patriotas; para éstos la victoria era ya una necesidad absoluta. Bello entrega a la causa su singular colaboración artística porque, además, la guerra es digna de la poesía; más esta guerra que mostraba el enfrentamiento bizarro y justo de un pueblo en contra de su secular opresor. Con ello, igualmente, este poema define su identidad, próxima al poema épico tradicional, en cuyos cánones lucha y poesía son instancias necesarias y dominantes:

los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia (fragmentos de un poema inédito titulado ‘América’). Con posterioridad, en 1826, al dar a conocer su poema “La agricultura de la Zona Tórrida”, que denomina entonces “Silva I” de las “Silvas Americanas” Bello hizo la siguiente aclaración: “A estas silvas pertenecen los fragmentos impresos en la *Biblioteca Americana* (1823) bajo el título América. El autor pensó refundirlas todas en un solo poema, convencido de la imposibilidad, las publicará bajo su forma primitiva, con algunas correcciones y adiciones. En esta primera apenas se hallarán dos o tres versos de aquellos fragmentos”. *Poesías*, Obras completas, vol. I, 53. Lo anterior confirma claramente el propósito de Bello de iniciar un gran canto poético a la nueva Hispanoamérica que él focaliza con mayor perspectiva desde su retiro londinense.

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
 los horrores decir, y al son del parche
 que los maternos pechos estremece,
 pintar las huestes que furiosas corren
 a destrucción, y el suelo hinchén de luto? (vs. 207-211)

La pregunta a la Poesía impone una aseveración porque Hispanoamérica estaba teñida de sangre; Andrés Bello precisa su posición en una gesta que lo incluye, por ser hijo de uno de los pueblos en conflicto. Como patriota distinguido el tema de la guerra le era inexcusable; como escritor, necesario para denunciar los excesos de una contienda que llegaba a los límites del horror. No es retórica esta consternada pregunta del poeta: “¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado / la sangre de tus hijos y la ibera?”. (vs. 214-215). Con pocas excepciones, desde México hasta Chile la beligerancia concluía con una década de destrucción y empobrecimiento en la cual, además, es posible encontrar los gérmenes del anarquismo y la dependencia económica que iban a dominar durante el entrante siglo.¹³ Con todo, era una lucha necesaria y sin alternativas para el criollo, que ya había sido inspirado por las ideas libertarias de la Revolución Francesa y por el ejemplo de la revolución norteamericana. El poema dejará testimonio de ese fervor; rescata- rá la heroicidad de los compatriotas caídos en defensa de un honor nacional aunque este se situara más bien en el futuro: morían por una patria que no acababa de nacer; mayor razón

¹³ Un historiador contemporáneo hace el siguiente análisis del alto grado de violencia que conoció la lucha por la independencia: “En opinión de Bolívar el enemigo combatía una no declarada guerra de exterminio, asesinando a prisioneros cuyo único crimen era combatir por la libertad. Creía que los patriotas estaban en desventaja y que no podían mantener durante mucho tiempo una guerra civilizada con los españoles. Se resolvió por una nueva política: guerra a muerte, perdonando sólo a los americanos, para dar a los patriotas paridad de condiciones. ‘Nuestra bondad se agotó ya, y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte’.” Estas palabras escribió Bolívar en una proclama del 8 de junio de 1813. John Lynch, 228.

para que los versos alaben esas empresas, que no desmerecen ante las más altas que conoce la historia:

Pero no en Roma obró prodigio tanto
 el amor de la patria, no en la austera
 Esparta, no en Numancia generosa;
 ni de la historia da página alguna,
 Musa, más altos hechos a tu canto. (vs. 220-224)

Dos grandes temas de la lírica y del pensamiento de Andrés Bello se encuentran resumidos en esta estrofa: el de la uniformidad de América con el resto del mundo, y el de la función histórica que debe asumir la literatura. Primeramente, asegurar ante Europa que el Nuevo Mundo era parte de la ecumene, territorios y hombres miembros por igual de la gran familia humana, como se sostuvo ya desde las páginas de algunos de los cronistas más iluminados. La generación independentista necesitó confirmar esos postulados iniciales, sobre todo después del descrédito que afectaba a este hemisferio entre los europeos del siglo XVIII. Bello sabe de esas polémicas en torno al continente y asegura en su poema que América, no por nueva, deja de ser igual –cuando no superior– a Europa. Las naciones del acá portaban una tradición histórica y cultural no inferior a la de los grandes pueblos del Viejo Mundo; la diferencia mortal y apremiante era el silencio, el peso de una historia nunca escrita y apenas sabida. De aquí, la otra urgencia por invocar a la Poesía: nombrar, contar, hacerse crónica; por ello el poeta pronto la llama en ese sentido clásico: “Diosa de la memoria, himnos te pide / el imperio también de Motezuma” (vs. 284-285). En efecto, himnos pedía todo el continente, y ahora para que no se olvidase el nombre de los hijos que morían por su libertad. Para Bello este aspecto rebasaba lo puramente literario: no se trata de acudir a los tópicos consagrados de la lírica para desarrollar coherentemente su obra, sino que necesita expresar la angustia generada por una guerra que no supo de concesiones. Ante gestos sinceramente heroicos que estimulaban y afianzaban el avance de los criollos hacia su li-

beración, Andrés Bello ha tenido la notable intuición de cantar simultáneamente hechos que más tarde engalantarán la historia patria de cada pueblo. Del todo consecuentes resultaban su concepción política y su genio poético: y aun cuando poco teorizó en materias literarias antes de 1823, es claro que se guía por un postulado de cercanía entre historia y literatura, que más tarde desarrollará lúcidamente en otras de sus obras.¹⁴

La similitud entre la situación de la poesía en el despertar del mundo clásico y en el inicio independiente que se propone Hispanoamérica ofrece semejanzas que exigían a los autores no separarse de la crónica; la literatura debía suplir la carencia de historiadores; de ahí que Bello propone a los poetas criollos un ejemplo mesurado entre inspiración y relación factual. Sus versos, como varios proyectos de gobierno escritos por sus coetáneos, al tiempo de proponer cuestionan el modo de la proposición. La búsqueda de formas apropiadas sería una de las tareas más sobresalientes entre los escritores del período.

Solicitar a la poesía un retorno a sus roles originales no era sólo una contribución a la historia local; en América concernía igualmente a la geografía: vastos e inexplorados territorios esperaban las voces que contribuyeran a situarlos en un gran escenario que no acababa de delimitarse. La guerra había alcanzado confines que ni siquiera tenían nombre; aparecían zonas cuya virginidad era bien cercana al caos de la creación:

¹⁴ Para Andrés Bello la cercanía necesaria y natural entre historia y literatura se expresa desde sus consideraciones acerca del origen mismo de la literatura. En el estudio que dedicó a *La Araucana* de Alonso de Ercilla, escribió lo siguiente: "Mientras no se conocieron las letras, o no era de uso general la escritura, el depósito de todos los conocimientos estaba confiado a la poesía [...] La primera Historia fue en verso. Se cantaron las hazañas heroicas, las expediciones de guerras, y todos los grandes acontecimientos, no para entretener la imaginación de los oyentes, desfigurando la verdad de los hechos con ingeniosas ficciones, como más adelante se hizo, sino con el mismo objeto que se propusieron después los historiadores y cronistas que escribieron en prosa. Tal fue la primera epopeya o poesía narrativa: una historia en verso, destinada a transmitir de una en otra generación los sucesos importantes para perpetuar su memoria". *Temas de crítica literaria*. Obras completas, vol. IX. Prólogo de Arturo Uslar Pietri (Caracas: Ministerio de Educación, 1956), 351.

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
 del Ecuador: canta el vistoso cielo
 que de los astros todos los hermosos
 coros alegran;
 [...]
 Si tus colores los más ricos mueles
 y tomas el mejor de tus pinceles,
 podrás los climas retratar, que entero
 el vigor guardan genital primero
 con que la voz omnipotente, oída
 del hondo caos, hinchó la tierra, apenas
 sobre su informe faz aparecida,
 y de verdura la cubrió y de vida. (vs. 139-142 y 148-155)

Tierras estas cercanas todavía a la presencia del Creador –imagen certera reelaborada más tarde por los grandes novelistas– guardaban algo de la libertad natural concedida a los humanos en un principio, y por su feracidad eran un desafío para los artistas del porvenir. La misión requerida era nombrar lo nuevo para aclarar el puesto de este continente en el gran escenario universal al que ahora debía adscribirse de un modo libre. Andrés Bello va señalando a la Poesía variadas maneras de ingreso a un Nuevo Mundo que necesitaba de sus oficios para asegurar su identidad; y él mismo es el primero en empeñarse en la tarea. Ya que escrito en Inglaterra, es aceptable pensar que esa inquietante distancia, manifestada en las peticiones de retorno del autor, fuese un acicate para la formación americanista de Bello: las añoranzas por su patria fueron compensadas por el estudio sistemático de lo hispanoamericano, por el análisis ponderado y racional de las gestas que reconstruía en sus escritos.¹⁵

¹⁵ La actitud historiográfica de Bello está impregnada del empirismo inglés, aprendido en sus propias fuentes: de allí su visión particular de los hechos americanos. No era ésta compartida por la mayoría de los patriotas inspirados por el liberalismo romántico que bien pronto iba a distinguir a los primeros historiadores de la independencia hispanoamericana. Mariano Picón Salas ha estu-

Los años de Londres son de aprendizaje y reflexión, y sus palabras más encendidas quedaron en los poemas, que muestran también un conocimiento pormenorizado de nombres y hechos relativos al continente. A menudo entre los versos se recrean detalladamente acontecimientos bastante poco conocidos de las guerras antiespañolas; es deber de la poesía conservar esos datos en su justiciera memoria. Apelación lírica y noticia documental: dos de las líneas formantes del poema que se proyectarán con el tiempo como las bases de una literatura que surgía a manera de disciplina auxiliar de la historia. Por la consistencia de tal desarrollo y por la calidad de su producto Andrés Bello ofrecía los postulados y la práctica del gran proceso literario hispanoamericano del futuro.¹⁶

Conviene subrayar que las noticias incorporadas por el poeta pertenecen a la historia inmediata de sus días, y los héroes que canta tienen su misma edad, poco más o menos. Esta relación de simultaneidad entre escritor y materia poética acentúa el carácter particular de la naciente literatura, porque así se apartaba del modo épico tradicional de cantar el pasado lejano. La suya necesitaba ser una épica de lo actual; abandonar el compromiso con el presente sería para el poeta una deslealtad y un sinsentido; primero, porque su propio país era uno de los que más envueltos estaba en esa sangrienta guerra; segundo, porque alejarse del presente implicaba renunciar al porvenir que los hombres de esa generación prefiguraban para la Hispanoamérica libre. Lo anterior se complementa con la

diado en detalle estos aspectos de la obra histórica de Bello. Véase su “Bello y la historia”, en Andrés Bello, *Temas de historia y geografía*. Obras completas, vol. XIX. Prólogo de Mariano Picón Salas (Caracas: Ministerio de Educación 1951), especialmente, xxxii-xliv.

¹⁶ La proyección fundacional que en las letras hispanoamericanas tienen estas composiciones ha sido muy bien estudiada en el trabajo de Jorge L. Arcos La Rosa, “Andrés Bello. Originalidad americana de una poesía neoclásica”, *Andrés Bello. Valoración múltiple*. Manuel Gayol Mecías, ed. (La Habana: Casa de las Américas, 1989), 273-292.

concepción artística de una poesía utilitaria cuya función principal es, en este caso, trazar las imágenes que conserven y resalten el valor de esa gesta única; de allí que el poeta exclame angustiado:

Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
 el patriotismo y el valor agotan;
 mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
 pintarás el horror, tú que a las sombras
 belleza das, y al cuadro de la muerte
 sabes encadenar la mente absorta. (vs. 348-353)

Nadie se ha referido aún a ese valor y a ese patriotismo excelsos, y si la poesía no lo preserva desaparecerá en el olvido: sin escritura no hay memoria y por lo tanto no habrá historia nacional. El criollo que aspiraba a la libertad requería igualmente de un canto que consagrara –y justificara– las razones de su emancipación. Así, el poema va concretándose en torno a la recreación de sucesos que ilustran claramente el esfuerzo, el fin y la utilidad de la debatida campaña independentista. En los versos aparece espontáneamente la inclinación romántico liberal para la cual la libertad era un valor mayor; su antítesis en la obra es el sistema colonial, la monarquía absoluta, ambas fuerzas opresoras incompatibles con la realidad de un Nuevo Mundo que ya se ve más cercano al ideario republicano y democrático que a las instituciones legadas por los Austrias y los Borbones. Por eso no es extraño que la mayoría de los episodios heroicos recreados en la obra respondan a las preferencias de la estética romántica, para la cual el sacrificio por valores como libertad y patria eran tan estimables.

La distancia entre elección temática y actitud política es mínima; esta última impone los temas que desarrolla ese discurso lírico en favor de un futuro independiente, y ante eso, la guerra es una desgracia inevitable pero transitoria, que no podrá con la determinación de los patriotas; de allí que el poeta pregunte asombrado al jefe español: “¿Piensas que apagarás con sangre el fuego / de libertad en tantas almas grandes?” (vs. 519-520).

La protesta en contra de España incluye negar el pasado colonial, juzgado ahora como carga gravosa que impedía acelerar el ritmo de los acontecimientos conducentes hacia la nueva era; la herencia colonial continuaba siendo una amenaza bien visible por el furor con que España se obstinaba en conservar sus aprovechados dominios. Pero el hispanoamericano se sabe en una hora de madurez, apto para actuar sin tutelas, maduro como para establecer un juicio a su pasado; sobre todo, porque advierte en la opresión colonial las raíces de su crisis actual:

Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo
la sangre perdonar que derramaron;
imperios con la espada conquistaron;
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna; aquella efímera victoria
que de inermes provincias te hizo dueño,
como la aérea fábrica de un sueño
desvaneci6se, y nada deja, nada
a tu naci6n, excepto la vergüenza
de los delitos con que fue comprada. (vs. 555-566)

Al monarca de las Españas dirige el poeta estos versos que exhalan el desengaño y el desprecio del criollo; en la reiteraci6n del sintagma acusatorio “nada deja, nada...” se lee tambi6n el sentimiento de vaci6 que se padeci6 ante la involuci6n del sistema hisp6nico; el intelectual criollo de entonces declara a su continente en ruinas: todo estaba por hacerse puesto que lo heredado de tres siglos de dominaci6n eran instituciones inservibles, modos de vida extempor6neos, cultura est6ril, ajeno todo a los presupuestos racionalistas con que la Ilustraci6n veni6a cultivando a los hombres que guiarían el siglo que empezaba. Andr6s Bello, desde Londres, desde las fuentes de la raz6n y del nuevo conocimiento científico, al tanto de las m6s recientes teorías políticas y sociales, viene con su pluma a contribuir en la misi6n en que tambi6n estaban empeñados Sim6n Bolí-

var, Servando Teresa de Mier, José Fernández de Lizardi, José Joaquín de Olmedo, José de San Martín, José Cecilio del Valle, y lo habían estado, poco antes, Francisco de Miranda, Miguel Hidalgo, Mariano Moreno, José María Morelos, entre los más recordados.

Si Bello no estuvo en el campo de batalla fue sólo porque la obligada ausencia en Inglaterra se lo impedía; pero sus aportes no fueron menores, y su obra posterior, tan útil a la formación de las nuevas repúblicas y tan valiosa como las grandes batallas. Está bien al tanto de la lucha e intuye que no es excesivo afirmar que mañana el juicio del tiempo desprezará la ferocidad alcanzada en una guerra que se libra entre padres e hijos, entre hombres de un mismo credo y de una misma lengua. Acaso esta cercanía de sangres motivó la violencia feroz de un hecho que tuvo el horror de un parricidio; pero la magnitud del conflicto se convierte en un desafío para el poeta, de allí que interpele a la musa con la prevención de un escritor que aspira a la historia, que busca veracidad aun en la poesía:

Musa, cuando las artes españolas
 a los futuros tiempos recordares,
 víctimas inmoladas a millares;
 pueblos en soledades convertidos;
 la hospitalaria mesa, los altares
 con sangre fraternal enrojecidos;
 de exánimes cabezas decoradas
 las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
 [...].
 puede ser que parezcan tus verdades
 delirios de estragada fantasía
 que se deleita en figurar horrores; (vs. 582-589 y 598-600)

De algún modo Bello anticipa, al señalar el efecto que la descripción de esta gesta tendrá en el futuro, otro de los rasgos medulares de la literatura que contribuía a fundar: sus excesos verídicos, su desproporción. Y, como lo señala, no era ese —ni sería después— un defecto de los creadores, sino una im-

posición de la realidad. Preocupado por esas demasías Bello busca en sus versos mantener un justo equilibrio entre lo verdadero y lo increíble, sin por eso excluir los hechos que atentaban contra lo verosímil. Además, por todo el continente se registraban actos propios de la mayor heroicidad y, por lo mismo, de la mayor imaginación. Y los nombres de quienes los realizaban eran dignos de la crónica del pueblo por cuya libertad morían. Y en la crónica provisoria de su poema Andrés Bello llega a rescatar el nombre, entre otros, del leal cacique Pumacagua, que secundó a Tupac Amaru, y fue, como éste, torturado y ajusticiado por los realistas. Allí en sus versos quedan registrados William Chamberlain (“Chamberlén”) y su esposa, quien prefirió morir al lado de su marido antes que entregarlo y entregarse a los españoles. También inscribe el acto de Antonio Ricaurte, el patriota colombiano, quien para no ceder al enemigo el polvorín a su cargo lo hizo volar perdiendo allí la vida, no sin antes exclamar un “Viva la patria”, como lo escribe el poeta. Otros versos recuerdan a José Félix Ribas, compañero del Libertador, quien víctima de la delación de un esclavo por cuya libertad luchaba, fue decapitado, haciendo los realistas escarnio de sus creencias al exponer su cabeza en “afrentoso palo”. Igualmente se recuerda al general Antonio Barayas, quien a la caída de Cartagena y hecho prisionero, prefirió aceptar el fusilamiento antes que el destierro.

Además de guerreros han sido ejecutados también hombres de estudio, malográndose el proceso educacional que la Ilustración consideraba como vital para la suerte de un pueblo. Recuerda el poeta al colombiano José María Cabal, científico formado en Europa y ejecutado por los españoles, al igual que su compatriota Francisco José de Caldas, geógrafo y fundador de una de las primeras publicaciones científicas de Hispanoamérica, *El Semanario de Nueva Granada*. Amplio lamento dedica Bello a la pérdida del venezolano Javier Ustáriz, intelectual amigo de Bolívar, muerto a espada con sus hijos y en presencia de su angustiada esposa. Luego se honra también a la ejemplar Policarpa Salvatierra, patriota neogranadina quien, “en el albor temprano de juventud”, vio su pecho atravesado por las

balas realistas, acusada de espiar en favor de los patriotas y fusilada para advertencia de los insurrectos. Y así, el recuento del poeta es una síntesis de vidas heroicamente otorgadas a la patria; un testimonio de la pasión del criollo por sus convicciones libertarias. Tales gestos de valentía no desmerecen en la gran tradición histórica a la cual es urgente incorporar a los adalides nacionales para que en la gloria ocupen el sitio propio de los héroes:

De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio.
cuantos inmortaliza Atenas libre,
cuantos Esparta y el romano Tibre; (vs. 653-657)

La diferencia entre la gesta del criollo y las más altas de la historia radica en que las últimas se encuentran documentadas; se han convertido en escritura, se han hecho obra; el papel y la tinta les otorgaron la posteridad que Andrés Bello demanda para los héroes de las surgentes naciones. Preciso es que un pueblo posea, junto con su territorio y sus instituciones, las leyendas y los nombres de sus fundadores. La tradición clásica en que el caraqueño se había formado así lo enseñaba; a esa exigencia da curso ahora como poeta, y aun cuando la asume tentativamente, inauguraba otra de las vertientes de la literatura del futuro.

Del rico catálogo de guerreros que ofrece la obra –muestra suficiente para generar una épica regional– sobresale una figura que atrae especialmente al poeta; a ella le brinda una estrofa que por su estructura formal y por el tono expresivo puede considerarse como la dedicatoria del poema, si bien esa estrofa aparece casi setecientos versos después del inicio. En ella honra a la memoria de Francisco de Miranda. Si en la tradición poética de lengua castellana el Rey había sido el destinatario por excelencia, ahora se brinda la obra al prócer de la República, al gestor de la guerra contra la metrópoli. Bello aspira a restituir el honor que los rumores pretendían restar al

gran patriota, a esclarecer los malentendidos provocados por el conflicto; el poeta no duda de la integridad del maestro:

Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, y la sagrada
rama a tu efigie venerable ciño,
patriota ilustre
[...]
y ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, y tu primer cuidado. (vs. 677-680 y 683-686)

Miranda se erguía como el criollo libre ejemplar; su persona y los valores que incansablemente sustentó servirían para nutrir la educación de las jóvenes generaciones; murió en una lucha que, por años, libró en varios frentes, y la cual había sido el primero en comenzar.¹⁷ Andrés Bello le rinde homenaje en un momento cuando su nombre está amenazado por el olvido:

tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte. (vs. 698-702)

En la graduación de nombres memorables que el poema va configurando, el de Miranda no es el último: más alto aún se encuentra el de Simón Bolívar; el suyo es como una especie de núcleo del largo canto por la libertad de América. Al precederlo con el recuerdo de sus mejores hombres, el poeta recreaba también las campañas de Bolívar, especialmente aquella que culminó con su nombramiento de Presidente de la Gran Colombia, en diciembre de 1819. Si abundaban los actos de

¹⁷ Las relaciones entre Francisco de Miranda y Andrés Bello han sido estudiadas por Pedro Grases, en especial en "Miranda y Bello", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) N° 78-79 (1950), 58-69.

valor en la América española, aquella ocasión era, sin embargo, una cima de los esfuerzos patrióticos, y la figura misma del Libertador –confiesa Bello– muy superior a sus energías de escritor, a su inspiración poética. Consecuente con sus proyectos artísticos, le propone esa tarea a los creadores del futuro:

Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete;
a ingenio más feliz, más docta pluma,
su grata patria encargo tal comete; (vs. 821-824)

Seguro de que el nombre de Simón Bolívar no caerá en el olvido, Bello prefería repartir su atención entre otros hombres y países que luchaban contra España; su poema se ha ampliado por la variedad de las informaciones que le interesa elaborar. Los documentos son fuente de su inspiración, y el poema germina como un acto de reescritura de las conmovedoras noticias que el autor recolecta sobre América; su sentido utilitario se cumple al divulgar, incluso, pasajes de la dolorosa realidad que vivían los criollos. Andrés Bello sabe bien que su oficio no es el de un idealista, ni el de un excéntrico ni el de un solitario; en sus versos él convoca a las futuras generaciones de poetas para que acrecienten la difusión de esos hechos, para que creen la poesía del porvenir, y esa no era empresa para un solo artista, menos aún ante la vastedad de los temas:

así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña; (vs. 793-795)

Intuye Bello la amplitud de esa surgiente literatura que él busca encauzar por las vías más apropiadas. Y si la independencia se alcanzaba en momentos cumbres de las tendencias románticas, más necesaria se hacía aún la poesía, que impregnaba toda esa guerra: “Pero ¿a dónde la vista se dirige / que monumentos no halle de heroísmo?” (vs. 751-752). Porque, si inéditas se encontraban las hazañas de muertos ilustres, muchos héroes vivían todavía en América; el poeta, consciente de esa

asombrosa peculiaridad, no deja pasar la ocasión para señalar semejante desafío a la creatividad: Bolívar, San Martín, Sucre, O'Higgins están activos en los campos de batalla, empeñados en la no menos inusual misión de fundar repúblicas, de emancipar un inmenso continente que la historia de Occidente veía aparecer como el gran desafío a las coronas más fuertes del Viejo Mundo. La primera labor de los escritores era dar testimonio de ese hecho, y Andrés Bello, como el maestro que ya era, ofrece modestamente su aporte.

Sobraban las razones para solicitar a las musas su traslado a Hispanoamérica; abundan acá naturaleza y hombres y mujeres cubiertos del gran hálito poético, pero halo mudo; faltaban las palabras por decirse, las plumas que dieran forma a esa inspiración. Sin poesía no podrían consolidarse totalmente ni la independencia ni la república: el complemento necesario de la espada era la pluma. Andrés Bello reflejó desde su obra la lúcida conciencia de cantar e historiar al mismo tiempo; con ello restablecía el sentido de una tradición clásica y fijaba un norte al porvenir de las letras hispanoamericanas.

“La agricultura de la Zona Tórrida”:
expresión literaria de un proyecto
de identidad nacional

En octubre de 1826 apareció el primer tomo de la segunda publicación iniciada por Andrés Bello durante su estancia en Londres. La fortuna había sido adversa con la *Biblioteca Americana* que alcanzó solo dos números durante 1823. Bello insistió en sus empeños editoriales creando entonces *El Repertorio Americano*, de más durable vida.¹⁸ En el primer volumen incluyó un poema original que iba a convertirse en pieza fundamental de la poesía hispanoamericana moderna.

Los casi cuatrocientos versos que conforman esa obra expresan por primera vez en nuestras letras una ideología de lo propio, de sus alcances futuros, una clasificación de los queha-

¹⁸ En el prospecto que encabeza el primer número de *El Repertorio Americano* escribió Bello "... la publicación de la *Biblioteca Americana*, que empezó a salir en Londres el año de 1823. No se nos ocultaba la debilidad de nuestras fuerzas para llevar a cabo tamaña empresa; pero creíamos que en abrir solamente el camino hacíamos ya un servicio importante a nuestros compatriotas y nos lisonjeábamos de que, reconocida la utilidad de la obra, y lo difícil del acierto, se nos auxiliaría con luces y noticias, y se miraría con alguna indulgencia los defectos de la ejecución, sobre todo en los primeros ensayos. No nos equivocamos en este concepto. El favor con que el primer tomo de la *Biblioteca* se recibió en América excedió en mucho nuestras esperanzas. El número de ejemplares impresos, aunque considerable, no bastó a satisfacer la demanda, y de todas partes se recibieron comunicaciones lisonjeras que alentaban a continuar la empresa, u ofrecían auxilios para llevarla adelante. Obstáculos que no pudimos prever ni superar, habían ya suspendido la publicación del segundo tomo". Inconvenientes que se refieren, especialmente, a dificultades para la distribución y circulación de los ejemplares. Andrés Bello, "Prospecto", *El Repertorio Americano* (Londres) tomo I, octubre de 1826, 2-3. Más detalles sobre estos asuntos en Pedro Grases, *Tres empresas periodísticas de Bello* (Caracas: Universidad Central, 1955).

ceres necesarios entre un grupo humano que se proponía fundar repúblicas independientes. Desde Londres, Bello saluda en su poema al lejano suelo patrio; idealizado por la distancia y la nostalgia, dando lugar a un canto que se transforma de saludo en programa de trabajo, en exaltación de las posibilidades del medio nativo. A pesar de sus ininterrumpidos quince años en Inglaterra, Andrés Bello corrobora su pertenencia a Venezuela, a Hispanoamérica; la Zona Tórrida de sus versos deja por momentos de ser esa región intertropical para convertirse en el continente todo. Continente que ingresaba en la historia occidental con tareas por realizar, con hechos que mostrar y, para el poeta, con un canto que justificara su presencia entre las demás naciones del mundo.

La estrofa inicial del poema recrea un acto de amor; y en la entrega amorosa de la tierra hembra al sol macho, imagina el poeta la relación germinadora de la cual habrá de nacer el porvenir de las futuras repúblicas:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz concibes! (vs. 1-5)

“Sol enamorado”; acertada personificación de un amante que fija su trayectoria lo más cerca de esta Zona y la preña; le entrega por medio de su luz genital la simiente vivificadora. De ese acto pasional es escenario el Nuevo Mundo; pero más allá de la imagen lírica, el poeta advierte que también podrá nacer de ese encuentro todo un proyecto de desarrollo nacional fundado en la agricultura. El parto copioso de este enlace será de gran beneficio para el criollo quien, ahora, libre, depende enteramente de sí mismo para consolidar los proyectos que lo habían alentado en sus luchas por dejar de ser colonia de España. El regular alumbramiento de la tierra preñada garantizará a los hispanoamericanos su sustento, sobre todo una vez que esa entrega generosa sea guiada por la mano humana. Y

se encarga el poeta de enumerar productos de la tierra reiterando imágenes de donación:

Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas: tú la uva
das a la hirviente cuba; (vs. 6-8)
[...]
Tú das la caña hermosa, (v. 18)
[...]
tú en urnas de coral, cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa; (vs. 21-22)
[...]
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro. (vs. 25-26)
[...]
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das [...] (vs. 33-35)

Estos versos que continúan a la introducción tienen un desarrollo anafórico paralelo afianzado en la apelación directa a la tierra, “Tú”, y en la repetición del verbo “dar”; esto con el propósito de mostrar la rica y útil variedad de frutos que maduran al cuidado de esa madre generosa y del padre que no falta. Con excepción de la uva, se trata de productos, por lo demás, de alto valor en los mercados europeos: el azúcar, el chocolate, el tinte de añil y el café. La tercera estrofa introduce una sutil variación de la misma estructura sintáctica recién empleada, puesto que la madurez de los frutos cedidos debe ser para provecho de alguien; no se abandona a la nada el resultado de aquel acto pasional. Así, los beneficiados de tal parto no serán otros que los hijos de esta misma tierra doblemente maternal:

Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;

sus rubias pomas la patata educa;
 y el algodón despliega al aura leve
 las rosas de oro y el vellón de nieve. (vs. 37-43)

Y la estrofa continúa describiendo la entrega de alimentos y de bienes, incluyéndose luego el hombre para el cual es deber honrar el suelo aceptando sus dones: “Para ti la fresca parcha [...] Para ti el maíz jefe altanero [...] Para ti el banano desmaya al peso de su dulce carga...”; anáfora otra vez de predicados verbales que muestran la naturaleza americana como un campo de cultivo, suelo que fue de simples plantas silvestres convertido ahora en lugar de producción. La historia, como el sol, ha tocado esa tierra privilegiada: la naturaleza no es para el poeta un espacio atemporal ni arcádico; es un contexto pleno de potencialidad actual. Por ello, si generosa, solo por voluntad de la creación, cuánto lo fuera si el hombre, si el hijo de esa madre aplicara a ella sus cuidados:

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
 y como de natura esmero ha sido,
 de tu indolente habitador lo fuera! (vs. 64-67)

El criollo no puede permanecer indiferente ante tal don; indolencia es desatender estas tierras, las mejores del mundo. El adjetivo que el poeta aplica a su habitante refleja su preocupación ante la apatía generalizada frente a las posibilidades de la agricultura. Hispanoamérica tendía a centrar su vida económica en las ciudades: esa tendencia, imitada del auge de la burguesía y de la creciente industrialización europea, resultaba insensata en el Nuevo Mundo. Optar por la primacía de lo urbano, además de improductivo, era del todo nocivo para los planes de desarrollo republicano que se desean presentar en el poema.

Andrés Bello conoce las peligrosas cifras de Venezuela, con una población que hacia 1810 se aproxima al millón de habitantes, presentando una proporción relativa alta, un cuarenta

por ciento, de población urbana.¹⁹ Consecuente con esta información, cuyas correspondencias quince años después habían crecido considerablemente, es de esperar que el poeta a continuación desarrolle el tema tradicional del campo frente a la ciudad. Es preciso recordar que ya varios estudios críticos han establecido los contactos que ocurren entre este poema y sus fuentes clásicas; pero si algo debe a Virgilio por cantar la digna labor del agricultor, y a Horacio por sus preferencias campesinas frente a la ciudad, debe no menos a las necesidades políticas del autor, para quien, además, esta urgente cuestión no se resolvía con lecturas de los clásicos o de otros modelos literarios prestigiosos; se trataba de un asunto cuya apremiante solución demanda luego con tonos de exhortación: y más que a los autores del pasado debe su inspiración a los planes de desarrollo republicano entonces discutidos y analizados por todo el continente.

En el poema se expresa el modelo de sociedad que Bello aspiraba para América.²⁰ El asunto de tenencia y cultivo de la tierra fue central durante la gesta emancipadora; y alcanzaba políticamente dos aspectos candentes del conflicto: por una parte se refería a la mano de obra, al problema de la esclavitud y servidumbre que eran ahora banderas de lucha en contra de los poderes metropolitanos y, por otra, tocaba la cuestión

¹⁹ Orlando Araujo, “La economía venezolana en la época caraqueña de Andrés Bello”, *Revista Nacional de Cultura*, N° 241 (1979), 148.

²⁰ No hay por esta época debate intelectual serio en el cual no se formulara un proyecto de nación, de sociedad apta para enfrentar las condiciones nuevas creadas por los movimientos de independencia. Como se sabe bien, esta aspiración había acompañado a los criollos desde los momentos germinales de la contienda emancipadora. José Luis Romero ha escrito: “Prácticamente y cualesquiera hayan sido los modelos políticos preferidos, una nueva imagen de la sociedad política acompañó a todos los procesos emancipadores. Su rasgo distintivo fue un sentimiento republicano. Quizá en los hechos las nuevas sociedades políticas conservaran sus viejos prejuicios y sin duda la ‘gente decente’ seguía despreciando al indio, al esclavo o, simplemente, al indigente. Pero el espíritu con que se concibieron las nuevas sociedades por parte de los que se sentían responsables de su nuevo ordenamiento jurídico y social fue esencialmente republicano y explícitamente igualitario y democrático”. “Prólogo”, *Pensamiento político de la emancipación. 1790-1825* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977) I, xxiv.

de las grandes propiedades de la Corona y de la Iglesia. En los primeros programas políticos de Hidalgo y Morelos en México, de Artigas en el Uruguay y de Bolívar en Venezuela, se proponían consideraciones respecto a una nueva y radical actitud ante la cuestión rural. Se explicitaron por entonces embrionarios planes de fortalecimiento agrícola, proyectos para impulsar la agricultura y enriquecer la vida de sus trabajadores. Esto último como una forma de contrarrestar el creciente poder de las burguesías ciudadanas que habían iniciado los fuegos contra España: “Hidalgo, Morelos y Artigas sumaron muchas voluntades al movimiento emancipador al echar nuevas bases sociales y económicas en la vida de los campos. Pero el movimiento emancipador tuvo sus principales apoyos, en los primeros momentos, en las burguesías urbanas, y en relación exhibió también una clara actitud económica. Inequívocamente mercantilista, inspirada en los principios de la Ilustración o por las ideas de Adam Smith proclamó el principio de la libertad de comercio, tal como lo habían solicitado reiteradamente quienes se sentían directamente perjudicados por el sistema político”.²¹ Ante esas circunstancias va a cantar Bello a una agricultura cuya necesidad es ahora más que nunca social; sus versos serán, por lo tanto, una advertencia frente a otro de los grandes dilemas económicos que aparecían con la independencia: o se dependía del comercio de las ciudades o del trabajo de la tierra; el hecho que Bello tomara posición en este problema desde Londres, hace doblemente significativa su actitud, como se verá adelante.

Antes de señalar las razones que imponen distanciamiento en el poeta con respecto a los modos de vida ciudadanos, hay una suerte de razón natural para proponer el campo como residencia inmejorable para el hispanoamericano del futuro: la ciudad difícilmente será fuente de riquezas en un continente falto de los medios que habían hecho grandes a las urbes de Europa; en cambio, la natural riqueza del suelo era acá un don

²¹ Según opiniones de José Luis Romero, en el prólogo recién citado, xxv.

de la Providencia. Por ello, el hecho se revestía de un matiz ético que situaba a la agricultura por sobre el comercio; porque la primera mantendrá al hombre,

lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano! (vs. 72-74)

Así vuelve Bello a los argumentos económicos que ejercen sobre su discurso lírico mayor fuerza que las renacidas corrientes literarias clásicas; cierto que la tradición poética había situado en el campo el don de la virtud y de aquí, pues, que el poeta aproveche un tema tradicional para desarrollar coherentemente su tesis, y para apoyar su convicción inmediata acerca de la realidad hispanoamericana, que él puede enfocar con la óptica magnificadora y clara de la distancia y la cultura. Por eso se escucha sincera su angustia cuando se pregunta por el abandono de los promisorios cultivos en favor de las ciudades:

¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
al cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga? (vs. 75-88)

Comienza la estrofa expresando la noción de un criollo triunfante que ahora se sabe dueño del suelo que habita, señor de una tierra como pocas en el mundo y, sin embargo, indiferente acerca de tal evidencia. La duda –que mucho tardó

en resolverse— mantuvo al hispanoamericano indeciso con respecto a planes de desarrollo nacional; y cuando los hubo, solo excepcionalmente se basaron en los beneficios de los cultivos extensos.

Las ciudades se habían convertido durante la guerra en núcleos que aglutinaron gran número de personas, con crecimiento hasta entonces desconocido para los centros urbanos. Tal aumento poblacional iba en detrimento del campo, puesto que de allí procedían quienes engrosaban la población civil. La gravedad del problema fue advertida ya en 1812 por la lucidez de Bolívar, quien entonces, analizando las causas de la caída de la primera república escribió: “se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas que, además de agotar las cajas del erario nacional con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus lugares e hicieron odioso el gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar sus familias”.²²

Si el peligro había sido observado por el Libertador con tanta anticipación, mayor era la urgencia de soluciones en 1826; Bello lamenta desde Londres cómo se retrasaba el proceso de necesaria identidad que debía establecer el hispanoamericano en relación con su oficio primero; pero, y lo resalta con una notable visión histórica, en las ciudades dice, “la ambición proterva sopla la llama de civiles bandos”; entre esos bandos iban a madurar las guerras internas que caracterizaron al siglo diecinueve por todo el continente; las luchas entre conservadores y liberales se originaron desde los restos de criollos pro hispánicos, monarquistas partidarios de conservar América para la corona de Madrid, y otros, ansiosos de liberalizar todas las formas de vida pública, distanciados radicalmente de las monarquías y cuyas filas se engrosaban por facciones marginadas

²² Palabras escritas por el Libertador en una “Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño”, el 15 de diciembre de 1812. Citamos según la siguiente edición: Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*. Prólogo de Augusto Mijares. Compilación de Manuel Pérez Vila (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979), 10.

que aspiraban ahora a ciertos derechos y beneficios cruelmente negados por el sistema colonial. Para Andrés Bello la gran forma de aplacar esa antítesis fatal era el trabajo campesino, que sacaría a las tropas ociosas de los cuarteles y otorgaría una orientación nueva a los planes de consolidación nacional, sociales, económicos y educativos.

La mención del poeta sobre una juventud en peligro, “incauta edad”, criada durante las guerras de independencia, apunta a otro objetivo del trabajo campesino: ahí estaba la gran escuela para una nueva formación; el campo podía ser el aula de un proceso educativo cuyos resultados, además, alcanzarían hasta lo espiritual. En las ciudades, la juventud, como denuncia el poeta, está expuesta a la desidia, el lujo, los vicios, el juego, la lisonja, los amores ilícitos, la disipación. Consecuente con sus acusaciones, se interroga:

¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, y esperanza? (vs. 106-112)

Se puntualiza en estos versos el porqué del propósito educativo que Bello confiere al cultivo de los campos; tal debía ser la primera escuela de los jóvenes criollos, futuros gobernantes: la agricultura tendría la energía capaz para evitarles la existencia disipada de las ciudades. La renovación educacional era tema central en el ideario ilustrado de esta generación que impulsaba la confrontación con España; habiendo sido la enseñanza colonial de corte rigurosamente escolástico y conventual, con la independencia debía crearse también una educación experimental, sobria en sus objetivos y acorde con los principios morales y políticos que entrarían a regir. Para Simón Bolívar fue ésta una cuestión de primera importancia. Ya en su oración inaugural del Congreso de Angostura, en febrero de

1819, había expresado a modo de advertencia, ideas que condensa la estrofa de Bello: “Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzaran en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud; [...] que las buenas costumbres y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad [...] nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad”.²³

Es pensable que Bello elabore esa preocupación bolivariana, proponiendo en la educación agrícola el remedio contra la afectación y las modas europeas, que nada útil podían enseñar a un pueblo ahora con propósitos tan diferentes. El énfasis del poema en este aspecto explicita un no rotundo a la Europa monárquica cuyas formas de vida nobiliaria fueron reproducidas en el Nuevo Mundo a través de las cortes de los grandes virreinos de México y Lima. Ese modelo cortesano debía ser erradicado del acá mediante prácticas democráticas, y por el “robustecimiento de los espíritus”, tal como lo hicieron las grandes naciones del pasado; así lo recuerda el poeta, para quien Virgilio coincide en este punto con las ideas de Bolívar, acerca de una Roma que:

antes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino. (vs. 127-132)

²³ La cita proviene de la edición recién mencionada, 105. En el párrafo anterior Bolívar había dejado una expresión de sus sólidas convicciones con respecto al lastre de la falta de educación: “Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por las fuerzas; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción...”, 105.

La idea de principio, de inicio que conlleva la mención a Roma, conviene al ideario del poeta para el cual el presente de América debería emular al ejemplar pasado romano; pasado que, por lo demás, tiene en cuenta Bolívar al diseñar sus programas para el futuro republicano. Al respecto había dicho el Libertador: “La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Gobierno. Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Aerópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos, y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso”.²⁴

El poeta, orientado por el pensamiento bolivariano, va precisando la forma deseable de ser de un pueblo que necesita forjarse, por medio de una educación sistemática, una identidad moral entre las naciones.²⁵ Apremiante era para los hispanoamericanos fijar actividades pacíficas que los educaran y distinguieran; en el poema todo ese ideal podía alcanzarse en las campiñas:

el campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita, (vs. 147-148)
[...]

²⁴ Palabras también del “Discurso de Angostura”; muestran la preocupación bolivariana relativa a la educación, tema al que dedicó cientos de páginas. Cfr. José L. Salcedo-Bastardo, *El primer deber: con el acervo documental de Bolívar sobre la educación y la cultura* (Caracas: Equinoccio, 1973).

²⁵ El 11 de diciembre de 1825 promulga Bolívar en Chuquisaca un decreto en el cual espera organizar el sistema educativo de la nación boliviana: “El primer deber del gobierno es dar educación al pueblo”; sobre este principio desarrolla cuatro considerandos, el último de los cuales afirma: “Que la salud de una república depende de la moral que por la educación adquieren los ciudadanos en su infancia”. Op. cit., 208-210. En 1828 Simón Bolívar retornó con más detalle al tema de la educación en su escrito “La instrucción pública”. Sobre el tema de la educación en ambos hay una interesante disquisición en el trabajo de Anatoli Shulgovski, “Bolívar y Bello: papel en la lucha liberadora en América Latina”, *América Latina* (Moscú) N° 3 (1981), 79-96.

¿O la virtud amáis? Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma pasa el alma
a las acciones muestra, (vs. 155-158)

[...]

¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada (vs. 160-161)

[...]

Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro; (vs. 165-169)

[...]

El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa. (vs. 175-179)

A la serie de preguntas que formula en otras tantas estrofas, responde el poeta categóricamente en favor del agro; pero ahora más que el aula para la formación del criollo, da al suelo un valor absoluto, desplegando otro significado profundo de la agricultura: esta podía mantener y afianzar el sentimiento nacionalista concebido durante la guerra de independencia, reemplazando el sentido de la acción bélica por tareas igualmente patrióticas. Problema ese de urgente solución puesto que la unión y alianza nacionales se ven amenazadas por la finalización de los combates. La riqueza de la tierra puede substituir con éxito la noción de nacionalidad que se había fundado en las armas. Armas que, en último término, habían ganado la tierra más que otros bienes para manos de los criollos. La gran realidad que debían asumir las ex colonias de España era el campo; ese es el llamado político del poeta que se complementa además con los matices éticos que exige la entrante vida republicana. Moldeaba así Bello una función

luego característica de la literatura hispanoamericana: recrear los grandes temas sociales para retransmitirlos en el lenguaje del arte. Nunca fue ajeno a este mandato que lo distingue como el primer escritor republicano medularmente comprometido con su medio.

La original propuesta del poema según la cual a la guerra debían suceder labores que tuviesen igual significación patriótica, que canalizaran sensatamente las energías engendradas en las batallas, era también una preocupación bolivariana: el futuro Libertador había tomado las precauciones del caso para realizar ese traslado; sus planes políticos consultan, desde los inicios, el reparto de las tierras liberadas entre aquellos capaces y deseosos de trabajarlas. Ya en el documento que sigue a su primera acción militar importante, Bolívar se lamenta ante los habitantes de Villa Tenerife, a orillas del río Magdalena, en Colombia: "...echad los ojos sobre vuestros campos y los hallaréis incultos; observad vuestras plantaciones, desiertas; mirad el manantial de vuestra prosperidad, ese caudaloso Magdalena, que solitario y triste huye, por así decirlo, de unas riberas que devora la guerra; todo, todo os está diciendo: donde reina el imperio español reina con él la desolación y la muerte".²⁶

Si en 1812 reparaba en el abandono de las tierras, en adelante ordenará Bolívar drásticas reparticiones de suelos de cultivo, y especialmente por los mismos años cuando Andrés Bello escribe y da a conocer su poema. En 1820, en Rosario de Cúcuta, firmó Bolívar un decreto cuya introducción leía: "Considerando que la agricultura [...] es el origen de la abundancia y prosperidad nacional y el verdadero y más inagotable manantial de las riquezas del Estado, y no habiendo corporaciones que las promuevan y animen y fomenten, se crean las Juntas Provinciales de Agricultura y Comercio..." Entre las tareas de ese organismo, que él trató de extender por el continente, estaban las de "promover la agricultura en todos sus ramos y procurar el aumento y mejoras de las crías de ganado caballar, vacuno y

²⁶ Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, 18.

lanar...” Otra de sus misiones, explícita también en el poema, consistía en exhortar a transformar lo dado por la naturaleza en cultivos: “A los propietarios y ricos hacendados a que emprendan el cultivo del añil, cacao, café algodón y grana, del olivo y de la vid, detallándoles los terrenos que ofrezcan más ventajas para cada una de estas plantas, y premiando debidamente a los que aventajaren en cualquier género de cultivo...”

El problema mayor, el de la tenencia de la tierra, estaba igualmente consultado en estos planes que no eran solo propuestas para los “ricos hacendados”. Como en todos los programas bolivarianos, se incluía aquí en igualdad de condiciones a los desposeídos: “Será también del cuidado de las Juntas informar cuáles son los terrenos baldíos de las provincias y denunciarlos al pueblo para que los pretendan, y al gobierno para que los conceda, anunciando al mismo tiempo, las ventajas que ofrezcan y tomando el más vivo interés en que se repartan y cultiven”.²⁷

Debido a idéntica preocupación a la expresada por Bello en cuanto a los soldados inactivos, Bolívar decretó, ya en 1817, leyes que encausaran las nuevas tareas de consolidación nacional. El primer artículo del decreto de repartición de tierras nacionales expresaba: “Todos los bienes, raíces e inmuebles [...] que se han secuestrado y confiscado, o deben secuestrarse y confiscarse, y no se hayan enajenado ni puedan enajenarse a beneficio del erario nacional, serán repartidos y adjudicados a los generales, jefes, oficiales y soldados de la República...”²⁸ No es errático, pues, suponer que tales decretos y sus consiguientes aplicaciones y resultados inspiraran en Bello una reescritura selectiva y artística de los textos que encerraban un proyecto de organización nacional tan estimable y original. Ocupado en asuntos que tocaban directamente los planes y negocios de las nacientes re-

²⁷ El documento de 1820 de Bolívar, se cita de *Doctrina del Libertador*, 145.

²⁸ Las palabras citadas provienen del escrito que se conoce como “La ley de repartición de bienes nacionales entre los militares del Ejército Republicano, instrumento de proyección social dictado por el Libertador en Angostura el 10 de octubre de 1817”. *Doctrina del Libertador*, 86.

públicas, Bello debió haber leído con asombro y admiración las ordenanzas de su antiguo discípulo caraqueño, muchas de las cuales tienen que haber llegado a Londres, única representación entonces de la Gran Colombia en el exterior.

Cuán sugestivo para la comprensión del poema es saber que apenas un año antes de su publicación el Libertador, en el Cuzco, capital del que había sido el gran imperio agrícola del Nuevo Mundo, expida una ley ordenando que “cada indígena, de cualquier sexo o edad que sea, reciba un topo de tierra en los lugares pingües y regados [...] y dos en los lugares privados de riego...”²⁹ Poco después, al ingresar triunfalmente en el Alto Perú, futura Bolivia, denuncia que: “la agricultura en el departamento de Santa Cruz sufre atrasos progresivos por el desprecio con que hasta ahora ha sido mirada por el gobierno español”, y considerando que “la feracidad de sus terrenos convida al hombre trabajador con las riquezas seguras que promete...” manda enfáticamente que “las tierras pertenecientes al Estado se repartirán entre los naturales del país bajo medida y amojonamiento adjudicándoseles en propiedad”.³⁰

De las órdenes emanadas del forjador de la Hispanoamérica independiente se desprende el diseño de un nuevo régimen agrícola, amplio y dinámico, capaz de suplir las tareas ya cum-

²⁹ En este decreto expedido en el Cuzco el 4 de julio de 1825, el primer considerando lee: “Que a pesar de las disposiciones de las leyes antiguas nunca se ha verificado la repartición de las tierras con la proporción debida...” Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, 200.

³⁰ Decreto expedido por Bolívar el 14 de diciembre de 1825 –fecha por la cual Andrés Bello finalizaría su poema–. El tercer considerando de esta pieza lee: “Que los naturales de aquel departamento por falta de providencias que aseguren la propiedad y protejan la conservación de ella, han abandonado en el todo este tan precioso ramo de industria...” Simón Bolívar, op. cit., 212. El 17 de diciembre de 1825 firmó un decreto ordenando realizar un censo agrícola en Bolivia, se encabeza con las siguientes palabras: “Considerando que el conocimiento del Estado actual de la agricultura en el territorio de la República es el dato sobre que el gobierno debe fundar sus providencias para el establecimiento o mejoras de la industria rural...”; dos días después Bolívar dicta en Chuquisaca un sorprendente decreto –para el lector moderno– que prevé la conservación y preservación de las aguas, su uso racional, la conservación de los bosques así como la reforestación. *Doctrina del Libertador*, 214-215.

plidas, para así superar la persistencia del sistema colonial. El apreciable número de decretos similares a los citados perfilaban la coherencia de un programa político de dimensiones continentales que, en una de sus mejores estrofas, Bello imagina en plena realización:

Allí también deberes
 hay que llenar; cerrad, cerrad las hondas
 heridas de la guerra: el fértil suelo,
 áspero ahora y bravo,
 al desacostumbrado yugo torne
 del arte humana, y le tribute esclavo.
 Del obstruido estanque y del molino
 recuerden ya las aguas el camino;
 el intrincado bosque el hacha rompa,
 consuma el fuego; abrid en luengas calles
 la oscuridad de su infructuosa pompa.
 Abrigo den los valles
 a la sedienta caña;
 la manzana y la pera
 en la fresca montaña
 el cielo olviden de su madre España;
 adorne la ladera
 el cafetal; ampare
 a la tierna teobroma en la ribera
 la sombra maternal de su bucare;
 aquí el vergel, allá la huerta ría...
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía? (vs. 202-223)

Esta duda última, aunque convive con la esperanza, confirma la actitud práctica desde la cual Bello enjuicia su mundo. La pregunta de cierre no es un trazo retórico: expresa la interrogante sincera de una generación ante la cual hay una inmensa faena. No se entrega el poeta a ensoñaciones desmedidas y, ante la necesidad de una respuesta realista, se inclina por un *no*; no es ilusa fantasía su propuesta puesto que las estrofas venideras vuelven a cantar las opciones y progresos de la agricultura. Re-

torna el brazo al surco abandonado durante los siglos coloniales, que prefirieron la minería extractiva, fuente rápida de enormes riquezas para la corona española, pero de destrucción y desolación para el acá. Ahora debería darse el cambio necesario: la naturaleza como escenario de la poesía dejaba de ser una mera decoración, una “infructuosa pompa”: será convertida en un huerto; al mencionar el bosque virgen, el poeta invoca al fuego y al hacha –“el hacha rompa, consuma el fuego”–, como los instrumentos que abrirán el terreno productivo.

Desde las imágenes de una naturaleza prístina se anuncia el cambio hacia formas de explotación en beneficio de la comunidad y de la nación toda. Aparece aquí otro de los grandes valores del momento que no podía pasar desapercibido para un intelectual atento como Andrés Bello: la noción de progreso. Es por entonces que la idea de progreso deja de ser una categoría ahistórica y cobra concreción a partir de los acontecimientos de la revolución francesa y de los novedosos inventos de la revolución industrial. Si el siglo XIX se iniciaba para los hispanoamericanos con fines políticos tan distintos a los anteriores, también se comienza a sentir la presencia moderna representada en el ideal de mejoramiento de las condiciones vitales del ciudadano común. El hombre del acá, al emanciparse, quiso hacer suya una parte de esa misión: Andrés Bello muestra con su obra una dirección factible para cumplir ese compromiso.³¹

Su exaltación del trabajo rural es, por lo mismo, una proclama de adhesión a la gran fuerza motora que encarnaba el ideal del progreso material: de esa ocupación nacería la democracia y su indispensable sustento, y luego, los beneficios co-

³¹ No se crea que la adhesión de Bello por la agricultura era puramente teórica. Si bien es cierto que puede estar alentada por las ideas fisiocráticas en boga en la Europa de entonces, él mismo participó en estas labores: “1806. Diciembre, 16. Toma posesión de quince fanegadas de tierra en la fila de Mari-ches, en el sitio conocido como “El Helechal”, con el objeto de formar una pequeña plantación de café”. Oscar Sambrano Urdaneta, “Cronología de Bello en Caracas”, *Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario* (Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1979), 97.

munes.³² Son las imágenes de hombres actuando sobre la naturaleza las que amplían el sentido de esta parte del poema; el autor entusiasmado describe cuadrillas que marchan a aprovechar racionalmente los recursos del suelo:

Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca: oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; (vs. 224-231)

[...]

Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,
y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza; (vs. 252-259)

Aquí el poeta se adelanta a sus esperanzas recurriendo a un tiempo verbal en presente de indicativo en vez de emplear

³² Unas palabras de Georg Lukács dan luz al trasfondo ideológico de estas nociones: “La defensa del progreso después de la Revolución francesa forzosamente tenía que llegar a una concepción que demostrara la *necesidad histórica* de la Revolución francesa, que aportara las pruebas de que ésta había sido la culminación de una evolución histórica larga y paulatina y no un repentino trastorno de la conciencia humana ni tampoco una ‘catástrofe natural’ (Cuvier) en la historia de la humanidad, y que el desenvolvimiento futuro de ésta sólo se podría mover en esa dirección. Con ello la concepción del mundo se alteró radicalmente en comparación con la Ilustración, especialmente en lo que respecta a la idea del progreso humano. El progreso no se conceptúa ya como una lucha esencialmente ahistórica de la razón humana contra la irracionalidad feudal absolutista. La racionalidad del progreso humano se explica cada vez más por las oposiciones internas de las fuerzas sociales en la historia misma, es decir, la propia historia ha de ser portadora y realizadora del progreso humano”. *La novela histórica*, trad. de Jasmin Reuter (México: Era, 1971), 25.

el futuro, más realista. La esperanza, tal es el motivo por el cual se reitera el adverbio temporal "ya", que da sentido actual a acciones que, desde la distancia, imagina y desea en el presente; es la proyección lírica de su fe en la utilidad de la agricultura y, al mismo tiempo, expresión de su apremio por acelerar el ritmo de los hechos. Andrés Bello crea en plena acción el porvenir que sueña para su patria, para su continente: no escribe "miraré", sino "miro"; no dice "oiré", sino "oigo"; no expresa que el hacha "sonará", sino que "suená" y hasta redobla el eco de sus golpes. Tal uso lo aproxima y hasta lo inserta en el medio y entre los objetos que enumera: está en ellos, además, satisfaciendo así sus nostalgias por Venezuela, y de modo cronológico, da forma en su presente a un porvenir que no era aún nada claro. Sin embargo, el énfasis lírico no excede a la congruencia histórica de una obra que propone bases alcanzables para la república, porque los frutos de ese trabajo iban a surtir "los vastos almacenes" del Viejo Mundo, los ricos mercados que esperaban los bienes de las noveles naciones.³³

Andrés Bello, vecino de Londres desde hacía dieciséis años, no se engaña en aspectos económicos: insiste en la labor agrícola por sobre cualquier otra, intuyendo bien que la actividad industrial no convenía a una América hispánica que tardíamente iba a incorporarse al desarrollo fabril. El ha visto en la Inglaterra de su tiempo el acelerado crecimiento de novedosas industrias, la expansión de la flota y de un comercio capaz de colocar sus variados productos manufacturados por todo el

³³ Rodríguez Monegal, respecto a la importancia que los hispanoamericanos, por entonces en Inglaterra, concedieron al culto del progreso: "La influencia de esta transformación poderosa que convierte a la Inglaterra rural del siglo XVIII en el primer gran país industrial del mundo y proyecta su acción imperialista sobre todos los mares [...] veían los liberales la más cumplida realización de sus ideales político-económicos [...] Aquellos liberales estaban viviendo un momento de optimismo en que la burguesía del mundo occidental, provista de la máquina a vapor y de la libertad política, se disponían a hacer feliz al género humano. No solo Bello estaba poseído de este afán, también lo estaban sus compañeros de empresa: García del Río, Luis López Méndez, P. Cortés y Agustín Gutiérrez Moreno." Emir Rodríguez Monegal, *El otro Andrés Bello*, (Caracas: Monte Avila, 1969), 67-68.

orbe. Esa tendencia, rápida y expansiva, debía aleccionar a los criollos. Su plan ni era ilusorio ni equivocado; al contrario, reitera al agro como única alternativa racional para que Hispanoamérica erigiera una presencia distinta ante la industrial de Europa.³⁴

Pocos entonces como Bello conocen de primera mano las diferencias entre los dos mundos; se percata de que la cultura occidental no era un todo indivisible y siente la necesidad de establecer grados de discontinuidad con relación a Europa; discontinuidad que contribuiría, finalmente, a definir una identidad particular para el criollo. Hay algo más al respecto: en esta obra de incondicional fe en el rendimiento del suelo americano se lee también una respuesta a ciertas polémicas que en torno a la debilidad de la tierra, flora y fauna de América se habían levantado a lo largo del siglo XVIII europeo. La confianza de Bello en el futuro material del continente lanza un mentís y desafía la difundida y debatida creencia de su debilidad.³⁵ Aunque el pasado no era una preocupación relevante para Bello: fue como Bolívar un visionario, planificadores ambos de una época por venir, creadores que enseñaron a superar las limitaciones de su tiempo. Tal vez por eso el proyecto

³⁴ Leopoldo Zea nota claramente el dilema que al respecto vivió la generación de Bello: “Los iberoamericanos de aquella época son también conscientes de que la salvación del futuro de esta América está en su capacidad para democratizarse pero saben también que la democracia es algo ajeno a su espíritu. Algo que no concuerda con la herencia recibida. Algo que ha de ser realizado aunque para ello sea necesario renunciar a tal herencia. El maestro venezolano don Andrés Bello ve en expresiones de la democracia, como la llamada libertad civil, expresiones extrañas al espíritu en que se han formado los iberoamericanos. ‘En nuestra revolución –dice– la libertad era un aliado extranjero que combatía bajo el estandarte de la independencia, y que aun después de la victoria ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse.’ La independencia política respecto de España no fue un gran problema. El problema lo fue y lo será la adopción de instituciones para las que no había sido formado el iberoamericano”. *Latinoamérica. Emancipación y neocolonialismo* (Caracas: Tiempo Nuevo, 1971), 41.

³⁵ Antonello Gerbi ha estudiado con admirable detalle este singular problema de la americanística en su *La disputa del Nuevo Mundo*, trad. de Antonio Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).

de desarrollo nacional sugerido en estos versos fue demasiado maduro para su época; faltaba casi un siglo para que las cuestiones planteadas por el poeta volvieran a ser tema de polémicas concernientes al destino y futuro del continente.³⁶

Si Andrés Bello profesa el credo del progreso, como todos los liberales de sus días, lo hace sin rendir culto ni a la fábrica ni a la máquina de vapor; eso quedaba para Inglaterra y los países protestantes que avanzaban rápido en tales quehaceres; para él el progreso de la América católica radicaba en el surco y en la semilla, y en las familias campesinas. Y ruega a Dios por el éxito de estas empresas, desde una posición donde su plan creativo no se desdice con su fe, porque el romanticismo hispanoamericano, aunque anticlerical, es católico. El poema propone, en este sentido, un valor religioso para la agricultura: en ella podía encontrar el criollo el perdón por su participación en una guerra de exterminio; en el campo se podían purificar todos cuantos venían cargando con el peso de una década de matanzas. Por su redención intercede el poeta:

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora. (vs. 269-277)
[...]
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,

³⁶ El amplio tema del futuro americano iba a recobrar actualidad a raíz de la guerra de España contra Estados Unidos, en 1898; los debates se canalizaron en buen y variado número de publicaciones que vieron la luz entonces y luego con ocasión de las celebraciones de los centenarios de las repúblicas hispanoamericanas, hacia 1910.

erguiese al cielo el hombre americano,
 bendecida de ti se arraigue y medre
 su libertad; [...] (vs. 289-294)

La generación independentista no rechazó la religión católica aun cuando la gran mayoría en la Iglesia apoyó al bando realista. En el porvenir añorado por el poeta se conviviría en esa fe, muy respetada por el hombre del campo. Bello abandona como poeta la invocación de deidades griegas o romanas –tan apreciadas aún entre sus contemporáneos– y adecua su canto a la realidad de un medio que en esa hora demandaba, según la exigencia de Bolívar, planes factibles de consolidación y unión nacional; intolerable resultaba la idea de reincidir en nuevas “repúblicas bobas”.³⁷ Dios ha favorecido al criollo en su proceso de liberación, y si favoreció sus armas debe ayudar también sus herramientas, porque son igualmente dignas de la gracia divina, ya que labran un sustento de significación dual: al mismo tiempo alimento y libertad. En el poema el cuello del criollo está ya erguido, desembarazado de un yugo que lo había sometido en lo político y muy rigurosamente en

³⁷ Sobre la amenaza del fracaso económico y político de la independencia escribe José Luis Romero: “Los criollos, decía [Bolívar], habían demostrado una total inexperiencia política. Pero lo más grave eran los caminos que habían seguido tras la conquista del poder, los más inadecuados para consolidarlo y para resistir los nuevos embates del poder español. Ni los gobiernos acentuadamente democráticos ni la organización federal del país podían permitir una acción firme, sostenida, precisamente, porque las decisiones eran imprecisas y controvertidas y porque los recursos se dispersaban. Las soluciones opuestas eran las necesarias para triunfar. Y en un rapto visionario, esbozaba cuál sería el porvenir de cada región americana cuando se sobrepasase la crisis de debilidad que acusaba entonces el proceso emancipador. Finalmente [...] Camilo Henríquez escribió en 1815 el *Ensayo* en el que revisaba sus convicciones radicales y aconsejaba dejar de lado los principios democráticos. ‘Por ahora –decía– no hagáis más que elegir a un hombre de moralidad y genio revestido con la plenitud del poder.’ Agudo observador, también él se deslizaba hacia el realismo político, convencido de la impotencia revolucionaria de los gobiernos nutridos con los principios que habían merecido su adhesión en la primera hora. Porque también, para él, la patria no podía ser boba”. José Luis Romero, *Pensamiento político de la emancipación*, xxxi.

lo económico; en el caso de Venezuela, bastante conocido para Bello y los suyos, por medio de la Compañía Guipuzcoana.³⁸

La situación de Venezuela no era una excepción en ese aspecto; como se ve, la posesión de la tierra y de sus productos se hacía un hecho de justicia para el criollo puesto que el sometimiento colonial resultaba incompatible con las ideas de la época. La necesidad de comercio libre impulsó a la acción revolucionaria, tanto como las ideas emancipadoras. Bello concilia estas aspiraciones en una realidad lingüística capaz de expresar la compleja realidad social por cuyo futuro está velando. Al ganar la guerra, Hispanoamérica pudo aspirar a la república, pero carecía de medios para comerciar con el resto del mundo; solo la agricultura podía ser su sostén. Era esa actividad el recurso para respaldar a las naciones independientes, capaces de continuar su desarrollo más allá de las proclamas que las estaban fundando. Bello sabe, como Bolívar lo predicaba, que la organización de un Estado es irrealizable sin los medios económicos que sustenten los gastos en que debe incurrir el Estado; en un par de versos medulares dice de la agricultura: "arte bienhechora, que las familias nutre y los Estados". Llamarla arte bienhechora es sintetizar en ella los alcances educativos y pacifistas que su cultivo encerraba.

La paz es otra imperiosa necesidad en ese momento; Andrés Bello, espectador atento de los sangrientos episodios que

³⁸ "La Guipuzcoana ejerce un monopolio de doble embudo: es monopolio de compra (monopsonio, en el lenguaje de los economistas) y el cual consiste en ser, por disposición real, el único comprador de los frutos que el país produzca. Y así fija los precios a su conveniencia. Pone las condiciones de recibo de los frutos y del pago, establece y distribuye los empleos y discrimina a su arbitrio. Ejerce, simultáneamente, el monopolio del transporte porque es en sus barcos donde se transporta el cacao y los demás productos; y, al regreso de sus barcos, la Compañía ejerce el monopolio clásico, el de la venta de las manufacturas que el país requiere para consumo y producción. En este caso impone también los precios; la proporción que ha de pagar en mercancías (60%) y la que decide pagar en metálico (40%). Por añadidura, ejerce funciones militares y de represión policial, por algo el rey manda que se les tenga como oficiales y soldados de su Corona." Orlando Araujo, "La economía venezolana en la época caraqueña de Andrés Bello", *Revista Nacional de Cultura* N° 241 (1979), 132-150.

generaban las secuelas antiespañolas, clama por una tregua definitiva. La situación de México, de la Gran Colombia, del Paraguay deben haberle consternado por entonces, aumentando, con seguridad, su convicción pacifista. Doloroso resultaba que habiéndose liberado el criollo de la larga dominación extranjera, se viese luego sojuzgado por conflictos fratricidas. Sin paz y sin trabajo aumentaba el peligro de las tiranías, de las guerras civiles, de la anarquía y el desgobierno. De allí que el poeta concluye su ruego a Dios implorando por la paz:

la azorada inquietud deje las almas,
 deje la triste herrumbre los arados.
 Asaz de nuestros padres malhadados
 expiamos la bárbara conquista. (vs. 300-303)
 [...]
 el ángel nos envía,
 el ángel de la paz, que al crudo ibero
 haga olvidar la antigua tiranía,
 y acatar reverente el que a los hombres
 sagrado diste, imprescriptible fuero. (vs. 318-322)

Hacia fines de 1826 se hacía imperioso que España aceptara la independencia hispanoamericana retirando los restos de sus ejércitos, cediendo el control mercantil que aún pretendía mantener sobre sus antiguas colonias; esa “bárbara conquista”, esa “antigua tiranía” aluden al coloniaje, cuya imagen económica el poeta rechaza porque es la antítesis de su propuesta rural, desde la minería y los monopolios de resultados ominosos como la despoblación y la esclavitud de indígenas y negros, hasta la ignorancia debida a la educación unilateral y dogmática. Se trata, en fin, de un legado repugnante para una conciencia liberal y republicana como la de Bello; su negación del pasado es centralmente negación de tales procedimientos oficiales.

El poema no deja de insistir en la necesidad de abandonar la minería para reemplazarla por la agricultura, sin negar que España había prosperado a causa de la plata y del oro americanos; por esto no deja de recordar que los episodios más cruen-

tos de la historia del Nuevo Mundo habían sido motivados por el ansia de metales preciosos. Además, y a sus expensas, España había crecido en América como un gigante con cuerpo de barro: dos grandes cabezas y miembros desarticulados; México y Lima apenas unidas en un vasto territorio escasamente vinculado con esas dos sedes virreinales. Distribución ésta apta, tal vez, para el sistema monárquico pero que no convenía en absoluto para la organización republicana que requería cohesión y comunicación entre centros directivos que debían multiplicarse para expandir una doctrina por definición universalizadora y masiva. Apenas se había interesado la corona española por sus dominios periféricos a los centros mineros; la república, en cambio, debía alcanzar hasta los puntos más distantes del continente, como era la aspiración bolivariana.

En 1810, antes de salir de Caracas, el joven Bello había reflexionado ya sobre estos asuntos, visualizando entonces el futuro de su patria en la agricultura.³⁹ Ahora estos temas volvían

³⁹ En su *Resumen de la historia de Venezuela* escribió Bello una serie de proposiciones que muestran sus ideas respecto al tema que desarrollaría en el poema. La consistencia de su posición como historiador se refleja en la cercanía de sus postulados poéticos con lo escrito en 1810; entre otras, en las siguientes líneas: “Venezuela no tuvo en sus principios aquellas cualidades que hicieron preferibles a los españoles otros puntos del continente americano. Sus minas no atraían las flotas y los galeones españoles a sus puertos, y las producciones de su suelo tardaron mucho en conocerse en la Metrópoli. Mas a pesar de esta lentitud vemos que apenas se desarrolla su agricultura obtiene el fruto de su primitivo cultivo la preferencia en todos los mercados, y el cacao de Caracas excede en valor al del mismo país que lo había suministrado a sus labradores. Bien es verdad que el espíritu político de la España contribuía poco a favorecer los países que no poseían metales o aquellos frutos preciosos, que llamaron la atención de la Europa en los primeros tiempos del descubrimiento de América; y Venezuela con sólo su cacao debía figurar poco en el sistema mercantil del Nuevo Mundo; México y Perú ocupaban toda la atención del gobierno, y atraían todas las producciones de la industria española; de suerte que Venezuela apenas podía decir que estaba en relación con la madre Patria. Andrés Bello, *Resumen de la historia de Venezuela*. Edición de Pedro Grases (Caracas: La Casa de Bello, 1978), 42. Picón Salas advirtió que hay en este escrito “una actitud que preludia ya la tesis de las “Silvas americanas”, y muy particularmente de la silva “A la agricultura de la zona tórrida”. Mariano Picón Salas, “Bello y la historia”, en Andrés Bello, *Temas de historia y geografía*. Obras Completas, XIX (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1957), xxvii.

a ganar actualidad, cobrando urgencia política y dimensión ciertamente futurista: era muy claro que la minería jamás podría aportar los valores formativos y éticos propios de las labores del campo; clara era también la factibilidad de su proyecto en un momento cuando todo estaba por rehacerse. Las fuerzas que de modo latente se mantenían en pugna en contra de la república, luego de Junín y Ayacucho, encerraban la amenaza del retorno a las prácticas brutales de la economía colonial. Este temor debió compartir Andrés Bello con los miembros de su generación; ellos oscilaban entre la opción de un porvenir brillante aunque incierto y la vuelta a un pasado atroz pero real. Durante el decenio de mayor intensidad de esas dudas, Bello escribió sus *Silvas Americanas*; bien expresan éstas la hondura del dilema interior generado por la crisis de la guerra. Ahí está, sobre todo, el duelo entre el porvenir libre y los abismos del absolutismo colonial. La pugna cobraría pronto formas en los grandes temas literarios e intelectuales del siglo. Bello es quien inicia lo que, un año después de publicado el poema, Alfred de Vigny llamará desde París el necesario “examen de conciencia de nuestra juventud y sus errores”.⁴⁰

En su afán pedagógico Bello repasa y subraya las causas y consecuencias de esos errores para que sean evitados en un futuro que, en adelante, será total responsabilidad del criollo. Tal vez de aquí su inquebrantable adhesión a los principios bolivarianos, a sus soluciones prácticas, a su visión de futuro. Bello es el primer criollo que hace poesía de esas preocupaciones; es decir, el primero que vierte en el lenguaje figurado del verso las inquietudes vitales de sus días. El se sabe parte, además, de los procesos que recrea; como algunos de sus coetáneos, comprende que es protagonista de la historia que los envuelve. La historiografía romántica autorizaba la noción de que el

⁴⁰ Georg Lukács en *La novela histórica*, 86, cita y comenta la frase de De Vigny. En efecto, el célebre autor francés en el prólogo de su novela *Cinq-Mars*, de 1827, desarrolla una teoría acerca de las relaciones necesarias entre historia y literatura que coincide con los postulados fundamentales del ideario del Andrés Bello de esos años.

hombre puede moldear por su acción el destino de los pueblos; la encarnación por excelencia de este principio acá era Simón Bolívar, y Bello, el primer escritor que tomó la pluma para expresar esa verdad. Así contribuyó a fundamentar un tipo de literatura esencialmente histórica: problematizadora y nada evasiva, en la cual la fantasía es solo un medio auxiliar para ordenar el porvenir. En el poema es explícita esa finalidad historicista: destaca ciertos hechos acaecidos y los asume reflexivamente; abre un juicio sobre el pasado; prepara el camino para el imposter-gable balance del período colonial. Desde Londres y acaso por nostalgia del trópico, Bello cantó a un presente centrado en la naturaleza. Aplacó sin duda sus añoranzas al recrear el hogar distante pero, sobre todo, se comprometió con el mañana al situar en él la gran nación de paz y trabajo que iba a llenar de sentido el porqué de las guerras pasadas y a definir la identidad más apropiada para el criollo ante los demás pueblos de occidente.⁴¹

El poeta ha recorrido los tres momentos de la crónica continental para afianzar la significación de su obra; su aguda conciencia de historiador y de artista le indica que en época de transición son tan necesarias la crítica como la propuesta; él

⁴¹ Además de las sentidas nostalgias que el hablante lírico manifiesta por su tierra distante, encierra el poema una advertencia con respecto al destino de América en relación con el orbe adelantado, que Bello había conocido de cerca en Europa. Hay un cierto desengaño de Inglaterra –o más bien de la sociedad industrial– que impulsa al poeta aún con más fuerza a enfatizar los beneficios de una futura vida agraria. Ya en Chile, y en uno de sus primeros artículos para *El Araucano*, el 27 de noviembre de 1830, escribió Bello estas reveladoras líneas: “La situación de Inglaterra, si no nos engañamos mucho, exige imperiosamente la continuación de la paz. Su poder es, a un mismo tiempo, gigantesco y precario. La riqueza que le entra a torrentes de todas las partes del mundo, se acumula cada vez en menor número de manos, y la mitad de sus habitantes, reducida a la mendicidad, vive de la distribución de limosnas. Para la seguridad de las grandes ciudades fabricantes se ha hecho necesario acantonar tropas que pongan silencio a los clamores y repriman los tumultos de los miserables obreros [...] La conservación de la preponderancia industrial de la Gran Bretaña es indispensable para la de su poder político, y aquella no puede subsistir sino al abrigo de un vasto y dispendioso establecimiento militar”. Andrés Bello, “La revolución de julio de 1830, en París”, *Temas de Historia y Geografía*, 97-101.

ansía ser práctico en sus proposiciones, medurado en sus planes. Un año después de este poema y en el mismo *Repertorio Americano*, escribió al respecto:

No, no es como algunos piensan al entusiasmo de teorías exageradas o mal entendidas lo que ha producido y sostenido nuestra revolución. Una llama de esta especie no hubiera podido prender en toda la masa de un gran pueblo, ni durar largo tiempo en medio de privaciones, horrores y miserias, cuales no se han visto en ninguna otra guerra de independencia. Lo que la produjo y sostuvo fue el deseo inherente a toda gran sociedad de administrar sus propios intereses y de no recibir leyes de otra; deseo que, en las circunstancias de la América, había llegado a ser una necesidad imperiosa.⁴²

Son estas las evidencias de la historia que Andrés Bello reitera en su coherente exposición; ha examinado con ponderación las ventajas que porta su exhortativa y termina describiendo la sociedad no por medio del futuro verbal, sino de un tiempo presente desde el cual canta a la paz y al trabajo:

De su triunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma, serenidad y regocijo:
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas. (vs. 342-350)

⁴² Palabras escritas por Bello al comentar la edición de Martín Fernández de Navarrete de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* (Madrid, 1825). Refuta los juicios de Navarrete acerca de la inutilidad de las luchas por la independencia y reafirma su posición independentista y republicana. Su artículo apareció en el tomo III del *Repertorio Americano* (Londres, abril de 1827) y se encuentra reproducido en *Temas de historia y geografía*, 445-484.

El optimismo del poeta se apoya en la aversión que siente por el pasado: tanto que hasta lo hace desaparecer lingüísticamente de su texto, y se distancia a un mañana nada lejano en los versos que cierran este célebre canto, como en una visión radiante del porvenir que espera a los labradores del acá, no sin fundamento real sólido: a mediados de 1822 y como consecuencia del avance libertario por toda Hispanoamérica, el gobierno británico emite una nueva Acta de Navegación por una de cuyas cláusulas se admitiría a barcos sudamericanos atracar y comerciar en puertos británicos.⁴³ Es así que prefiriendo una perspectiva que le permita el dominio del futuro, el poeta ve a las generaciones que vendrán, aclamadas por la posteridad:

hijos son éstos, hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España. (vs. 366-373)

Las generaciones venideras podrán conservar la gloria de sus antepasados gracias al trabajo productivo y estable del campo; la fama guardará el justo nombre que en la guerra y en la paz habían ganado los hispanoamericanos. El anhelo de un porvenir justo no era, por supuesto, exclusivo de Bello. Ya Bolívar, pocos años antes, había expresado un sueño que se concreta por medio de una imagen muy similar a la de los versos:

Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que

⁴³ Dato en un ilustrativo artículo de D. A. G. Waddell titulado “Las relaciones británicas con Venezuela, Nueva Granada y la Gran Colombia, 1810-1829”, *Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario* (Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1980) I, 53-82.

ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado, y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio de la familia humana [...] ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo [...] ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.⁴⁴

No otro era el ideal de Andrés Bello; ninguna aspiración más querida para él que el bienestar de Venezuela, de América; y nadie había encarnado mejor la idea de entrega absoluta al porvenir del continente que el magno Bolívar. Apropiado es terminar este ensayo con unas palabras que Bello dirigió al Libertador pocos meses después de haber publicado su poema: “cooperar en cualquier cosa, por pequeña que fuese, al logro de las sabias y benéficas ideas de Vuestra Excelencia bastaría a contentar toda mi ambición”.⁴⁵ Nunca disminuyó esfuerzos Bello a lo largo de su duradera vida para contribuir en esa ejemplar tarea que había iniciado aquel otro venezolano de América, tan grande como él.

⁴⁴ Como debería recordarse, Simón Bolívar escribió estas palabras para dar fin a su célebre discurso de Angostura. *Doctrina del Libertador*, 117.

⁴⁵ Frases de una carta fechada en Londres el 27 de marzo de 1827, incluida por Eugenio Orrego Vicuña en su *Don Andrés Bello* (Santiago: Ercilla, 1953), 40. Muy ilustrativas con respecto a la relación entre estos prohombres son las páginas que dedica Emir Rodríguez Monegal en su estudio *El otro Andrés Bello* a “Las relaciones con Bolívar”, 125-138.

Sobre Bello en Londres:
textos y contextos durante
la elaboración de sus
Silvas Americanas

Cuando Andrés Bello llega a Inglaterra en julio de 1810, intensos debates de ideas cobran fuerza en la vida intelectual y política del país, los que no serán ignorados cuando la elaboración de sus poemas titulados luego como *Silvas Americanas*. Una variedad de textos se hallan en plena vigencia durante los años cuando el intelectual caraqueño se dedica a planificar y escribir aquellos cantos. Conviene advertir que los textos aludidos no son literarios, sino escritos de orden social, económico y político y, sin embargo, de varias maneras muestran su presencia en los versos de Bello, o bien parecen estar presentes como factores motivadores de esas obras. El contexto biográfico o el estrictamente literario de la Inglaterra que entonces frecuenta Bello ha sido expuesto ya con detalle.⁴⁶

Estas notas solo aspiran a mostrar cómo ciertos hechos y escritos de naturaleza no literaria son igualmente importantes en la escritura de esos poemas cardinales de las letras hispanoamericanas puesto que se transforman en lecturas motivadoras y reminiscentes que el autor reencuentra luego de su

⁴⁶ Sobre todo por Emir Rodríguez Monegal; en efecto, en su *El otro Andrés Bello* este crítico dedica el segundo capítulo al entorno cultural que éste encuentra en Londres, y su actuación en ese medio. Lo titula “El duro exilio europeo: Londres (1810-1823)”; el tercer capítulo ahonda algunas de estas consideraciones y agrega otras, particularmente las relativas a su creación, su participación editorial y sus contactos con otros hispanoamericanos soterrados; lleva por título “La primera madurez (1824-1829)”. Rodríguez Monegal aportó en su estudio, en efecto, *otro* Andrés Bello, superando la muy repetida filiación virgiliana de los poemas escritos en Londres.

alejamiento de Venezuela. Y a pesar de que bastante se ha dicho de este período vital de Andrés Bello aún queda la laguna de un sonado debate nacional que pareciera reafiorar en las *Silvas*, escritas durante esta etapa de gran avidez intelectual en la vida de Bello. Londres es entonces la capital del comercio mundial y Gran Bretaña se apresta a cambiar el ritmo de la vida cotidiana del siglo gracias a la invención de la máquina a vapor y de su revolución industrial.⁴⁷

En 1822, apenas un año antes de la aparición de la *Biblioteca Americana*, revista que trae como pieza inicial y a manera de pórtico la “Alocución a la Poesía”, una de las figuras más prominentes del foro inglés, David Ricardo, dio a conocer un libro titulado *On Protection to Agriculture*. El libro, en parte gracias a la destacada posición pública de su autor, en parte por el tema candente que trataba, levantó muy pronto una acalorada polémica que Andrés Bello debió haber seguido de cerca. Y tal fue el tono del debate que ese mismo año se publicaron, como respuesta al de Ricardo, los siguientes escritos: primero *An Answer to a Tract Recently Published by David Ricardo On Protection to Agriculture*, por sir John Sinclair y luego otro impreso más breve y sin firma titulado *Considerations upon the Agriculture, Commerce and Manufactures of the British Empire*. Se sabe que David Ricardo era un amigo cercano de John Mill, quien a su vez era amigo, o al menos conocido de Bello. Fuera de estas relaciones personales que están suficientemente documentadas, es de rigor formularse la siguiente pregunta: ¿pudo Bello ignorar estos hechos culturales que tomaban lugar en el centro del escenario londinense de su tiempo?

⁴⁷ Los siguientes libros, por ejemplo, se refieren a esta época: *Bello y Londres. Segundo congreso del bicentenario*, compilación de estudios que no tocan el tema del contexto libresco del momento; se repiten algunos de estos artículos en John Lynch, ed. *Andrés Bello. The London Years* (Londres: Richmond Publishing, 1982); Pedro Grases, *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos* (Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1962) orientado más hacia las relaciones y lecturas hispanas de Bello; de igual modo el epistolario de Sergio Fernández Larraín, *Cartas a Bello en Londres. 1810-1829* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1968).

Es difícil aceptar que un intelectual y diplomático como él dejara pasar por alto un tema que, como se verá, incluía muy directamente reflexiones acerca de la América española. Además, los escritos en torno a este debate, llevado también en las cámaras del parlamento, y en especial durante 1822, estaban incidiendo en el desarrollo económico de Hispanoamérica, donde por entonces se debatían igualmente los mismos problemas, si bien a un nivel más práctico y menos intenso que en el foro británico.

El libro de David Ricardo fue puesto a la venta el 18 de abril de 1822 y fue ampliamente anunciado en el *Morning Chronicle* del 16 y del 18 de ese mes. En verdad por esos días la polémica llegaba a su cima puesto que el texto de Ricardo ofrecía una defensa razonada de las tesis que él mismo voceaba como parlamentario, y las cuales se habían reactivado a raíz de la aparición de un informe titulado “The Debate on the Report of the Agricultural Committee”. La cuestión en debate puede ahora resumirse de la siguiente forma: la producción de granos en Inglaterra era por entonces bastante deficiente y Ricardo aboga para que no se abran los puertos ingleses a una importación indiscriminada que podría dañar aún más a los granjeros británicos. Sus propuestas tienden a permitir la importación de una cantidad limitada de granos, a la que más allá de cierta cifra se le agregaría un impuesto para evitar así la ruina de los decaídos granjeros del país. Los habitantes de las áreas rurales, atraídos por mejores salarios, se marchaban hacia las ciudades para laborar en las incipientes factorías y talleres.

Las decisiones que tomase el parlamento británico al respecto serían de la mayor importancia para varios países hispanoamericanos que ya se aprontaban a exportar sus productos del campo hacia el apetecido mercado de Inglaterra. Se estaba, pues, en las vísperas de un gran proceso de libre comercio ultramarino, tan esperado por un criollo que secularmente solo había conocido los puertos de España, y vivido sometido siempre a las condiciones que impusiera esa metrópoli. Eran momentos durante los cuales se avizoraban intensos y provechosos intercambios con el resto del Viejo Mundo y, particularmente

por medio de los puertos ingleses, avenidas principales entonces del comercio mundial.

La abundancia y calidad de los productos americanos auspiciaba un excelente futuro a tal actividad. Aunque la mayoría de los británicos no estaba demasiado informada acerca de los acontecimientos que ocurrían en las colonias de España, se sabía que había aquí un extenso mercado para sus bienes manufacturados, los cuales podrían, en parte, ser recibidos a cambio de las compras de aquellos bienes agrícolas. Y eran muy pocos los criollos que consideraron esas expectativas como inoportunas o desmedidas, enterados que la importación de similares bienes de consumo desde la India ya había hecho al mercado inglés particularmente sensible a las ventajas y desventajas de cuanto era traído desde ultramar.

Sin embargo, el potencial de las riquezas hispanoamericanas era asunto que hacía ya años atraía la atención y el apetito de la Inglaterra. El mismo David Ricardo en su famoso libro *On the Principles of Political Economy and Taxation*, aparecido en 1817, se refería a las riquezas actuales de la América española y a su futuro, centrando sus observaciones en la minería y en las muchas ganancias que la Península había extraído y continuaba extrayendo de sus colonias. Pero curiosamente Ricardo no concede mayor importancia a la intensa lucha que se libraba entonces por todo el continente para terminar con el dominio español.

El tema de las riquezas obtenidas por España de suelos del Nuevo Mundo tampoco era nuevo entre los ingleses, quienes fueron de los primeros en publicar, por ejemplo, una traducción de la *Destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de Las Casas, libro inicial en una serie de denuncias en contra de la explotación indiscriminada de los aborígenes americanos.⁴⁸

⁴⁸ La famosa *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, impresa en Sevilla sin los permisos correspondientes en 1552, conoce once ediciones extranjeras antes de 1600; de ellas una en inglés, de 1583. Luego vienen seis ediciones inglesas más antes de 1800. El libro no solo había contribuido a difundir las visiones negativas de la empresa española en el Nuevo Mundo, sino igualmente a

Pero, de cualquier modo, era relativamente nuevo entre la mayoría de los británicos el enterarse sobre las enormes potencialidades de la América española, y el debate en cuestión hacía que el tema de la agricultura y su protección por parte del aparato legislativo cobrase aún mayor importancia.

Cuando Bello conoce a James Mill hacia 1811, llevaba éste ya algunos años ocupado de tales materias: en 1804 había escrito *An Essay of the Impolicy of a Bounty on the Exportation of Grain*, y luego ampliando algunas nociones al respecto publicó en 1807 un panfleto titulado *Commerce Defended*, cuyo segundo capítulo comprende una aguda defensa de la tierra como fuente básica de la riqueza de una nación. Estos datos ganan realce por sí mismos una vez establecidas las relaciones de amistad e intelectuales entre Bello y Mill, porque eran nociones que reforzaban cuanto ya había intuido el joven caraqueño. Este pensador con quien Bello entró en contacto poco después de su llegada a Inglaterra por mediación del general Francisco de Miranda, era una de las personas más preocupadas por el destino de la agricultura, tanto en su país como en el Nuevo Mundo; porque James Mill sí estaba bien al tanto de cuanto ocurría en el continente americano, gracias a Miranda que velaba por captar adherentes de importancia para la causa independentista. Mill debió haber escuchado con interés las noticias proporcionadas por el joven escritor recién venido de América, redactor de la *Gazeta de Caracas* y autor entonces de un *Resumen de la historia de Venezuela* que fue incluido en el *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año de 1810*, el primer libro impreso en aquel país.⁴⁹

acentuar el menosprecio agrícola del conquistador en favor de la minería. Sobre la historia editorial del polémico libro véase de Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández, *Bartolomé de Las Casas. (1484-1566). Bibliografía crítica*. (Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954), 149-152.

⁴⁹ Se dice que este escrito es en su totalidad obra de Bello: "Intentaba ser, al estilo de otras publicaciones similares de otros países de habla hispánica, una obra que diese información completa sobre la provincia de Venezuela [...] Em-

Bien poco antes del arribo de Bello a Londres, James Mill dejó testimonio escrito de su parecer con respecto a la suerte que cabía en el presente tortuoso de España a los territorios bajo su dominio, al publicar un artículo titulado “Emancipation of Spanish America”, el cual apareció en la difundida *Edinburgh Review*, en enero de 1809. La fecha temprana de este extenso trabajo en el que se defiende sin reservas el derecho a la emancipación de las colonias de España comparte claramente las enseñanzas de Miranda, a quien alaba sin reservas, y se debe al empeño con que éste comunicaba el deber de dar cumplimiento a esa misión entre las personas ilustradas de Europa, y en particular entre los ingleses. En esas líneas se les recuerda, entre otros potenciales beneficios, lo conveniente que sería para el tráfico comercial marítimo de las naves británicas la construcción de una vía interoceánica en el istmo centroamericano. Bien parece que el ex jesuita peruano Juan Pablo Viscardo, por entonces en Londres, pudo asesorar e informar a Mill y que Miranda incluso colaboró en la redacción de ese artículo; la pieza está escrita, claro, más para generar opiniones favorables entre los grupos liberales de la Europa de habla inglesa, favorable de la surgente causa independentista, que para censurar a la monarquía española.⁵⁰

pezaba con la información sobre almanaque, cómputos, fiestas y épocas, así como con las autoridades metropolitanas. Luego seguía ‘una hojeada histórica acerca de las provincias que componen hoy la Capitanía General de Venezuela’”. Pedro Grases, *Algunos temas de Bello* (Caracas: Monte Avila, 1978), 35.

⁵⁰ En verdad este interesante artículo de Mill comienza con un comentario del notable escrito de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, *Lettre aux Espagnols-Américains par un de leurs compatriotes*, impreso en Filadelfia en 1799 en un tomito en octavo de 42 páginas. Esta carta, poco después reimpressa en Londres –en español– por P. Boyle, en 1801, fue, como se sabe, de gran importancia en la difusión de las ideas republicanas. Con respecto a las posibilidades económicas del continente, y particularmente a la agricultura, Mill escribió: “That country [Sur América] from enjoying a much greater diversity of climate compared with Europe, that North America, is much more richly provided with those commodities for which Europe presents the most eager demand. Of the soil of South America, a great part is much more favourable to cultivation, much more fruitful, and

Poco después, en julio de 1812, aparece en el otro conocido periódico británico de entonces, *Quarterly Review*, de orientación conservadora, una reseña del exilado liberal español José Blanco White titulada “Walton’s Present State of the Spanish Colonies”, en la cual se expresa la esperanza del autor porque los naciotes conflictos se atenúen y vuelva la paz entre la madre patria y sus posesiones de ultramar. Blanco White, principal editor del periódico *El Español*, órgano londinense de los exiliados y liberales hispanos, a pesar de su amistad con Miranda y Bello y Servando Teresa de Mier, mantuvo una actitud vacilante y de espera con respecto a las guerras de independencia, aunque son varios los artículos en su revista que tocaban ese asunto. De ese modo, lo dicho en *El Español*, como las piezas de la *Edinburgh Review*, y la de la *Quarterly Review*, confirman el interés que el asunto tenía entonces en la sociedad inglesa culta.⁵¹

Mas el peso y la importancia del debate sobre la cuestión agraria no provenía solo de los libros y revistas antes mencionados: hay entonces un hecho editorial de proyecciones mucho más relevantes, que al parecer ha causado esos impresos, y que pesa sobre esta generación de criollos que llegan a Europa, y en particular a Inglaterra, en busca de ayuda para consolidar la independencia. Y como la visión del criollo se mejora lejos del suelo materno y focaliza desde nueva perspectiva lo

cleared by nations who had made some progress in civilization. Of all the countries in the world, South America possesses the most important advantages in respect to internal navigation, being intersected in all directions by mighty rivers, which will bear, at little cost, the produce of her extensive provinces to the ocean [...] From the immense extent of uncultivated soil, which it will require many ages to occupy, the whole bent of population will be turned to agriculture”. “Emancipation of Spanish-America”, *The Edinburgh Review or Critical Journal*, 13, Nº 26 (1809), 277-311. La cita, de 280-281.

⁵¹ Un estudio muy detallado acerca de las publicaciones inglesas relativas a esta época es el de José Alberich, “Actitudes inglesas ante el mundo hispánico en la época de Bello”, en el ya citado *Bello y Londres. Segundo congreso del bicentenario*, I, 125-164.

propio, así estos emisarios de las recientes juntas de gobierno perciben con mayor hondura algunos factores relativos a la condición de las nuevas formas de relación económica que deberán establecerse luego de agotado el sistema monopólico secular, perfeccionado en el último siglo por los monarcas Borbones. El hecho editorial al cual nos referimos es el relativo a la publicación de un libro hoy célebre: se trata de *An Essay on the Principle of Population*, del reverendo Robert Malthus, aparecido en Londres en 1798.

Este polémico y atemorizante escrito no solo alcanzó una rápida popularidad, sino que suscitó casi de inmediato una intensa discusión en torno al futuro de la especie humana y de los recursos necesarios para su existencia: o se imponía el control forzoso del consumo de alimentos o se produciría la muerte por hambre de inmensas poblaciones; más o menos así se resumía en la mentalidad popular la tesis central de Malthus. Quedaban ahí cuestionados y en debate, además, varios de los procedimientos tradicionales y de los esquemas de producción del agro inglés, particularmente los relativos a la eficiencia del trabajo campesino y al uso de las tierras cultivables. La polémica que estos juicios levantan desde su publicación no hace sino aumentar, de modo que cuando la misión de Bolívar llega a Londres se halla por su punto más alto, y aún durará por la década que se iniciaba. Mientras tanto Bello estudiaba y tomaba notas y pergeñaba borradores de su poema “La agricultura de la Zona Tórrida”.

Como es sabido, el ensayo de Malthus discute las relaciones entre el crecimiento desproporcionado de la población con respecto a la producción de víveres que debería alimentar a aquélla; luego aboga por un nuevo trato para la agricultura y sus trabajadores, puesto que según sus tesis las grandes urgencias del futuro inmediato serían solucionadas únicamente por la agronomía, ya que, de todos modos, la población tendía a crecer en una proporción muchísimo mayor que los bastimentos capaces de sustentar a las naciones, en particular a las de Europa. Es preciso señalar en este punto que Malthus tiene buen conocimiento de esa situación en las colonias españolas:

dedica casi todo el capítulo VI de su célebre tratado a discutir las formas de colonización empleadas en las Américas. Y no deja de formular una penetrante crítica a la manera en que los españoles ejercían dominio sobre sus ricos territorios indianos.

Andrés Bello de ningún modo podía permanecer distante de un debate de esta naturaleza, y las pruebas de su interés y conocimiento de las teorías de Malthus las deja expresadas en el primer número de *El Repertorio Americano*, en nota acerca de un escrito que trata del asunto.⁵² Bien fuese por interés personal, bien que James Mill le alertase sobre el tema, el observador social que hay en Bello ya maduraba la dimensión del problema desde sus días de redactor caraqueño, a juzgar por las ideas que expresa en su *Resumen de la historia de Venezuela*. Curiosa comunión de intereses la que se produce entre dos mentes privilegiadas, porque a los meses de su llegada a Londres, Bello se encontraba con Mill, uno de los intelectuales líderes del debate suscitado por las ideas de Malthus. Y por medio de éste conocerá luego al jurista y pensador Jeremy Bentham, quien tan interesado estaba en la emancipación de las Américas que intentó pasar a México a principios de 1809 para tener conocimiento de primera mano de estas regiones. Y es bien probable que tal fuese uno de los temas centrales en sus conversaciones con López Méndez, Bolívar, Mill, Bello y Miranda, en casa de éste.⁵³ Años más tarde, hacia 1816, Bello asumi-

⁵² En el tomo I de *El Repertorio Americano*, de octubre de 1826, y en la sección que se titula "Boletín Bibliográfico", Bello da cuenta de la siguiente publicación: "Nouvelles idées sur la population, &c. Nuevas ideas sobre la población con observaciones sobre las teorías de Malthus i de Godwin, por Al. H. Everett, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España, obra traducida de la edición inglesa de Boston, 1823, por C. J. Ferry. París, 1826, 8vo.", p. 303. Se deduce, por lo tanto, de la repercusión que las ideas y tesis del reverendo Malthus habían encontrado en los Estados Unidos de Norteamérica.

⁵³ Emir Rodríguez Monegal afirma: "Hacia 1811 había conocido en una biblioteca a James Mill, padre del filósofo, y por su intermedio se vincula con el economista Jeremy Bentham". 51. Antes había aportado la siguiente información: "Al llegar a Londres, Bello conoce a Miranda. Aunque se conservan las estrofas que habría de dedicarle unos doce años después en su *Alocución a la Poesía* (1823) y que testimonian públicamente su aprecio, no se han encontra-

rá la tarea de poner en limpio ciertos escritos de Bentham, tal vez como ayuda ofrecida entonces por sus amigos británicos al empobrecido criollo.

En el célebre ensayo de Malthus se analizan las condiciones favorabilísimas que encuentran los cultivos en las antiguas colonias inglesas de la América del norte –de donde tiene mejores informaciones– y sugiere un futuro brillante para esa parte del mundo en este respecto; no es errático inferir que desde allí Bello diseñara un igual porvenir agrícola para las colonias de España, una vez consagrada la independencia, misión por la cual Malthus aboga con la misma convicción; y no tiene reservas para condenar en su estudio a la corona de Castilla por lo actuado allí: “No settlements could well have been worse managed than those of Spain in Mexico, Peru and Quito. The tyranny, superstition and vices of the mother-country were introduced in ample quantities among her children. Exorbitant taxes were exacted by the Crown. The most arbitrary restrictions were imposed on their trade. And the governors were not behind hand in rapacity and extortion for themselves as well as their masters. Yet, under all these difficulties, the colonies made a quick progress in population.”⁵⁴

do las cartas en que Bello comunicó a John Robertson su primera impresión del ilustre patriota venezolano. Pero puede deducirse su juicio por la respuesta de Robertson: ‘Mi opinión es muy conforme a la de usted respecto de este hombre ilustre’, le dice en diciembre de 1810 [...] La vinculación con Miranda no habría de prolongarse pues éste parte para Venezuela a cumplir la penúltima etapa de su heroico destino. López Mendez y Bello quedan alojados en su casa de Grafton Street hasta fines de 1812 o comienzos de 1813. Para Bello esta temporada fue de enorme importancia, Miranda poseía una biblioteca particular que en 1822 fue evaluada en £3,000.” *El otro Andrés Bello*, 44.

⁵⁴ “Ningún asentamiento podría haber sido peor manejado que aquellos de España en México, Perú y Quito. La tiranía, superstición y vicios de la madre patria fueron introducidos en grandes cantidades entre sus hijos. Exorbitantes impuestos fueron extraídos por la Corona. Las más arbitrarias restricciones fueron impuestas a su comercio. Y los gobernadores no se quedaban cortos en cuanto a rapacidad y extorsión para sí mismos como para sus señores. Sin embargo, bajo todas estas dificultades, las colonias hicieron un rápido progreso en pobla-

Nadie podía dudar entonces en Gran Bretaña que una vez libres de tantos impedimentos, estas extensas regiones, varias veces más grandes que Europa, sometidas a la avaricia y a la corrupción de sus administradores peninsulares, estarían llamadas a una época de prosperidad fundada en los provechos de las labores campesinas. Según el ensayista señala, la pésima administración y sus rémoras correspondientes no han podido impedir el crecimiento poblacional, visto aquí como capacidad generativa del suelo. De manera que presenta a estas provincias como alternativas muy apropiadas para superar el injusto proceso colonial y aliviar así con su producción el inmenso mal demográfico que amenazaba a Europa.

Otro giro de alto interés cobra este debate cuando en el Viejo Mundo comienzan a circular las investigaciones de Alexander von Humboldt; y en especial, para nuestro caso, cuando empiezan a ser conocidas en Inglaterra. Los pensamientos que el sabio berlinés expresa con respecto al futuro americano van ligados también al porvenir de la humanidad. En cuanto a sus habitantes, Humboldt profundiza los alcances que Malthus había anotado con relación al crecimiento poblacional, y añade en sus estudios la información de varios censos que analiza. Y es de este modo que el mismo Robert Malthus, al publicar en 1820 su segundo gran trabajo, *Principles of Political Economy*, cita extensamente a Humboldt, y la mayor parte de las veces hace causa común con los argumentos del naturalista alemán. Poco después David Ricardo al escribir sus *Notes on Malthus's Principles of Political Economy* se refiere también de modo amplio a las obras de Humboldt y extrae y cita amplios pasajes y cifras de los escritos del naturalista concernientes al Nuevo Mundo. Curiosamente, la mayor parte de las veces trans-

ción.” [Traducción nuestra]. El capítulo VI del libro es el más amplio en el tratamiento de las cuestiones sobre la América española, cuya gran extensión territorial admira a Malthus. Solo conocemos de una edición reciente de esta obra: Thomas Robert Malthus, *An Essay on the Principle of Population and A Summary View of the Principle of Population*, ed. e introducción de Antony Flew (Londres: Penguin Books, 1970). La cita anterior de p. 104.

cribe los mismos párrafos utilizados por Malthus para ilustrar aspectos de la situación hispanoamericana.

Con la aparición de la prestigiosa figura de Alexander von Humboldt en el escenario de esta polémica se cierra aún más el círculo de contactos y relaciones entre las cuales se mueve Andrés Bello, puesto que él también sabía del naturalista, y bastante más si se contemplan las noticias según las cuales el joven caraqueño habría tratado a Humboldt y a Aimé Bonpland a su paso por Caracas, entre diciembre de 1799 y principios de 1800. Como el explorador prusiano y su colega y acompañante francés entraron en contacto con la intelectualidad caraqueña del momento, bien pudo entonces conocer al joven Bello; autores hay que llegan a afirmar que el futuro humanista acompañó a los viajeros en su mentada ascensión al Monte Avila.⁵⁵

Ya en el transcurso de sus años londinenses, varias razones tiene Bello, pues, para estar bien atento a los desarrollos de la polémica dicha, y para concentrarse en la lectura del difundido libro de Humboldt y Bonpland; y no solo por lo que tocaba a su situación personal y emocional, sino porque sus páginas eran portadoras de los argumentos que él iba a reelaborar en el extenso plan poético que empieza a redactar entonces, el cual, con los años, será base fundamental de la literatura his-

⁵⁵ Aunque no hay mayores pruebas de un posible encuentro en Caracas, ya en el siglo pasado Arístides Rojas (1826-1894) había afirmado esta relación, según se comenta en el capítulo sobre Bello y Humboldt. Emir Rodríguez Monegal sostiene: "La llegada del barón de Humboldt a fines de 1799 significó para Bello un acontecimiento extraordinario. El joven tenía poco más de 18 años y el barón unos 30, pero la vinculación que entre ambos se estableció, cimentada por intereses comunes, y por una misma inquietud ante la naturaleza, fue instantánea. Bello acompaña a Humboldt en sus excursiones científicas por los alrededores de Caracas, lo que exigía un vigor que entonces Bello no poseía." *El otro Andrés Bello*, 25. No ofrece Rodríguez en este punto la fuente de su detallada información; tampoco Oscar Sambrano Urdaneta, quien llega a afirmar: "1800. Enero 2. Forma parte del grupo que acompaña al explorador Alejandro de Humboldt en su ascensión a la cima del Monte Avila, situado al norte de la ciudad de Caracas. Bello no alcanza a llegar debido a lo débil de su contextura." *Cronología de Andrés Bello. 1781-1865* (Caracas: La Casa de Bello, 1990), 10.

panoamericana. Como editor, sus trabajos dejan testimonio de aquella preocupación intelectual: ya desde el primer número de su *Biblioteca Americana* comienzan a aparecer reseñas y comentarios acerca de los trabajos de Humboldt; sus lecturas de los viajes del científico van a proporcionarle informaciones e imágenes que pasarán a formar parte sustancial de sus composiciones londinenses.

Es indudable que la obra poética de Andrés Bello va a experimentar un cambio en este punto. Los hechos culturales y editoriales a que asiste en la capital del imperio británico y la nueva perspectiva ganada por la focalización que se hace desde allá le impulsan a una creación literaria distinta a la que venía escribiendo desde sus días caraqueños. Si muchas de sus preocupaciones vitales aún persisten invariables, como su atención por la agricultura, según lo había demostrado en las páginas de la *Guía de forasteros para 1810*, las nuevas lecturas, los nuevos encuentros –físicos, emotivos e intelectuales– intensificarán en Bello la afición por escribir sobre temas socio históricos, políticos y hasta económicos; en Europa cambiará su entusiasmo juvenil por Virgilio y Horacio para orientarse hacia la formulación estética de las cuestiones políticas y sociales que nacían del colapso de la época colonial, y del cambio que este hecho mayor significaba –y debería significar para las colonias. Quedaba, con ello, además, consolidada su vocación conjunta de hombre de estudio y de creación.⁵⁶

Ya que se ha mencionado la *Guía de forasteros para 1810*, primer libro impreso en Venezuela y del cual Andrés Bello es redactor principal, si no único, es preciso, además, situar un problema cuya solución tiene que ver directamente con

⁵⁶ A manera de anécdota conviene repetir estas averiguaciones de Rodríguez Monegal: “ya en 1814 Bello empieza a asistir regularmente al Reading Room del British Museum [...] se convirtió en visitante regular de una sala de lectura cerrada al público común y accesible sólo a los investigadores provistos de un pase”. Y agrega en nota al pie: “En un texto del *Primer libro* (p. 178) se indica que fue el Foreign Office quien presentó a Bello al Museo Británico, pero no se aporta otra referencia documental.” *El otro Andrés Bello*, 55.

la elaboración de sus futuras *Silvas Americanas*, canto a la zona en toda su amplitud: ya en aquel impreso se hallan en potencia los temas de sus poemas mayores.⁵⁷ Lo anterior da pie para esbozar otro problema que debe iniciarse por la siguiente pregunta: ¿cuánto sabía entonces Andrés Bello de las cosas de América, más allá de su propia experiencia venezolana? Su conocimiento de las condiciones de la naturaleza, la geografía y, en general, la agricultura en el Nuevo Mundo no son pocos, a juzgar por lo expuesto en la *Guía de forasteros*; pero, claro, no abarcan más allá de su ámbito local; resulta indudable que libros como el de Malthus le hayan motivado en Londres a reflexiones mucho más amplias con respecto a este tema que era ya su preocupación. Es cierto que el impulso dado a la agricultura durante el reinado de Carlos III (1759-1788) había producido resultados nunca antes conocidos en varias provincias, y es esperanza del criollo que ese arranque productivo, gracias a la abolición de varias restricciones de comercio, debería ampliarse ricamente en la época independiente que por fin se iniciaba. Y esta será una reiterada idea en ambos poemas: la “Alocución a la Poesía” y “La agricultura de la Zona Tórrida”. Ese proceso, que ganaba nuevas proyecciones estimulado ahora por la fuerza y el prestigio del debate europeo, alcanza para Bello la fuerza de un imperativo social y artístico ineludible.

⁵⁷ Mariano Picón Salas al escribir sobre “Los primeros trabajos históricos de Bello”, el *Calendario manual y guía de forasteros para 1810*, y el *Resumen*, afirma sobre la presencia de Humboldt en Bello: “Así no es extraño que en el *Resumen de la historia de Venezuela* (1808) ya aparezcan, a pesar de la brevedad del trabajo, observaciones sobre los productos, comercio y naturaleza venezolana que no abundan en la historiografía precedente”. (p. xxv); más adelante (pp. xxvii-xxxii) se refiere al germen poético que conllevan esos textos y que más tarde maduraron en sus *Silvas Americanas*. Véase su estudio “Bello y la historia”, que prologa el tomo de Andrés Bello, *Temas de Historia y Geografía*. Obras completas XIX (Caracas: Ministerio de Educación, 1957). En el año de 1810 se publicó en Caracas un *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año 1810*; para esa publicación escribió Bello un resumen de la historia de su país. Hay de este escrito una cuidada edición moderna: *Resumen de la historia de Venezuela*. Palabras preliminares de Pedro Grases (Caracas: La Casa de Bello, 1978).

Postulamos que las lecturas de estos autores afamados y, particularmente de la obra de Alexander von Humboldt, fueron de un modo distinto reacerando al expatriado Bello a la totalidad de su continente; otorgándole al poeta un conocimiento más amplio de las colonias y de su geografía; mostrándole cuantificadas y analizadas sus posibilidades futuras, configurándole, al fin, una visión de Hispanoamérica como conjunto uniforme. Su americanismo, en términos de su propio conocimiento de los reinos vegetal y animal, se derivará de esas lecturas londinenses, de aquellos autores cuyo prestigio se encontraba en las primeras líneas de las más importantes polémicas. Este singular hecho de reencuentro con lo específico americano mientras se vive en el ámbito físico y cultural del Viejo Mundo, sería más tarde una constante vital de muchos escritores hispanoamericanos que se verán incentivados al reencuentro y estudio de lo propio, incitados hasta por la condiciones de desconocimiento o de contraste que hallan en Europa.

Conviene recordar que la misma admiración que el sabio alemán despierta en Andrés Bello estaba igualmente presente en las mentes y en las teorías de Malthus, de Ricardo y de Mill, quienes –como se dijo– recurren con frecuencias a citas de textos del naturalista. Entre esa red de lecturas se va cerrando el círculo de relaciones textuales que alientan significativamente el proceso creador del Bello londinense; de aquí saldrá refinada buena parte de su concepción poética y política sobre la nueva América que se estaba forjando. En la otra cara de la moneda, sin embargo, Humboldt no parece haberse enterado de este efecto que sus obras ejercen sobre la surgente mentalidad del criollo independentista.⁵⁸

Hay, por supuesto, una rigurosa coincidencia entre este proceso de maduración estética y social vivido por el criollo y las

⁵⁸ Se sabe que Humboldt no poseía ninguna de las publicaciones londinenses de Bello hacia el fin de sus días; tampoco ninguna de aquellas en las que Bello colaboró. Cfr. Henry Stevens, *The Humboldt Library. A catalogue of the Library of Alexander von Humboldt* (Londres: H. Stevens-American Agency, 1863), 335. Catálogo que se refiere especialmente a la venta póstuma de la biblioteca del científico.

luchas por la emancipación que con tanta fuerza demandaban realizaciones y planes paralelos y convergentes con el sentido de esa cruenta guerra libertaria. Y esa es otra de las grandes motivaciones del poeta. Finalmente, es preciso postular una posible vacilación del Bello de estos años entre dos tendencias de sus afinidades: de un lado la literatura, y del otro –y al parecer predominante– su afición por las ciencias naturales y sociales. La revisión de sus publicaciones entonces, en las revistas que colaboró, indican en él un interés mucho mayor por las cuestiones científicas, naturales, históricas o geográficas que por las letras; y, sin embargo, de esta época provienen “Alocución a la Poesía” y “La agricultura de la Zona Tórrida”, dos creaciones superiores de la poesía en lengua castellana, ambas llamadas a proveer las fundaciones más sólidas de la naciente literatura independiente del continente.

Alexander von Humboldt
y Andrés Bello:
etapas hacia una relación textual

Se ha señalado, aunque de paso, que durante sus años caraqueños el joven Andrés Bello conoció al barón Alexander von Humboldt, cuando éste, en compañía del científico francés Aimé Bonpland, residió en Caracas, entre diciembre de 1799 y enero de 1800. En efecto, Humboldt y Bonpland habían llegado a las costas de Cumaná el 16 de julio de 1799; luego de permanecer en esa región del oriente venezolano por el semestre, se trasladaron a la capital donde pasaron algo más de un mes.⁵⁹ Aun cuando es bien probable que Bello conociera entonces a Humboldt, no hay documentos que permitan asegurarlo; pero es un hecho cierto que la presencia del científico alemán no pasó desapercibida para la gente culta de la ciudad, cuyas tertulias y reuniones frecuentó; es en esas circunstancias que pudo haber tenido algún trato con Bello.⁶⁰

⁵⁹ Sobre el posible encuentro de Humboldt y Bello informa Arístides Rojas dándolo como un hecho: “Así fue que Bello en sus conversaciones con Humboldt, aprendía al mismo tiempo que se deleitaba; y acompañándolo en sus excursiones en el valle de Caracas, adquiría conocimientos enteramente nuevos para un joven que estudiaba en aquellos días la Física experimental [...] La partida de Humboldt, a fines de enero de 1800, fue para Bello una pérdida. Había recibido de aquél tantas pruebas de afecto, y aprendido tanto en tan cortos días, que difícilmente le hubiera olvidado”. Arístides Rojas, “El poeta virgiliano”, en *Humboldtianas*, compilación de Eduardo Bohl y prólogo de Angel M. Alamo (Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1942) II, 122-123. Para un preciso itinerario de Humboldt en América, véase: Loren McIntyre, “Humboldt’s Way”, *National Geographic Magazine*, 166, N° 3 (1985), 318-351.

⁶⁰ El barón de Humboldt escribió más tarde sobre su estadía en Caracas: “Dos meses pasé en Caracas. Habitábamos el Sr. Bonpland y yo en una casa gran-

Señalamos estos datos simplemente como un primer estadio en el conjunto de relaciones que se van a establecer entre Andrés Bello y Alexander von Humboldt y que, a nuestro juicio, son definitivas en la elaboración de sus dos más grandes y conocidos poemas: “Alocución a la Poesía” y “La agricultura de la Zona Tórrida”, escritos ambos más tarde, en Londres.

La segunda instancia de relaciones entre estos dos hombres se produce en la capital inglesa y tiene como actor único a Bello, en el rol de lector atento de la obra ya consagrada de Humboldt. En Londres, como en el resto de Europa, los libros del naturalista ganan la atención del público instruido que encuentra en esos tratados los grandes logros del pensamiento científico que se ha venido desarrollando durante la Ilustración. Se suceden las traducciones y se divulgan extractos de sus obras, además de otros variados reconocimientos; casi una docena de reseñas sobre el trabajo de Humboldt se publica en los periódicos ingleses entre 1816 y 1822. El día 6 de abril de 1816 Andrés Bello debió leer en los diarios los titulares anunciando la incorporación del barón de Humboldt a la Royal Society of London.⁶¹

de casi aislada, en la parte más elevada de la ciudad. Desde lo alto de una galería podíamos divisar a un tiempo la cúspide de la Silla, la cresta dentada de Galipán y el risueño valle del Guaire, cuyo rico cultivo contrasta con la sombría cortina de montañas en derredor. [...] Si teníamos por qué estar satisfechos de la disposición de nuestra casa, lo estábamos aún más por la acogida que nos hacían las clases todas de los habitantes...”. Y agrega luego: “Noté en varias familias de Caracas gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, una decidida predilección por la música, que se cultiva con éxito y sirve, como siempre hace el cultivo de las bellas artes, para aproximar a las diferentes clases de la sociedad”. Ambos trozos aparecen en el capítulo xiii, libro IV, de su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, trad. de Lisandro Alvarado (Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1956) II, 260 y 264.

⁶¹ La obra de Humboldt resultaba atractiva a los ingleses también por razones económicas, al describir con detalle, por ejemplo, el muy ventajoso comercio que España venía realizando con sus colonias. Ciertamente, la opinión más favorable hacia Humboldt venía de los sectores liberales: “There were almost a dozen reviews of Humboldt’s works in the periodicals during 1816-1822. [...] There was a good reason why the Tory periodicals failed to compliment Hum-

Acaso estimulado por estas circunstancias y por sus constantes recuerdos caraqueños, lo cierto es que Bello se familiariza con los escritos del sabio alemán, y esos textos se van convirtiendo, entre las lecturas del expatriado venezolano, en una suerte de inspiración, de desafío a la nostalgia, hasta de recuperación de su vida familiar, amenazada siempre por la distancia y las diferencias del medio inglés.

Desde esta perspectiva no es arriesgado afirmar que entre las lecturas más frecuentes de Bello por esta época se encuentran los escritos de Humboldt. No debe sorprender, pues, que el primer trabajo que publica en Inglaterra sea, precisamente, una traducción que de páginas de Humboldt y Bonpland hizo para que fueran incluidas en un número de *El Censor Americano*, la revista que allí recién había fundado su amigo Antonio José de Irisarri, encargado entonces de la Legación de Chile cerca de la corona británica. Confirmando esa preferencia publicará luego en la *Biblioteca Americana* y en *El Repertorio Americano* extractos y reseñas que vienen a corroborar su interés y aprecio por la obra del naturalista berlinés. Así, en el primer número de su *Biblioteca Americana* aparece, bajo la discreta firma de A. B., un artículo sobre “Palmas Americanas”, cuya segunda parte, se advierte ahí, proviene de “los ilustres viajeros Humboldt y Bonpland”, autores del estudio *Plantes équinoxiales*. También en el primer número de su segunda revista londinense, *El Repertorio Americano*, se publica una interesante traducción que Bello hace de unas páginas sobre Venezuela procedentes también del *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*.⁶²

boldt whereas the Whig periodicals exaggerated in their flattery. Humboldt was one of the foremost liberals of his day. He championed many causes which were distateful to the British conservatives, among them the independence of Spanish-America”. Calvin P. Jones, “The Spanish American Works of Alexander von Humboldt as Viewed by Leading British Periodicals, 1800-1830”, *The Americas* (Washington, DC) 29, N° 4 (1973), 445.

⁶² La labor intelectual de Bello por estos años ofrece muchas muestras de su trato con las obras de Humboldt: reseñas, traducciones, adaptaciones se ve-

Pensamos que más allá de las intenciones de divulgación científica, que tan necesaria aparecía entonces para los lectores de Hispanoamérica, y de una compartida admiración por la naturaleza, Andrés Bello va recogiendo en esos textos una serie de informaciones, de ideas e incluso de imágenes y palabras que pasarán a constituir partes sustanciales de sus justamente célebres poemas, escritos por esos mismos años.⁶³

En esta ocasión nos limitaremos a comentar una de esas traducciones con el fin de adelantar las tesis sobre el singular proceso de reelaboración textual que ejerce el poeta venezolano. Sin detallar los mecanismos de la creación literaria más allá de lo general, situaremos por ahora el asunto en un aspecto relativo a la traducción y a la reescritura del texto traducido. Para ilustrar este procedimiento del poeta nos referiremos a un párrafo extenso que Andrés Bello puso en castellano –como se mencionó– para el cuarto número de *El Censor Americano*, aparecido en septiembre de 1820. Se ha señalado que no es tan seguro que esa colaboración sea de Bello, puesto que no lleva firma; pero, como se verá, el contenido del párrafo vertido al

rán incluidas en sus publicaciones londinenses. No menos de diez entradas al respecto registra la “Bibliografía de la *Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano*”, de Pedro Grases, en su *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*, prólogo de Rafael Caldera (Caracas: Ministerio de Educación, 1962), 179-218.

⁶³ Miguel Antonio Caro señaló la presencia de rasgos provenientes de Humboldt en la poesía de Bello; se acogió, igualmente, a la tesis de contactos personales: “Dícese que la presencia de Alejandro de Humboldt en Caracas, a principios de este siglo, la noticia de sus empresas científicas y de sus viajes, despertaron en el ánimo del joven Bello el amor a las ciencias naturales, que, beneficiadas por el ilustre viajero, se le mostraban tan útiles cuanto amenas. [...] Si consideramos la parte descriptiva de la Silva a *La agricultura de la Zona Tórrida*, notaremos que sus majestuosas cordilleras, los abundantes pastos, las plantaciones de añil, de caña de azúcar, de cacao, descritos en sus viajes por Humboldt y Bonpland, reaparecen adornados de imágenes y colores en el poema de Bello”. *Poesías de Andrés Bello*, precedidas de un estudio biográfico y crítico de Miguel Antonio Caro (Madrid: Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1882). El estudio de Caro entre ix-lx.

español bastante contribuye a develar las dudas acerca de la mano de su traductor.⁶⁴

Con la simple indicación de “De los viajes de Humboldt y Bonpland” se publican amplios y salteados pasajes del *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, par Al. de Humboldt et A. Bonpland, rédigé par Alexandre de Humboldt*. Esta célebre obra, redactada en francés por el propio Humboldt según precisa el título, contaba ya con una traducción inglesa publicada precisamente en Londres, entre 1818 y 1819.⁶⁵ De todo el amplio itinerario de ambos científicos por América, el traductor del escrito en cuestión selecciona una parte que titula

⁶⁴ La cuestión de las colaboraciones de Andrés Bello para *El Censor Americano* ha sido algo debatida. Pedro Grases afirma: “En 1820 funda Irisarri el periódico *El Censor Americano*, en el que colaboró Bello, aunque no se haya precisado en la publicación de ningún trabajo suyo”. *Tiempo de Bello en Londres*, 109. Sin embargo, y con acertado criterio, en el volumen XX de las obras completas de Bello, editadas en Caracas por el Ministerio de Educación, que lleva el título de *Cosmografía y otros artículos de divulgación científica*, se incluyen en una sección las traducciones que Bello hizo de los escritos de Humboldt. Se agrega allí que “la traducción de las versiones aparecidas en *El Censor Americano* no es tan segura”, 272. Guillermo Feliú Cruz afirma que Bello colaboró en la empresa editorial de Irisarri pero no precisa sus colaboraciones en esa revista, “La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello”, *Atenea*, N° 410 “Homenaje al centenario de la muerte de don Andrés Bello” (1965), 73-88. En otro artículo suyo había estudiado la estrecha relación de amistad entre Bello e Irisarri: “Bello, Irisarri y Egaña en Londres”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 54, N° 58 (1927), 196-249.

⁶⁵ La monumental contribución de Humboldt y Bonpland a la ciencia diononónica se publicó en París entre 1814 y 1831. Las traducciones y las versiones parciales son varias. La versión inglesa, que también pudo estar al alcance de Bello, es la siguiente: *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent during the Years 1799-1804, by Alexander de Humboldt and Aimé Bonpland. Written in French by Alexander de Humboldt and translated into the English by Helen Maria Williams* (Londres: Longman, Hurst, et al. 1818: I-III; 1819 IV). En el tomo tercero de *El Repertorio Americano*, de abril de 1827, Bello comentará una versión española de este libro: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, hecho en 1799 hasta 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland*, redactado por Al. de Humboldt. Con mapas geográficos y físicos (París: s. e., 1826) 5 tomos. Comienza Bello con estas palabras su reseña: “Tiempo ha que se echa de menos una traducción del viaje de Humboldt y Bonpland, y nos dolemos de que no haya emprendido esta obra algún escritor dotado de las cualidades necesarias para su desempeño...”, 296-297.

“Topografía de la provincia de Cumaná. San Fernando. Arenas. Tumiquiri. Valle de Caripe y Cueva del Guácharo”. El texto, que proviene de los capítulos vi y vii del libro III de Humboldt y Bonpland, no se atiene demasiado al orden y a la disposición textual del original; hay una adecuación de la fuente en beneficio de una presentación que el traductor parece considerar de especial valor y que, en todo caso, agiliza la lectura al ahorrar ciertas disquisiciones del original; y que se prefieran aspectos llamativos de la geografía de Venezuela es ya un indicio que sitúa en la vía hacia la identidad del traductor. Pero de entre todas las páginas traducidas es especialmente uno el párrafo que despliega significaciones que rebasan las márgenes de la traducción, porque luego de traducido al español, muestra parentescos léxicos, sintácticos y conceptuales con un intenso pasaje de “Alocución a la Poesía”. Dice el párrafo en cuestión y del cual Humboldt es hablante:

Rien n'est comparable à l'impression du calme majestueux que laisse l'aspect du firmament dans ce lieu solitaire. En suivant de l'oeil, à l'entrée de la nuit, ces prairies qui bordent l'horizon, ce plateau couvert d'herbes et doucement ondulé, nous crûmes voir de loin, comme dans les steppes de l'Orénoque, la surface de l'Océan supportant la voûte étoilée du ciel. L'arbre sous lequel nous étions assis, les insectes lumineux qui voltigeoient dans l'air, les constellations qui brilloient vers le sud, tout sembloit nous dire que nous étions loin du sol natal. Si, alors, au milieu de cette nature exotique, du fond d'un vallon, la cloche d'une vache ou le mugissement du taureau se faisoit entendre, le souvenir de la patrie se réveilloit soudain. C'étoit comme des voix lointaines qui retentissoient d'au-delà des mers, et dont le pouvoir magique nous transportoit d'un hémisphère à l'autre. Etrange mobilité de l'imagination de l'homme, source éternelle de ses jouissances et de ses douleurs!⁶⁶

⁶⁶ Se copia el texto de una edición facsimilar moderna de la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, a cargo de Hanno Beck (Stuttgart: F. A. Brockhaus, 1970) I, 398.

Luego de leer este trozo, Bello lo copia y lo separa del resto del texto; luego se da a la siguiente labor de traducirlo al español; lo escribió en su lengua de la siguiente manera:

Nada puede compararse con la sensación de majestuosa tranquilidad que el aspecto del firmamento inspira en esta región solitaria. Tendiendo la vista, al cerrar la noche, sobre aquellas sabanas terminadas por el horizonte, sobre aquellos llanos, cubiertos de verdor y suavemente ondeados, nos parecía ver a lo lejos, como en los desiertos del Orinoco, la estrellada bóveda del cielo apoyada sobre la superficie del océano. El árbol, bajo el cual estábamos reclinados, los insectos luminosos que atravesaban el aire, las constelaciones que resplandecían hacia el sur, todo, en fin, nos decía que estábamos distantes de nuestro suelo natal. Cuando entre esta naturaleza exótica el cencerro de una vaca, el mugido de un toro se oía desde lo profundo de un valle, el sonido despertaba súbitamente la memoria de nuestra patria, como voces lejanas que nos llamaban desde el otro lado del Atlántico, y cuyo mágico poder nos transportaba de un hemisferio al otro. ¡Maravillosa movilidad de la imaginación del hombre, eterna fuente de nuestros placeres y de nuestros pesares!⁶⁷

Las condiciones del paisaje que observa a su alrededor motivan en el científico berlinés, en un momento de reposo, reflexiones sobre el distante suelo patrio y sobre la capacidad de la imaginación; su descripción sobrepasa lo puramente representativo porque genera juicios valorativos sobre ese entorno: la observación alcanza el grado de expresión de vivencias emocionales.⁶⁸

⁶⁷ Copiamos el párrafo citado del vol. XX de las obras completas de Andrés Bello, *Cosmografía y otros escritos de divulgación científica*, prólogo y notas de F. J. Duarte (Caracas: Ministerio de Educación 1957), 291.

⁶⁸ Humboldt cultivó narrativamente las posibilidades literarias que potenciaban las vistas de la naturaleza. Cedric Hentschel ha escrito al respecto: “A

Un trozo como el anterior debió redoblar su efecto en el lector, antologador y traductor que era Andrés Bello; “las huellas de lo inconmensurable” son bien captadas por el poeta caraqueño quien, además, debió leer lo profundo de esa especie de mensaje cifrado que allí se le enviaba en la potencialidad del texto: la calma del atardecer revive en Humboldt la inevitable nostalgia de Alemania, y esa añoranza por el suelo patrio no puede sino transformarse en Bello en añoranzas de su Venezuela nativa, ahora que se encuentra él también distante de su hogar, con ese mismo Atlántico interponiéndose en sus afectos. Los recursos para salvar las distancias serán los propuestos por Humboldt: la imaginación y la escritura. Y la proximidad que se establecerá entre el texto humboldtiano con el sentir del poeta da buena muestra de la hondura en la percepción del científico, que supera en mucho las consagradas visiones tópicas del paisaje aún vigentes en Hispanoamérica.⁶⁹

Tal vez el lector asiduo de “Alocución a la Poesía” habrá reconocido las semejanzas del trozo de Humboldt con aquellos versos en los cuales el hablante lírico expresa un profundo de-

diferencia de Schiller, para Goethe era claro que lo mensurable en la naturaleza no excluye de ninguna manera lo venerable, y que un aparato material de investigación apareado fructíferamente con la fantasía no tiene por qué humillar a la naturaleza y privarla de su divinidad. Todavía el año 1826, al recibir Goethe un ejemplar del *Essai politique sur l'île de Cuba* de Humboldt, como obsequio, comprobó con satisfacción que, pese al fárrago de datos al autor no se le escapaban ‘las huellas de lo inconmensurable.’” Cedric Hentschel, “Sobre la síntesis de literatura y ciencia natural en Alejandro de Humboldt”, en *Alexander von Humboldt (1769-1969)*, Adolf Meyer Abich editor (Bonn: Inter Nationes, 1969), 95-132.

⁶⁹ Christel Schnelle, en su artículo “Alejandro de Humboldt y algunos problemas del desarrollo de la literatura en América Latina” escribe: “Humboldt, cuyo estilo literario fue determinado por el sagaz espíritu de observación de un científico y por el don lírico de la descripción de la múltiple naturaleza americana, ayudó a desarrollar un ‘americanismo’ objetivo, es decir saliéndose de la medida europea”. *Beitraege zur Romanischen Philologie*, 10, N° 1 (1971), 174-179.

seo de cruzar el océano conducido por la Poesía, de regreso a su tierra natal:

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
 del Cauca a las orillas me llevara,
 y el blando aliento respirar me diera
 de la siempre lozana primavera
 que allí su reino estableció y su corte!
 ¡Oh si ya de cuidados enojosos
 exento, por las márgenes amenas
 del Aragua moviese
 el tardo incierto paso;
 o reclinado acaso
 bajo una fresca palma en la llanura,
 viese arder en la bóveda azulada
 tus cuatro lumbres bellas,
 oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
 mides al caminante
 por la espaciosa soledad errante;
 o del cucuy las luminosas huellas
 viese cortar el aire tenebroso,
 y del lejano tambo a mis oídos
 viniera el son del yaraví amoroso! (vs. 169-188)

No es difícil advertir cómo en estos versos tienen cabida casi todos los elementos visuales y conceptuales utilizados por Humboldt; es claro que la reelaboración de Bello consulta desde un cambio drástico en la forma –de prosa a verso– hasta el procedimiento de representar de modo distinto una sensación tan similar. Se mantiene como el gran nexo común lo intenso de esa emotiva experiencia de recuerdo y añoranza. La reminiscencia ha sido revelada para Bello por la esencia comúnmente sentida de una vivencia rica y significativa para ambos escritores. Pero, como se pregunta Gerard Genette, “¿qué es una esencia común, sino una abstracción?”. Como para evitar el vacío de esa abstracción, Andrés Bello da forma a un discurso lírico en el que ameri-

caniza y localiza esa experiencia general –la añoranza del hogar materno– a su condición de venezolano, de caraqueño, en lengua y sensaciones.⁷⁰

La traducción no ofrece dudas: es bastante fiel y tan elegante como el original. A partir de esa fidelidad léxica y conceptual Bello elabora el citado fragmento de su silva; en rigor, el texto de Humboldt se convierte en un pre-texto para el poeta quien, más allá de ejercer esa función mnemónica del recuerdo, va a encontrar en ese trozo las voces, las imágenes y las ideas que, vueltas a expresar, se fijan de una forma nueva en sus versos. Si la técnica del palimpsesto consiste en la reescritura de un texto sobre otro anterior, no se está en este caso distante de tal procedimiento, pero matizan esa técnica las emociones implícitas en la elaboración del poema; los versos portan vivencias no menos intensas que las sentidas por Alexander von Humboldt. Y la situación personal del lector intensifica, sin duda, su labor sobre esa página: es el Andrés Bello forzado a una permanencia ya demasiado larga en Inglaterra, fatigado y empobrecido, el que encuentra en el re-

⁷⁰ La pregunta se la formula Genette en su estudio “Proust palimpseste”, al estudiar el sentido de esta suerte de reelaboración de lo escrito. *Figures I*, (París: Seuil, 1966), 39-67. En otro libro dedicado al problema, Genette analiza una variedad de estas prácticas hipertextuales y clasifica su importancia en el desarrollo del gran discurso literario occidental. Al referirse al proceso de “transposition” escribe: “Reducir o aumentar un texto, es producir a partir de él otro texto, más breve o más largo, del que se deriva, pero no sin *alterarlo* de diversas maneras y cada vez de un modo específico...”; señala luego que el procedimiento no ocurre necesariamente de modo simétrico, bien sean casos de reducción o de ampliación de un “hypotexte” o texto previo. Gerard Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré* (París: Seuil, 1982), 264 [traducción nuestra]. Analizando otro aspecto teórico del problema, Pedro Lastra, en un artículo titulado “Presencia de Rilke en un poema de Aleixandre”, afirma: “Por eso, averiguar si se trata sólo de ‘ideas aisladas’ o de ‘versos sueltos’, o si en efecto existen afinidades más entrañables es un trabajo que debe fundarse en una concepción de las transformaciones de la escritura entendida como *productividad*, según la cual las confluencias ideológicas o textuales en la pieza que las contiene lleguen a verse como lo que son: auténticos desplazamientos, acentuaciones, condensaciones o profundizaciones: una *intertextualidad*, en suma, que es el lugar donde se estructuran las diferencias”. *Insula*, N° 374-375 (1978), 6 y 12.

lato de viajes una descripción puntillosa de su añorada tierra, la que se convierte para él también en un llamado, en su llamado, aunque vaya en la dirección inversa al que ha sentido el sabio alemán.

Una confrontación línea a línea de los textos indica que la primera frase del barón de Humboldt “Nada puede compararse con la sensación de majestuosa tranquilidad que el aspecto del firmamento inspira en esta región solitaria” pudo motivar la imagen de los versos:

y en blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte! (vs. 171-173)

Los epítetos “blando” y “lozana” connotan ese ámbito de “majestuosa tranquilidad” que señala el primer texto y, al mismo tiempo, abren paso al llamado nostálgico porque desde esa quieta plenitud se llega a la evocación de lo propio. Más precisas resultan las menciones al “aspecto del firmamento”, a “las constelaciones que resplandecían hacia el sur”, pues en sus versos el hablante lírico expresa el deseo de quien ojalá

viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que en las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante; (vs. 180-184)

Estos versos amplifican plenamente el acierto descriptivo de Humboldt, para quien el esplendor y transparencia de los cielos del Nuevo Mundo, particularmente los de los trópicos, son de las visiones más cautivantes que guarda a su regreso a Europa. El poeta no dejará de enfatizar esas condiciones del cielo y sintetiza su calidad por medio de un uso verbal apropiadísimo: el “resplandecían hacia el sur” del texto original se convierte en el “arder en la bóveda azulada” del poema, agregando un matiz antitético a la imagen de un fuego en la oscuridad de la noche. El giro de Humboldt “hacia el sur”, motiva en el poeta

la sentida invocación de las cuatro estrellas que forman la Cruz del Sur, sello astral del hemisferio.

La inmensidad del cielo es similar y paralela a la del campo: "...en esta región solitaria. Tendiendo la vista, al cerrar de la noche, sobre aquellas sabanas terminadas por el horizonte..." escribe Humboldt; Bello resume nuevamente esa imagen y propone la del "caminante por la espaciosa soledad errante", conservando las nociones de amplitud y ausencia de gentes.⁷¹ La nueva versión conserva también la hora del día referida en el texto original, "al cerrar de la noche", para situar temporalmente el desarrollo de sus versos; así, todo en el poema describe el transcurso del crepúsculo: "el aire tenebroso" y "la estrellada bóveda del cielo" del texto original se resumen en el poema en el sintagma "la bóveda azulada".

El narrador del primer texto se concreta en un plural de primera persona: "estábamos reclinados", "nos parecía ver"; Humboldt se representa a sí mismo, acaso en compañía de Bonpland, reposando en la calma del atardecer, reclinado en un árbol y contemplando los insectos luminosos; mas en el poema el hablante lírico se personifica en la voz de una primera persona de singular, muy cercana a un Andrés Bello que se imagina en igual condición y estado:

o reclinado acaso
 bajo una fresca palma en la llanura,
 vieses arder en la bóveda azulada
 [...]
 o del cucuy las luminosas huellas
 vieses cortar el aire tenebroso. (vs. 178-180 y 185-186)

⁷¹ Conviene recordar, de paso, que al inicio de "La agricultura de la Zona Tórrida (vs. 13 a 15) el poeta recurre a una imagen muy similar a la aquí propuesta por Humboldt: "y greyes van sin cuento / paciendo tu verdura, desde el llano / que tiene por lindero el horizonte". Aclaremos, igualmente, que los versos de "Alocución a la Poesía", antes citados, "y el blando aliento / respirar me diera / de la siempre lozana primavera", muestran una cercanía bastante mayor con aquellos iniciales del poema "De los jardines", de Delille: "ya de la primavera el blando aliento / a rejuvenecer el mundo torna"; esto, según la traducción que el mismo Bello hizo para su publicación en *El Repertorio Americano*, tomo cuarto (1827), 1.

Traducción y elaboración poética van aquí muy próximas: donde el Bello traductor escribió, “el árbol, bajo el cual estábamos reclinados...”, el poeta propuso “reclinado. . . / bajo una fresca palma en la llanura”. La opción por hacer ese “árbol” general en una específica “palma” pareciera un rasgo bien intencional tanto como una preferencia personal: Humboldt había señalado a la palma como distintiva de la región ecuatorial, por su variedad de usos y por su hermosura, y Bello ya se había referido con admiración a ella.⁷²

“Las luminosas huellas” del cucuy cortando “el aire tenebroso” son sin duda una reelaboración muy feliz de la frase original sobre “los insectos luminosos que atravesaban el aire”; y en este caso el poeta ha optado por una sonora voz local; uso que denota la doble finalidad de sus versos: reafirmar la condición americana de su poesía, escrita para americanos, y adelantar los pasos de una poética regional cuyos postulados van quedando ya en la práctica de estos poemas londinenses. Los otros dos americanismos que siguen inmediatamente, “tambo” y “yarabí”, aunque no tienen un equivalente castellano preciso como “luciérnaga” para “cucuy”, confirman ese propósito y, además, le permiten al poeta configurar su medio propio, exponerlo vivamente, con las palabras que siempre para él lo han descrito, con las voces que, al mismo tiempo, más decían a sus sentimientos. No está de más agregar que la voz “tambo” había sido empleada por Humboldt, pocas líneas antes del trozo citado, para referirse a esas edificaciones refugios utilizadas en el antiguo Perú.

Ocurre otra interesante y sugestiva forma de recreación en los versos que comentamos: el traslado de los elementos por medio de los cuales se plasma el estímulo auditivo. En el trozo, de pronto, se rompe la calma que rodea al científico en su

⁷² Para el primer tomo de la *Biblioteca Americana* (1823), Andrés Bello preparó también un artículo titulado “Palmas americanas”, al que agregó la siguiente nota al pie: “La primera parte de este artículo es del *Nuevo diccionario de historia natural* (París, 1816-1819); lo concerniente al ceroxylon se debe a los ilustres viajeros Humboldt y Bonpland. (*Plantes équinoc.*)”, 129-137.

contemplación de la naturaleza venezolana: “Cuando entre esta naturaleza exótica el cencerro de una vaca, el mugido de un toro, se oía desde lo profundo de un valle, el sonido despertaba súbitamente la memoria de nuestra patria, como voces lejanas que nos llamaban desde el otro lado del Atlántico. . .” Si en las instancias paralelas anteriores el verbo *ver* fue nexo significativo y sintáctico –ver la noche, la sabana, los astros y constelaciones, el árbol, los insectos–, ahora será el verbo *oír*: luego de contemplar, Humboldt escucha un llamado especial en el cencerro o en el mugido de las reses: “como voces lejanas que nos llamaban desde el otro lado del Atlántico”. Bello cambia el término *mugido*, acaso demasiado universal y tal vez menos apropiado para su propuesta, pero siempre manteniendo la primacía del verbo *oír*, cierra la estrofa sobre sus anhelos con una mención auditiva:

y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yarabí amoroso! (vs. 187-188)

En verdad pocos sonidos podrían resultar más particularizadores del ámbito americano y venezolano que Andrés Bello recrea en su destierro londinense, a tal punto regional es el término *yarabí* que el poeta para aclararlo agrega una nota al pie en estos versos : “Tonada triste del Perú y de los llanos de Colombia”. Además, lo que se presenta como un hecho concreto y ya ocurrido en el texto original –“el sonido despertaba”–, en el poema no puede reelaborarse sino como aspiración: el uso del subjuntivo “viniera” connota lo posible en el catálogo de aquellos rasgos lugareños tan deseados por el poeta pero ausentes ahora de su vida.

Los contenidos generales del texto en prosa y los versos citados continúan coincidiendo y, corroborando en este caso, que el ejercicio de la traducción provee los elementos que van a encontrar expresión en el clásico poema. Estos versos constituyen el momento más lírico de “Alocución a la poesía” e incluyen, a su vez, uno de los pasajes con mayor predominio de voces regionales, todo lo cual incide en la reconstrucción de

una experiencia ricamente compartida gracias a la virtud de un texto que se desarrolla y convierte en otro, variando su forma pero no su homogeneidad interior.

Andrés Bello tiene alrededor de cuarenta años de edad cuando asume aquella traducción y la composición de “Alocución a la Poesía” y “La agricultura de la Zona Tórrida”; son bien conocidos los apremios y las desventuras que, a pesar de su edad física, lo habían envejecido en Londres: la pobreza, el clima, las muertes de la esposa y un hijo, la constante amenaza de desempleo, agobian sus días.⁷³ Sus ansias por regresar a la Gran Colombia o a cualquier lugar de Hispanoamérica son intensas, según se desprende de sus cartas y de sus gestiones en esa dirección. Y en tales condiciones vive cuando descubre estas páginas de Humboldt; bajo tales circunstancias escribe sus célebres *Silvas Americanas*. El encuentro de estos factores contribuyó a corroborar el sentido de sus traducciones y la profundidad de sus poesías.

En una conducta creativa explicable por la aflicción que le produce la lejanía, Bello se traslada desde la lectura del texto de Humboldt a su propia imaginación, y de allí al poema, y así pasa él mismo a ocupar en los versos que la lectura y la traducción le inspiran el lugar desde el cual el sabio alemán expresa sus reflexiones. Es la fuerza magnética del suelo patrio, en ambos casos, la que ejerce su llamado; y por esa demanda el poeta necesita particularizar con datos de su propia experiencia vital el espacio que añora y reencuentra en la prosa de Humboldt.

Una última incitación emanada del escrito del naturalista para el Bello lector-traductor-poeta sitúa esta relación en los linderos de un problema que toca a la creación poética en general y emana de la conclusión que Alexander von Humboldt da a sus

⁷³ En enero de 1821 Bello pierde al menor de sus tres hijos; en mayo de ese mismo año fallece su esposa. Es también de 1821 una de sus peticiones más desesperadas por ayuda económica, al encontrarse desempleado: “Bello a Irisarri (18 de marzo de 1821): Después de señalarle lo repulsivo que le resulta pedir algo para él, le solicita un empleo como secretario suyo en la Legación de Chile en Londres, confiada a Irisarri”. Oscar Sambrano Urdaneta, “Cronología londinense de Andrés Bello”, *Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario I*, 411-423. Como se sabe, son varias las peticiones de Bello en este sentido.

reflexiones generadas por la contemplación del paisaje: “...como voces lejanas que nos llamaban desde el otro lado del Atlántico, y cuyo mágico poder nos transportaba de un hemisferio al otro. ¡Maravillosa movilidad de la imaginación del hombre, eterna fuente de nuestros placeres y de nuestros pesares!”. No hay en esta conclusión alusiones a la condición desmejorada de un ser por hallarse lejos del suelo patrio; hay sólo una sentida evocación de lo distante y gratitud por la versatilidad de la imaginación, último vehículo de que disponen los humanos para sus desplazamientos y para su consuelo. Andrés Bello no solo impregna esa evocación con el tono de sus padecimientos y con la esperanza del alivio que el traslado le proporcionaría, imaginándose en su Caracas nativa, sino que esa opción que le brinda la mente la ha puesto en el primer lugar de su estrofa:

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso; (vs. 169-177)

No fueron ni el Cauca ni el Aragua los ríos americanos que le iban a proporcionar, pocos años después, esa deseada margen amena, sino el Mapocho; ni en Colombia ni en su Venezuela nativa, sino en Chile, su segunda patria, vio moverse ese su “tardo incierto paso”. Los llamados de voces descritas y sentidas por Humboldt eran escuchados también, y desde hacía tiempo, por su lector y traductor, Andrés Bello. Y en ambos escritores tales llamados operan como similares móviles reflexivos y creativos, aunque se dirijan en direcciones opuestas del océano.⁷⁴

⁷⁴ El anhelo de vivir –y hasta de morir– cerca del Aragua ya lo había expresado Bello en un soneto escrito, según Amunátegui, durante su juventud cara-

Pero si Bello debió aún aguardar algunos años para atravesar materialmente el Atlántico, el deseado viaje es posible de inmediato gracias a la facultad de la imaginación y al don de la escritura. No es erróneo suponer que una impresión como la leída en Humboldt pudiera proporcionarle la idea básica del motivo central de “Alocución a la Poesía”, expresada, tal vez, en un anhelante: ¡cruza el mar, oh Poesía, deja estas regiones agobiantes; vete a cantar al Nuevo Mundo libre! Y unida a esa petición se revela la esperanzada emoción personal del escritor: ¡y llévame contigo, amable, Poesía, llévame a las orillas del Cauca, del Aragua!

La potencia de la imaginación que resalta y exalta el admirado Alexander von Humboldt posibilita el doble viaje que se canta en el poema; y aunque en esta obra se exige a la Poesía cumplir principalmente con su función de memoria de un pueblo –pues el poema es, sobre todo, épico e histórico–, queda en esta veintena de versos, y gracias al impulso de un texto previo, la expresión más lírica de una obra cumbre de la imaginación creativa, espacio de lo posible y de lo particularmente añorado.

queña, pero que, por sus significado y contexto, mucho más parece corresponder a sus años de Londres. Dice en el poema que todo lo que quisiera recibir a cambio de sus ofrendas en los altares es:

De Aragua a las orillas un distrito
que me tribute fáciles manjares,
do vecino a mis rústicos hogares
entre peñascos corra un arroyito.

Poesías. Obras completas de Don Andrés Bello (Santiago de Chile: Consejo de Instrucción Pública, 1883), III, 46. La citada edición venezolana de sus poesías también sigue, sin mayor examen, las informaciones de la versión chilena.

Nota de Bello:
Vues des Cordillères.
Alcances de una solitaria indicación
al margen

Si bien es cierto que las creaciones poéticas de Andrés Bello escritas en Londres parecen gestarse luego de un rico proceso de lectura y reelaboraciones de lecturas, hay, sin embargo, apenas un solo libro citado por el poeta como fuente de sus composiciones. Se trata del estudio de Alexander von Humboldt titulado *Atlas pittoresque. Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, obra que fue impresa en París en 1810.

La solitaria mención de esta obra aparece en su “Alocución a la Poesía” y es explicada por Bello quien, a poco de iniciados los versos, y al enumerar para la Poesía espacios dignos de ser su residencia en el Nuevo Mundo, le ofrece el valle del Bogotá, donde en remotos tiempos

La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle. (vs. 115-119)

La libertad, natural para los americanos, estaba ya documentada desde su propia mitología; y como un papel consagrado de la Poesía ha sido recuperar ese pasado legendario de los pueblos, así en los versos de Homero y Virgilio, le corresponde en el acá volver a ese rol original. Pero ahora se trata de contar una mitología inédita, muy poco conocida, y por esto el poeta se ve en la necesidad de poner una nota al pie a su verso 118: “Huitaca bella, de las aguas diosa”, al fin de la línea

agrega un asterisco cuyo texto lee: “Huitaca, mujer de Nenqueteba o Bochica, lejislador de los Muisca. V. Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. I”.

La nota es sin duda una inteligente concesión de Bello para con un lector criollo que no está familiarizado con este tipo de conocimientos, a causa de la ignorancia que existía con respecto a las cosas precolombinas –y la cual de varias maneras aún persiste–. Además, como el poema va dirigido a una audiencia panamericana, a la cual es preciso educar en este tipo de materias, la nota es también una suerte de ponderado complemento pedagógico. Pero, además, esa llamada abre el poema hacia otra constelación de relaciones textuales que dicen bastante de la estructura y significación última de los versos.

En efecto: en el pasaje correspondiente al trozo citado, Humboldt narra detalladamente la leyenda de Huitaca, y provee variedad de datos que Bello elabora poéticamente en esa y en otras de las estrofas que continúan. Así desde donde menciona al gran río Bogotá, “Mas oye do tronando se abre paso” / entre murallas de peinada roca” (vs. 94-95), hasta “surcó el Olimpo el argentado coche” (v. 138), el poeta reelabora diversas informaciones leídas en el barón de Humboldt. Es este otro libro del naturalista berlinés que le provee de una variedad de conocimientos americanistas que por entonces eran para Bello de la mayor importancia y utilidad.

En el pasaje relativo a Huitaca, se expulsa el poeta acerca de Nenqueteba o Bochica, esposo de la diosa, y se le describe como civilizador y guía del pueblo muisca, asentado en el valle del Bogotá; pero allí la malvada y hermosa Huitaca, envidiosa de la paz de que gozaban los pueblos, un día “hinchando el Bogotá, sumerge el valle” (v. 119), causando grandes estragos y muertes. Nenqueteba, quien es también como Manco Capac un hijo del sol, tuvo que romper con su cetro la montaña para permitir salida a las aguas. El torrente dio lugar al río Bogotá, desaguando así el anegado valle: “y por la brecha hirviendo se despeña” (v. 132); por esta salida de aguas quedaba creado el salto de Tequendama.

Dice el poema que hecho lo anterior, Nenqueteba instruyó a las gentes, y a su egoísta mujer en castigo, “ninfa mudó en lumbrera de la noche” (v. 136); es decir, la convirtió en la luna. Humboldt declara haber escuchado la leyenda a su paso por Bogotá, y ya en Europa la redactó para incorporarla en el libro que Bello ha leído y más tarde cita. El largo trozo de Humboldt está en francés, lengua en la que escribió y dio a conocer gran parte de su obra:

Dans le temps le plus reculés, avant que la lune accompagnât la terre, dit la mythologie des Indiens Muyscas ou Mozcas, les habitants du plateau de Bogota vivoient comme des barbares, nus, sans agriculture, sans lois et sans culte, tout-à-coup parut chez eux un vieillard qui venoit des plaines situées à l'est de la Cordillère de Chingasa: il paroissoit d'une race différente de celles des indigènes, car il avoit la barbe longue et touffue. Il étoit connu sous trois noms différens: sous ceux de *Bochica*, *Nenquetheba* et *Zuhé*. Ce vieillard, semblable à Manco Capac, apprit aux hommes à se vetir, a construire des cabanes, à labourer la terre et à se reunir en société. Il amena avec lui une femme à laquelle la tradition donne encore trois noms; savoir, ceux de *Chia*, *Yubecayguaya* et *Huythaca*. Cette femme d'une rare beauté, mais d'une méchanceté excessive, contraria son époux dans tout ce qu'il entreprenoit pour le bonheur des hommes. Par son art magique elle fit enfler la rivière de Funzha, dont les eaux inondèrent toute la vallée de Bogota. Ce déluge fit perir la plupart des habitants, et quelques-uns seulement s'échappèrent sur la cime des montagnes voisines. Le vieillard irrité chassa la belle Huythaca loin de la terre: elle devint la lune, qui, depuis cette époque, commença à éclairer notre planète pendant la nuit. Ensuite Bochica ayant pitié des hommes dispersés sur le montagnes, brisa d'une main puissante les rochers qui ferment la vallée du côté de Canoas et de Tequendama. Il fit écouler par cette ouverture les eaux du lac de Funzha, réunit de nouveau les peuples dans la vallée de Bogota, construisit

des villes, introduisit le culte du soleil, nomma deux chefs, entre lesquels il partagea les pouvoirs ecclésiastique et séculier, et se retira, sous le nom d'*Idacanzas*, dans la sainte vallée d'Iraca, près de Tunja, où il vécut dans les exercices de la pénitence la plus austère, pendant l'espace de deux mille ans.

Cette fable indienne, qui attribue au fondateur de l'empire du Zaque la chute d'eau du Tequendama, réunit un grand nombre de traits que l'on trouve épars dans les traditions religieuses de plusieurs peuples de l'ancien continent. On croit reconnaître le bon et le mauvais principe personnifiés dans le vieillard Bochica et dans sa femme Huythaca. Les temps reculés où la lune n'existait point encore, rappelle la prétention des Arcadiens sur l'antiquité de leur origine. L'astre de la nuit est peint comme un être maléfaisant qui augmente l'humidité sur la terre, tandis que Bochica, fils du Soleil, sèche le sol, protège l'agriculture, et devient le bienfaiteur des Muyscas, comme le premier Inca fut celui des Péruviens.⁷⁵

La reproducción de este extenso fragmento se hace en beneficio de una prueba básica: poner en evidencia cómo Bello ha elaborado del trozo mucho más allá de lo referente a la nota al pie que incluye en su poema, puesto que todas las informaciones significativas que aporta el sabio alemán han sido convertidas en versos. Así, para mayor precisión, desde lo relativo a Nenqueteba y su accionar, cuando el hablante pide a la Poesía:

⁷⁵ Alexander von Humboldt, *Atlas pittoresque. Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (París: F. Schoell, 1810), xviii. Aunque este libro de hermosas ilustraciones trae fecha de edición de 1810 se habla en él de un viaje realizado en 1811; además, la introducción está datada en 1813. Todas las citas de esta obra se harán según esta edición de 1810 indicando la página correspondiente. Sabemos de otra edición francesa de poco después: París: Librairie Grecque-Latine-Allemande, 1816. De *Vues des Cordillères...* hay ya una traducción inglesa impresa en Londres en 1814, la cual lleva por título *Researches concerning [...] the Ancient Inhabitants of America [...] Striking Scenes in the Cordilleras*, fue traducida del francés por Helen Maria Williams.

Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol; que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña, y a las ondas abre calle;
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio. (vs. 123-129)

Conviene adelantar que antes Bello somete el trozo al proceso de la traducción –tal vez también por escrito– y luego a una selección estética de las frases y a la castellanización de las voces, materias todas que ya le preocupan vitalmente. De los tres nombres de cada uno de los personajes escoge el que mejor suena a su ritmo poético y el que a su vez más se acerca a la pronunciación española; ha castellanizado también la ortografía propuesta por Humboldt. Además, y sobre todo, y por estar señalado por el mismo naturalista, el párrafo va en apoyo de la uniformidad del hombre americano, y de la similitud de éste con el resto de la especie humana: sus mitos y leyendas fundacionales comparten lo esencial con las de los pueblos más tradicionales: “Esta fábula indiana –dice Humboldt hacia el final– que atribuye al fundador del imperio de Zaque la caída de agua del Tequendama, reúne un gran número de rasgos que se encuentran en las tradiciones religiosas de pueblos del Viejo Mundo. Se cree reconocer los principios del bien y del mal personificados en el viejo Bochica y en su mujer Huitaca”. Esta hipótesis, regularmente sostenida por Humboldt, iba a ser de la mayor importancia para las propuestas de la generación independentista entre cuyos miembros más distinguidos se cuenta Andrés Bello; comenzaba por afianzar la fe del criollo en la normalidad de su universo precolombino.

Es claro que el poeta concibe las leyendas anteriores a la llegada del europeo como temas muy dignos de la creación literaria: diseñan una fundación de América libre de la tradición bíblica heredada de España, libre de sus leyendas y creencias. Y en especial ésta, recogida y narrada por la autoridad de Humboldt, acerca de un Nenqueteba quien, como Manco Capac,

se alza muy a la manera de un Prometeo liberador y civilizador, generoso al dar el fuego a todos los hombres:

Tú cantarás como a las nuevas gentes
 Nenqueteba piadoso leyes y artes
 y culto dio; después que a la maligna
 ninfa mudó en lumbrera de la noche,
 y de la luna por la vez primera
 surcó el Olimpo el argentado coche. (vs. 133-138)

El tiempo se ha devuelto hasta un punto en el cual no existía aún la luna, y Humboldt halla en esa leyenda americana otra notable explicación sobre el origen del astro, explicación que no desentona con las que él conoce de otros lugares. Bello la utiliza como para subrayar que el mundo americano no comienza en octubre de 1492, que su estrato legendario era ya una cosmovisión inteligente y coherente desde mucho antes de la venida de las naves invasoras. El concepto de igualdad entre los pueblos de América y los del resto del mundo, postulado fundamental de las teorías de Humboldt, es por cierto acogido por Andrés Bello desde el inicio de su “Alocución a la Poesía”, en la cual se califica al espacio americano como uno semejante al de la primera infancia del Viejo Mundo, y en donde la Poesía, por esa condición del medio, podrá ejercer dignamente sus oficios originales.

Además, al recopilar del texto de Humboldt esta breve historia del paso de la barbarie, de la anarquía y la desnudez hacia una edad dorada, luego del diluvio, Bello está ofreciendo al arte solo una muestra de las muchas cosmogonías inéditas en el Nuevo Mundo: las que posibilitarán para la Poesía y para el creador en general, repetir la noble función que la escritura y el arte ejercieron durante la infancia de la humanidad.⁷⁶

⁷⁶ Al comienzo de su estudio sobre *La Araucana*, Bello diserta sobre la función de la poesía primera como suplemento de la historia. *Temas de crítica literaria*. Obras Completas IX, 351-362. Por otra parte, no está de más recordar que aún en 1949 el gran escritor cubano Alejo Carpentier reclamaba por una literatura capaz de establecer, entre otras tareas, un recuento de las muchas y olvidadas

Pero hay algo más allá de la cita textual: el poeta no agota su relación con el texto de Humboldt al recrear de allí algunas imágenes o ideas, sino que, a partir de sus ilustraciones, construye las descripciones de sitios que nunca ha visto, y a los cuales se refiere en el poema. En efecto, resulta preciso insistir en que el libro *Vues des Cordillères* es un *Atlas pittoresque*, que porta 69 ilustraciones, a folio, varias a color.⁷⁷ Una de ellas, la “Planche VI”, lleva por título “Chute du Tequendama”; se trata de un dibujo de esa caída de agua, en blanco y negro, desde una perspectiva que permite apreciar claramente la magnificencia del salto, el cual Andrés Bello ha fijado en estos notables versos dirigidos a la Poesía:

Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
y envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes iris matizada,
los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso. (vs. 94-99)

La pregunta es simple pero necesaria: ¿cómo pudo describir Bello este sitio que nunca visitó, según cuentan sus informadas biografías? No es solo asunto que atañe a su poderosa imaginación: todo en la ilustración mencionada apoya la imagen del poeta; nada en esa vista contradice su descripción; desde ella detalla la caída del Bogotá cuando empieza a dirigirse hacia “le bassin de la rivièrre de la Madeleine”. La abundancia de agua que muestra el dibujo, los vapores flotantes y las ondas

das teorías americanas sobre el origen de la vida; en el comentado prólogo de su novela *El reino de este mundo*.

⁷⁷ Una hermosa vista a colores del monte Chimborazo hizo publicar Bello en el tomo I de su *Biblioteca Americana*, para ilustrar el pasaje de *Vues des Cordillères* que corresponde a la descripción de ese monte; el trozo traducido se titula “Vista del Chimborazo, desde la mesa de Tapia”, y está firmado por la iniciales P. C. (Pedro Creutzer). Allí se incluyen los fragmentos utilizados por Andrés Bello en su poema.

espumosas y rápidas antes de la caída ofrecen la impresión de un río “tronando”; también se perciben con claridad en la ilustración las “murallas de peinada roca”: son los bordes de piedra pulida rodeada de los cuales se encuentra la catarata. El dibujante, que elaboró a partir de un croquis del propio Humboldt, se sitúa desde abajo y a distancia de su objetivo, de modo que el espectador y el lector perciben la vista –este último se la imagina– con similar perspectiva. En el texto, frente a la ilustración y refiriéndose al río Bogotá, Humboldt escribió: “C’est près de la ferme de Tequendama qu’elle sort de la vallée, en se précipitant, par une ouverture étroite, dans une crevasse qui descend vers le bassin de la rivière de la Madeleine. Si l’on tentoit de fermer cette ouverture, la seule que présente la vallée de Bogota, on convertiroit peu à peu ces plaines fertiles en un lac semblable aux lacs mexicains”. (p. 19) El poema ha refundido las dos relaciones de Humboldt sobre Bogotá en una cohesiva tirada de versos donde a la descripción de la catarata se agrega la mitológica explicación local de sus orígenes.

Resulta tentador imaginarse a Andrés Bello en una sala de lectura de la antigua biblioteca londinense, rodeado de personas extrañas, mirando absorto estos dibujos de sus patrias distantes y añoradas; luego tomando notas para concluir los poemas con que sueña. No es impertinente suponer el valor emocional que debió tener para el poeta esa lámina o, más bien, la número LXVIII titulada “Vue de la Silla de Caracas” a cuyo pie se lee: “Dessiné par Marchais d’après un croquis de M. de Humboldt”. Es muy breve el texto que acompaña a esta ilustración en la que se muestra desde una perspectiva amplia la doble cima de la “Silla de Caracas, appelé aussi *Montaña de Avila*”. Simplemente Humboldt agrega que es difícil de escalar y que “J’ai dessiné cette montagne du côté du sud, telle qu’elle se présent à la plantation de cafiers de don Andrés Ibarra”. (p. 298). Sin duda que pocas imágenes pudieron ser más queridas para el Andrés Bello de estos años.⁷⁸

⁷⁸ Veinte años más tarde Bello revela en carta a su hermano Carlos la emoción profunda que le produce ver en el exilio una lámina de su añorada Cara-

Poco antes en la “Alocución a la Poesía” Bello ha utilizado informaciones geográficas provenientes de Humboldt para poder referirse apropiadamente a Ecuador y a Quito. Apelando otra vez a la Poesía, y acerca de cuál sitio hará su morada, le pregunta:

¿O la elevada Quito
 harás tu albergue, que entre canas cumbres
 sentada, oye bramar las tempestades
 bajo sus pies, y etéreas auras bebe
 a tu celeste inspiración propicias? (vs. 89-93)

La certera imagen de la ciudad descansando en lo alto parece brotar desde frases con datos que Humboldt no iba a dejar de señalar: la altitud como el rasgo más característico de la ciudad, y además, la prometedora “riqueza de cosechas de cereales” de sus cultivados campos aledaños: “...ces champs labourés avec soin et promettant de riches moissons de céréales, se trouvent comme suspendus dans les hautes régions de l’atmosphère...” El adjetivo de “suspendida” para calificar la ciudad “en las altas regiones de la atmósfera” –de por sí ya una feliz descripción– se convierte en los versos en “entre canas cumbres sentada”. Aunque esas “canas cumbres” que rodean la “elevada Quito” se dejan ver en los altos montes que enu-

cas: “Mi querido Carlos: Me has dado uno de los mayores placeres que he tenido durante mi largo destierro, con la remesa que me has hecho de la *Historia de Venezuela*, Atlas y mapas; todo lo cual ha llegado en el mejor estado a mis manos. Sería por demás querer expresarte los sentimientos con que he leído tan interesante historia, las emociones con que me han hecho palpar tantos nombres queridos. Abro el Atlas, y recorro el mapa; qué de recuerdos, qué de imágenes se agolpan en mi imaginación. De la vista de Caracas, sobre todo, no pueden saciarse mis ojos; y aunque busco en ellos vanamente lo que no era posible que me trasladase el grabado, paso a lo menos algunos momentos de agradable ilusión. Me has hecho el más apreciable, el más exquisito presente. La vista de Caracas estará colgada en frente de mi cama, y será quizás el último objeto que contemplen mis ojos cuando diga adiós a la tierra”. Carta fechada en Santiago de Chile el 30 de abril de 1842. La obra aludida es la *Historia antigua y moderna de Venezuela*, de Rafael María Baralt, publicada en París en 1841. *Epistolario*, II, 75-76.

mera el naturalista a párrafo seguido: “Le Pichincha, le Cayambe, le Cotopaxi, tous ces pics volcaniques que l’on désigne pas des noms particuliers, quoiqu’à plus de la moitié de leur hauteur totale ils ne constituent qu’une seule masse, paroissent, aux yeux de l’habitant de Quito, autant de montagnes distinctes qui s’élèvent au milieu d’une plaine dénuée de forêts...” (p. 103).⁷⁹ Desde esas ya altas planicies desprovistas de bosques se alzan los imponentes picos volcánicos que admiran al naturalista, y rodeada de los cuales se “sienta” Quito; y la expresión calificativa sobre sus “canas cumbres”, más allá de la figura común, pudiera ser también motivada por la frase de Humboldt, a página siguiente: “Les mamelons couverts de neiges qui s’élèvent de ce côté...” Como se sabe, Humboldt escaló el Chimborazo y el Pichincha, y Bello se esmera para recrear aquí la sensación de altitud vivida por el gran explorador.

Si se dudase que el poeta recoge estas informaciones de las páginas del naturalista prusiano, por ser tal vez demasiado generales; hay aun otra alusión de mayor cercanía textual, mucho más específica, que alude a los versos “sentada, oye bramar las tempestades / bajo sus pies...”. Este rasgo acústico de la ciudad y de la región, que Humboldt experimentó personalmente, es establecido antes en el ensayo, al referirse al volcán Cotopaxi:

Le Cotopaxi est ainsi le plus redouté de tous les volcans du royaume de Quito: c’est celui dont les explosions ont été les plus fréquentes et les plus dévastatrices [...] L’explosion qui arriva au mois de janvier 1803 fut précédée d’un phénomène effrayant, celui de la fonte subite des

⁷⁹ Así tradujo Pedro Creutzer estos dos trozos en el tomo I de la *Biblioteca Americana*: “...aquellos campos labrados con esmero y que prometen abundantes cosechas de cereales, están como colgados en las altas regiones de la atmósfera...” (p. 109); el trozo siguiente se pasó así: “El Pichincha, el Cayambé, el Cotopaxi, todos estos picos volcánicos designados con nombres particulares, aunque hasta más de la mitad de su altura total no constituyen sino una sola masa, parecen a los ojos de los habitantes de Quito, otras tantas montañas distintas que se elevan en el centro de una llanura desnuda de selvas.”, 109.

neiges qui couvrent la montagne [...] Au port de Guayaquil, dans un éloignement de cinquante-deux liéues en ligne droite du bord du cratère, nous entendîmes nuit et jour les mugissemens du volcan, comme des décharges répétées d'une batterie; nous distinguâmes même ce bruit épouvantable dans la mer du Sud, au sud-ouest de l'île de la Puná. (pp. 43-44)

Las tempestades de la altura y los volcanes generan esas explosiones frecuentes y devastadoras, esos “mugidos de volcán” que Humboldt y Bonpland han escuchado hasta en Guayaquil, “a una distancia de cincuenta y dos leguas en línea recta del cráter”, “como si fuesen repetidas descargas de cañones”. Y aun entrando en el mar se distinguía “ese ruido espantoso”.

Tales singularidades geográficas de América registradas por los científicos son rescatadas por Bello en sus rasgos más llamativos. Leyendo al naturalista, el poeta, además de inspiración, halla en él un conocimiento del todo autorizado para ir diseñando su propia descripción de un mundo –el suyo– que no había tenido ocasión de conocer. Su toma de conciencia sobre la condición geográfica de Hispanoamérica se afianza para Bello en este proceso de conocimiento que, finalmente, resulta irrefutable por provenir del más prestigioso sabio de sus días. Y desde otra perspectiva el problema descriptivo apunta a una de las dimensiones constantes de la literatura hispanoamericana: el lenguaje ficticio, que pareciera desmedirse sobre lo creíble, es apenas capaz de expresar una realidad portentosa, que esta vez deja perplejo incluso al gran naturalista.

El venero de temas americanistas depositados en las páginas de Humboldt había entusiasmado a Bello desde sus primeros escritos en Londres, especialmente cuando comienza a colaborar en *El Censor Americano*. En septiembre de 1820, Andrés Bello envía para esa revista la traducción de un texto de Humboldt que él titula “Topografía de la Provincia de Cumaná” y subtitula como “San Fernando. Arenas. Tumiriquiri. Valle de Caripi y Cueva del Guácharo”, artículo al que nos referimos por extenso en otro capítulo de este libro. En el tomo

IV de *El Censor Americano*, aparecido en octubre de 1820, Bello da a conocer una segunda traducción titulada “Consideraciones sobre la primera población y las antigüedades de América” (de los viajes de Humboldt y Bonpland). Precisamente pone ahí en castellano un pasaje de la Introducción que éste había escrito para sus *Vues des Cordillères*; la “Introduction” está fechada en 1813. Bello empieza su versión a partir de la mitad de la página VI de ese texto, cuando ya el autor ha señalado los propósitos de su obra y comienza a precisar las características del continente recién visitado.⁸⁰

Es en este texto de Humboldt que Bello se apresura a verter al castellano para sus compatriotas hispanoamericanos, donde se encuentran ciertos argumentos definitivos en contra de los detractores del Nuevo Mundo. Allí, entre otras cosas, dijo el sabio alemán, según la traducción de Andrés Bello: “Lo que han afirmado algunos literatos, llevados de teorías abstractas, sobre la pretendida pobreza de todas las lenguas americanas, y la extrema imperfección de su sistema numérico, es tan dudoso como las aserciones que se han hecho sobre la debilidad y estupidez de la especie humana en el nuevo continente, el apocado incremento de la naturaleza animada y la degeneración de aquellos animales que se han llevado de un hemisferio a otro”.⁸¹

Como para contrastar con las especies anteriores, la imagen de un paraíso terrenal existente entre los primeros habi-

⁸⁰ Es de interés bibliográfico señalar lo siguiente: en el tomo XX de las Obras Completas de Bello, *Cosmografía y otros escritos de divulgación científica*, se incorpora una interesante sección titulada “Naturaleza Americana”, que incluye las traducciones que Bello hizo y publicó de los escritos de Humboldt y Bonpland. Allí aparece la que recién citamos, (277-287) aunque no se indica que corresponde a las primeras páginas de *Vues des Cordillères*. La Introducción de Humboldt ocupa desde las páginas I a XVI, en folio. Bello traduce desde la mitad de la página VI, en un párrafo que comienza “En examinant attentivement la constitution géologique de l’Amérique...” hasta el punto final de la “Introduction”, xvi.

⁸¹ Obras completas, vol. XX, 281. Traduce Bello al pie de la letra desde la página x de la Introduction de *Vues des Cordillères*. Sobre los detractores de la gente, flora y fauna del Nuevo Mundo, se recomienda la lectura del rico estudio de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. de Antonio Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).

tantes del Nuevo Mundo no es ajena al poema de Bello. Apenas en la primera instancia donde el hablante se dirige a la Poesía, luego de recordarle sus primeras funciones sobre la tierra, le dice:

a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Océano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera. (vs. 55-61)

Este mundo rico y primigenio, como en el estado propio del género pastoril, impone a la Poesía sus nobles funciones primarias; además, le ofrece una oportunidad para reivindicarse de los usos innobles que se le ha dado entre algunos europeos. Este motivo relativo a la valoración de lo primitivo americano, se precisa luego con nombres propios y sitios conocidos de regiones hispanoamericanas; así, al referirse a Cundinamarca, o sea a Colombia:

Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce,
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara. (vs. 100-107)

La noción del Paraíso Terrenal en suelos de América es antigua; se remonta incluso a la relación del tercer viaje colombino cuando en 1498 el navegante ingresó admirado a las torrentosas aguas del golfo de Paria, y constató la potencia de la desembocadura del Orinoco, pensando en los ríos que bajaban del Edén; entonces escribe a los reyes católicos acerca de su sospecha de poder hallar no lejos de allí ese sitio tan busca-

do por el hombre. En este caso interesa resaltar que Humboldt expone la idea de aquel comienzo feliz para la especie humana también como ocurriendo en América. Todo lo cual conviene sobremanera a las teorías de Bello, que tanto clamaban por que se aceptase la uniformidad del Nuevo Mundo con el Viejo. Y al ver en una pluma tan respetada ese concepto no tarda en traducirlo y luego en incorporarlo a su creación.

Más adelante en este libro y con respecto a México, escribió Humboldt la siguiente comparación: “Le règne de Quetzalcoatl était l’âge d’or des peuples d’Anahuac: alors tous les animaux, les hommes même vivoient en paix, la terre produisoit sans culture les plus riches moissons, l’air était rempli d’une multitude d’oiseaux que l’on admiroit à cause de leur chant et de la beauté de leur plumage; mais ce règne, semblable à celui de Saturne, et le bonheur du monde ne furent pas de longue durée...” (30)⁸² El pasado remoto del Nuevo Mundo según sus leyendas no difiere, para Humboldt, del consagrado por la gran literatura europea: hubo aquí también una esplendorosa edad de oro, de convivencia amistosa entre todos los seres de la naturaleza, en una tierra plena y generosa. Y tales eran las propuestas del discurso humboldtiano que ayudaban a los hispanoamericanos a liberarse de calificativos como salvajes o anómalos, con los que otra vez se les empezaba a caracterizar desde mediados del siglo dieciocho. No por nada entonces hasta el mismo Libertador se refiere con aprecio singularizador a Alexander von Humboldt, “cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos los conquistadores”.⁸³

⁸² “El reino de Quetzalcoatl era la edad de oro en los pueblos del Anahuac: entonces todos los animales, los hombres mismos vivían en paz, la tierra producía sin cultivar las más ricas cosechas, el aire estaba lleno de multitud de pájaros admirables por su canto y la belleza de su plumaje; pero este reino, parecido a aquel de Saturno, y la dicha del mundo, no eran de larga duración...” [Traducción nuestra].

⁸³ La famosa frase aparece en una carta de Bolívar al dictador del Paraguay Rodríguez Francia, del 22 de octubre de 1823, a raíz del bochornoso asunto Bonpland; es citada por Günter Kahle en su *Simón Bolívar y los alemanes*. Trad. de Ernesto Garzón Valdés (Bonn: Inter Naciones, 1980), 47. En este libro se inclu-

Nada más categórico en la prosa del sabio que su convicción de igualdad entre los hombres y los pueblos. Sus descripciones y análisis geográficos todos se ven permeados por esa idea constante expresada en frases explicativas o comparativas ante las cuales Andrés Bello debió poner particular interés. Así como cuando lee lo dicho acerca de los teocallis mexicanos, que en su antigüedad hacen recordar los más remotos monumentos de la especie humana: “La construction du teocalli, comme nous l’avons observé plus haut, rappelle les monumens les plus anciens aux quels remote l’histoire de la civilisation de notre espèce”. (37) O bien cuando el naturalista se refiere a los jardines del Inca, afirmando: “Ce siège rustique orneroit les jardins d’Ermenonville et de Richmond, et le prince qui avoit choisi ce site n’étoit pas insensible aux beautés de la nature; il appartenoit à un peuple que nous n’avons pas le droit de nommer barbare”. (113-114) El refinamiento del pueblo incaico –“al que nadie tendría el derecho de llamar bárbaro”– es señalado aquí por un sutil rasgo comparativo de la pluma del sabio prusiano, y el Inca que escogió el sitio para su construcción “no era insensible a las bellezas de la naturaleza”. Orgullosa reivindicación del pasado prehispánico, base ahora de la más apreciada historia entre la minoría de los criollos cultos e independentistas.

Y otra vez sobre los mexicanos escribe Humboldt, al detenerse ante un calendario azteca que le conmueve: “Un peuple qui régloit ses fêtes d’après le mouvement des astres, et qui gravoit ses fastes sur un monument public, étoit parvenu sans doute à un degré de civilisation supérieur à celui que lui ont assigné Pauw, Reynal, et même Robertson, le plus judicieux des historiens de l’Amérique. Ces auteurs regardent comme barbare tout état de l’homme qui s’éloigne du type de culture

ye una excelente síntesis sobre las debatidas relaciones entre el sabio y el Libertador: “Simón Bolívar y Alejandro de Humboldt”, donde se ofrece una síntesis de opiniones sobre la influencia que pudo haber tenido el científico alemán en el joven patricio caraqueño, durante sus encuentros en París en 1804 y parte del año siguiente.

qu' ils se sont formé d'après leurs idées systematiques".⁸⁴ La idea de cultura dejaría de medirse únicamente con la vara europea; no solo las grandes mentes de allá quedaban autorizadas para definir el valor universal de lo hecho por el hombre, y menos bajo su propio prisma: para Humboldt el Nuevo Mundo se halla lleno de muestras de alta cultura producidas desde bien antes de la llegada de los españoles. El nuevo estado independiente que se avecindaba no dejaba en ningún desamparo al criollo porque éste tenía por doquier muestras de los cimientos de un pasado que era también suyo. Más en lo tocante a la confirmación de un sentir nacional: "El prestigio científico que Humboldt había adquirido a raíz de su viaje de investigación a Hispanoamérica, reavivó el orgullo y la conciencia de sí mismos de aquellos países, ya que Hispanoamérica, a través de la obra y la palabra del sabio prusiano, se vio confirmada en su valor y en su dignidad, y con toda razón pudo considerarlo como un nuevo descubridor de América".⁸⁵

En uno de los mejores pasajes del poema, Andrés Bello retrotrae aún más el tiempo histórico de América y sitúa sus comienzos en la creación misma, cuando el mundo surge de la

⁸⁴ "Un pueblo que regía sus fiestas según el movimiento de los astros, y que gravaba sus hechos sobre un monumento público, había alcanzado sin duda un grado de civilización superior al que le han asignado Pauw, Reynal y el mismo Robertson, los más juiciosos de los historiadores de América. Estos autores consideran como bárbaro todo estado del hombre que se aleje del tipo de cultura que ellos se han formado de acuerdo con sus ideas sistemáticas." *Vues des Cordillères*, 194. Se detiene el autor aquí con amplios detalles y admiración a explicar un calendario mexicano, sus ciclos y la medición del tiempo entre los aztecas; 125-194. [Traducción nuestra.]

⁸⁵ Opinión de Günter Kahle, *Simón Bolívar y los Alemanes*, 47. Agrega Kahle refiriéndose a la visita que el general Daniel O'Leary, amigo del Libertador, hiciera al ya anciano Humboldt, en Berlín, en 1853; le dijo: "Traté mucho a éste (Bolívar), después de mi regreso de América, a fines de 1804", explicó Humboldt a O'Leary. "Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su entusiasmo sostenido por las creaciones de una imaginación brillante, me le hicieron ver como un soñador. Jamás le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Como acababa de visitar las colonias españolas y había palpado el estado político de muchas de ellas, podía juzgar con más exactitud que Bolívar que no conocía sino a Venezuela". 48. Es como el caso de Bello, quien aprende y se ilustra en los libros de Humboldt acerca del resto de su América.

palabra del Creador. Empleando una certera figura metonímica, dice el hablante a la Poesía:

Si tus colores los más ricos mueles
y tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida. (vs. 148-155)

Estas tierras eran también don del creador universal para los humanos, no menos que ninguna otra. Ante una imagen tan cabal del génesis americano, y ante un tema que por igual se remonta a los cronistas, Bello no pareciera alejarse demasiado del texto del científico quien, absorto por ese aspecto primigenio que observa en la naturaleza del acá, se pregunta si esto no ha determinado su cosmovisión humana: “Il est facile de reconnoître l’influence que ces faits géologiques ont exercée sur les traditions des anciens habitants de ces contrées. Nous ne décidèrent pas si chez des peuples qui n’étoient pas très-éloignés de la civilisation, l’aspect des lieux a fait imaginer des hypothèses sur les premières revolutions du globe, ou si les grandes inondations de la vallés de Bogota sont assez récentes, pour que la mémoire ait pu s’en conserver parmi les hommes. Partout des traditions historiques son mêlées à des opinions religieuses...” (19-20) El aspecto de lugares que han hecho imaginar hipótesis sobre las primeras revoluciones del globo...”; “por todas partes las tradiciones históricas se mezclan con las opiniones religiosas...” Andrés Bello se orienta por estas ricas reflexiones para incorporarlas en su obra, y las menciones que Humboldt hace sobre la visión teológica del origen y del pasado, sobre su peso legendario, el poeta las transforma en una imagen cristiana de la creación de la tierra.⁸⁶

⁸⁶ No se puede dejar de pensar, otra vez, en el Alejo Carpentier de *Los pasos perdidos* (1953), también lector atento de la relación del viaje de Humboldt por

Otras veces son incluso detalles de la flora los que el poeta necesita reelaborar desde su lectura de *Vues des Cordillères* para dotar a sus versos de consistencia referencial concreta; así por ejemplo, cuando en “La agricultura de la Zona Tórrida” se refiere al pulque bebido por los mexicanos:

El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; [...] (vs. 27-29)

Como se trata de un bebida prehispánica el poeta no demora en calificar como “feliz” aquel tiempo, añadiendo la voz náuhalt que denominaba esa región antes de la conquista. Claro que el procedimiento de “herir” o cortar la planta viva para dejarla destilar su savia y hacer ese vino o bebida lo ha aprendido Bello en Humboldt, quien observó que: “Aujourd’hui on cultive l’agave, non pour en faire du papier, mais pour en préparer avec son suc, au moment du développement de la hampe et des fleurs, la boisson enivrante connue sous le nom d’*octli* ou de *pulque*”. (52) Ciertamente que los aztecas hacían el papel donde dejaron sus bellos pictogramas de la hoja del agave o pita, pero ahora se exalta en el poema ese vino nativo, esa “bebida embriagante” que el sabio prusiano registra sin ningún menosprecio.

el Orinoco. Como se recuerda, el acontecimiento central de la novela es una navegación remontando ese río hasta un punto que es suerte de encuentro con el momento de la creación: “Aquí, aunque algo huya bajo los helechos arborescentes, aunque la abeja trabaje en las cavernas, nada parece saber de seres vivos. Acaban de apartarse las aguas, aparecida es la Seca, hecha es la yerba verde, y, por vez primera, se prueban las lumbreras que habrán de señorear en el día y en la noche. Estamos en el mundo del Génesis, al fin del Cuarto Día de la Creación. Si retrocediéramos un poco más, llegaríamos adonde comenzara la terrible soledad del Creador”, 193. Recuérdese que esta novela hace una gentil venia al Bello poeta, cuando se describe en las afueras de Caracas: “Como caída del cielo de la Fama, la claridad del cuarto foco blanqueaba la estatua del Poeta, hijo preclaro de la ciudad, autor de un laureado *Himno a la Agricultura*, quien seguía versificando sobre una cuartilla de mármol con pluma que destilaba el verdín guiado por el índice de una Musa manca del otro brazo”. (México: Compañía General de Ediciones, 1966), 2a. ed., 71.

Es bien sabido que Bello no viajó por América antes del traslado a Londres, de modo que sus conocimientos de la geografía, la flora y la fauna continentales provienen de libros como este que él mismo registra en esa solitaria nota al pie, en su “Alocución a la Poesía”. Así, se ha tratado de establecer aquí la relación entre las informaciones sobre América que reaparecen en sus versos y su fuente, las cuales noticias Bello va recogiendo de un texto tan autorizado entonces como el del barón de Humboldt. Y este apasionado proceso de estudio y formación en lo hispanoamericano es el que lleva al caraqueño día tras día a los salones del British Museum para leer, tomar notas, traducir e inspirarse luego para sus poemas. Bello, además de dispuesto, ya se sabe capacitado para enfocar hacia toda la realidad continental su obra naciente, para contribuir con ella a consolidar su liberación del yugo colonial.

Los mencionados ataques de algunos científicos e historiadores contra lo mondonovista tenían también cierta intención política antirrepublicana y pro colonial: no eran estos países transatlánticos dignos de vivir fuera de la tutela de las grandes coronas del Viejo Mundo; además, con sus luchas libertarias amenazaban perturbar el lucrativo orden metropolitano. Pero los criollos cultos comienzan a pensar que por cortar sus vínculos de dependencia con Europa no dejaría América de ser civilizada, antes lo contrario. Y para ello era preciso dejar en claro que el hombre del acá nunca había sido ni un bárbaro ni un salvaje, ni menos una rama degenerada de la especie humana, como querían hacerlo creer ciertos tratadistas como el conde de Buffon y el naturalista holandés Cornelius De Pauw. Ante esa variedad de ataques es el docto sabio alemán el único quien, desde el centro de la polémica, puede refutar tales calumnias; y al hacerlo, otorgaba a los americanos el reconocimiento que tanto necesitaban.⁸⁷ Las opiniones de Humboldt

⁸⁷ Al respecto anota Leopoldo Zea: “Los americanos de ayer, como los de hoy, necesitaban del reconocimiento de Europa, de la Europa que había originado de la nueva ciencia y cultura. Este reconocimiento se los dio Humboldt, el más extraordinario sabio de aquel siglo de luces [...] El buen prusiano Hum-

disipaban por igual las apetencias colonialistas de otras coronas europeas con respecto a las provincias españolas de ultramar. Como se sabía entonces, las difundidas tesis de De Pauw no carecían de intenciones anexionistas: bajo la tutela de potencias más “avanzadas” que España, esas ricas provincias de ultramar podrían tener una segunda oportunidad para “civilizarse”.⁸⁸

Al considerar este asunto desde la perspectiva actual, se hace evidente la enorme misión intelectual que el criollo debió emprender entonces para salvar la soberanía de sus nacientes países, especialmente durante los años de redacción de los poemas londinenses de Bello. Por ejemplo: en los días cuando aparece el tomo primero de la *Biblioteca Americana* los ejércitos de la Santa Alianza cruzan los Pirineos para reinstalar en Madrid a Fernando VII y sus poderes absolutos. No por nada des-

boldt corregía las calumnias del mal prusiano De Pauw. La América y sus hombres no eran ni mejores ni peores que cualquiera otro continente y cualquier otro tipo de hombres. Simplemente eran distintos, pero no inferiores. Esto lo habían descubierto en su contacto con la realidad que les había tocado en suerte; pero ahora era un gran sabio europeo el que daba fe de la verdad de este descubrimiento”. Leopoldo Zea, “Humboldt y la independencia de América”, *Ensayos sobre Humboldt*. Marianne O. de Bopp, ed. (México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1962), 110.

⁸⁸ Amplía Leopoldo Zea: “De Pauw sostiene que a pesar de lo malsano de esas tierras los europeos podrán hacer algo más que los españoles para transformarlas. La labor de estos hombres, aplicando nuevas técnicas al cultivo de la tierra, orientando las aguas de los ríos, acrecentando la cría del ganado, drenando las aguas estancadas y modificando paso a paso las condiciones de la salubridad incluyendo el clima mismo, harán de estas tierras algo que aún no son. Gracias a esta obra un día, agrega De Pauw, florecerán las artes y las ciencias europeas. En el norte antes que en el sur, porque allí los colonos ingleses trabajan ‘con un fervor increíble para roturar el terreno, purificar el aire, dar salida a las aguas cenagosas’, al revés de las colonias españolas y portuguesas que, a pesar de que poseen las mejores provincias, han adquirido, por contagio, la pereza de los indígenas. En el fondo, estas tesis no hacían sino justificar la presión que hacían las naciones de la Europa occidental para que España y Portugal les cediesen sus colonias”. Leopoldo Zea, *Ensayos sobre Humboldt*, 108-109.

de el inicio de la “Alocución a la Poesía” Bello califica a Europa como una región

donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen. (vs. 39-41)

Ese monstruo de siete cabezas coronadas ideado por el príncipe de Metternich –entre las que sobresalían las de los reyes de Prusia, Francia, Rusia y España– nada deseaba más que impedir la consumación de la independencia de los territorios que aún consideraba como sus colonias, porque entre sus planes absolutistas estaba, además del de fortalecer los tronos de Europa, el de coronar otras cabezas reales en territorios del Nuevo Mundo.⁸⁹ La “Alocución a la Poesía” se publica antes que ocurriesen las batallas de Junín y Ayacucho, cuando aún no se alcanza la victoria militar definitiva contra los monarquistas. A su vez “La agricultura de la Zona Tórrida” aparece apenas lograda la emancipación, cuando se buscaban febrilmente vías para llevar adelante el proyecto republicano; por ello las transacciones de empréstitos con casas europeas –especialmente inglesas– se hacían frecuentes, y Bello estaba bien al tanto de estos asuntos en los cuales más de una vez le cupo participación directa. Era necesario continuar luchando en todos los frentes para consolidar esa independencia tan duramente ganada.

⁸⁹ “El 6 de abril de 1823 los ‘Cien mil hijos de San Luis’ cruzaron los Pirineos bajo el mando del duque de Angulema. El movimiento liberal español, debilitado por divisiones y contradicciones internas cayó, y Fernando VII reasumió el mando absoluto e inició una feroz represión contra los constitucionalistas. Por otra parte, insistió ante las potencias de la Santa Alianza para que le ayudaran a reprimir el liberalismo y la revolución no sólo en la metrópoli sino también en los territorios hispánicos de ultramar. Lo que pedía Fernando era nada menos que una expedición colectiva de la Santa Alianza para reconquistar los países hispanoamericanos y someterlos nuevamente a la autoridad del déspota peninsular. Rusia y Francia se mostraban de acuerdo en principio, mientras que el gobierno inglés temía que la expedición interventora en América Latina pudiera convertirse en realidad.” Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1982), 110.

Hacia el final de su libro Alexander de Humboldt va poniendo cada vez más en claro el sentido de una teoría que iguala al hombre de Hispanoamérica con el del resto del mundo. El habitante de estas regiones es un legítimo integrante de la gran familia humana, con iguales derechos de cualquier ser y ciudadano, y los extensos países americanos, afirma el autor, deben ser reconocidos como tales. Andrés Bello mismo había sentido en carne propia, en múltiples instancias londinenses, ese vacío de ser de, de provenir de lugares que nada eran en el registro de la conciencia europea. Pero ahora la voz más autorizada de la ciencia era la que exponía las razones para tal reconocimiento.

Hacia el final de su estudio Humboldt expresa un juicio que debe haber bastado a Bello para afianzar sus intuiciones como verdades bien sentidas: “nous pensons que c’est une idée belle et féconde que de considérer tous les peuples de la terre comme appartenant à une même famille, et de reconnoître, dans le symboles chinois, égyptiens, persans et américains, le type d’un langage de signes qui est commun, pour ainsi dire, à l’espèce entière, et qui est le produit naturel des facultés intellectuelles de l’homme”.⁹⁰ Las facultades intelectuales del hombre eran un rasgo de la especie que se manifestaba por igual en diversos puntos de la tierra, por sobre las diferencias en el tono de la piel o en la forma de los ojos; notable y fecunda idea, claro, que fortalecía las bases del pensamiento criollo. Al recoger tales nociones, los poemas de Andrés Bello expresan las inquietudes intelectuales más profundas de su momento y muestran a un creador que acierta en la elaboración de una moderna épica, formalmente situada por sobre la retórica y superior en lo moral por el grado y limpieza de su compromiso.

⁹⁰ “Pensamos que es una idea bella y fecunda la de considerar a todas las gentes de la tierra como pertenecientes a una misma familia, y de reconocer, en los símbolos chinos, egipcios, persas y americanos, el tipo de un lenguaje de signos que es común, por así decir, a la especie entera, y que es el producto natural de las facultades intelectuales del hombre”, 198 . [Traducción nuestra.]

A manera de apéndice: otras lecturas humboldtianas como intertextos de las *Silvas Americanas*

De la variedad y de la amplitud del espacio físico americano va señalando Humboldt diversos rasgos, que no se cansa de exaltar. Al respecto es justo recordar otra publicación de la mayor importancia para el hispanoamericano de entonces, la cual Andrés Bello conoce bien: el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, fundado y editado por Francisco José de Caldas, en Bogotá. Aparecido el primer tomo en 1807, el segundo vio la luz al año siguiente; en este último se incluye, con un prefacio y notas del mismo Caldas, una traducción de amplios pasajes del *Essai sur la Géographie des Plantes; accompagné d'un tableau Physique des Régions Equinoxiales, par Al. de Humboldt et A. Bonpland. Rédigé par Al. de Humboldt*.⁹¹

Además del patriótico prefacio de Caldas, la traducción revela otras noticias y giros de lenguaje que Bello debió haber leído allí y los cuales luego retoma en sus poemas; rasgos que apenas se hallan mencionados en *Vue des Cordillères*: así, por ejemplo, la idea sobre la imposibilidad de dar nombre a la flora americana debido a su enorme abundancia; haciendo alusión a la misión adánica de nominar las cosas, el poeta de “Alocución a la Poesía” se pregunta:

Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas
hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo? (vs. 156-160)

⁹¹ Esa obra de Humboldt y Bonpland, que es su primera publicación relativa a la América española apareció en París en 1805 (por Levrault, Schoell et Compagnie). En el tomo II del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* se incluye un artículo titulado “Geografía de las plantas, o cuadro físico de los Andes equinocciales y de los países vecinos, por Federico Alejandro, Barón de Humboldt” y se agrega la siguiente información: “Traducido del francés por D. Jorge Tadeo Lozano, individuo de la real expedición botánica de Santa Fe de Bogotá.” Hay una más accesible edición moderna del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942).

Era imperioso nombrar para crear; pero, cómo dar nombre a esa variedad enorme e inédita que había enmudecido al Humboldt del *Ensayo sobre la geografía de las plantas*:

El espacio reducido en que he tenido que acumular todos estos resultados, no me ha permitido nombrar sino algunas especies [...] porque me habría sido imposible indicar sin confusión en un cuadro general 150 especies de *malestoma*, 58 de *psychotria*, 38 *pasifloras* y más de 400 gramíneas que hemos traído de las regiones ecuatoriales [...] Con frecuencia me he visto en la necesidad de repetir en mucho lugares el nombre de un mismo género cuyas especies ya crecen a 500 ya a 3.000 metros de altura. No me he atrevido a introducir en este cuadro un número considerable de géneros nuevos sobre los cuales tenemos todavía alguna incertidumbre que no hemos podido aclarar en el corto tiempo que hace estamos en Europa, y por lo mismo solo designo algunos vegetales curiosos...⁹²

Por difícil que la misión fuese, era preciso aquí dar nombre a lo propio, en conjunto, para contribuir a fijar su situación en el cosmos; dilema que Andrés Bello exalta a la calidad de tópico poético y expresa desde esos versos que piden ahora nominar el reino vegetal del continente hispanoamericano, clasificarlo y situarlo entre las nuevas ciencias que venían a terminar de liberar al hombre. Bello conoce la publicación de Francisco José de Caldas y se refiere a ella con admiración ya en el tomo primero de su propia *Biblioteca Americana*.⁹³ Y es en la segunda parte de su “Alocución a la Poesía” donde saluda al admirado científico bogotano entre los mártires ejecutados por el general español Pablo Morillo, jefe de

⁹² P. 62. Se cita el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* según la versión de 1942, algo más encontrable que la original.

⁹³ En efecto, en el tomo I de la *Biblioteca Americana*, Bello reseña un artículo sobre “Nueva especie de papa en Colombia”, aparecido en el *Semanario del nuevo reino de Granada*, y agrega: “que daba a luz el sabio y desgraciado Caldas, una de las víctimas del bárbaro Morillo. “, 161.

la gigantesca expedición de reconquista enviada por Fernando VII en 1815 a sus alzadas colonias:

no la íntegra virtud salva a Torices;
 no la modestia, no el ingenio a Caldas...
 De luto está cubierta Venezuela,
 Cundinamarca desolada gime,
 Quito sus hijos más ilustres llora. (vs. 536-540)

En efecto, para consternación de los colombianos, el sabio Francisco José de Caldas fue ahorcado el 30 de octubre de 1816, por causa de sus ideales anticolonialistas.⁹⁴ En ese texto del *Semanario del Nuevo Reino de Granada* que ha traducido el señor Jorge Tadeo Lozano, no deja de llamar la atención un pasaje en el cual Humboldt refiriéndose a la condición natural del Nuevo Mundo señala: “Aquí parece que la naturaleza se ha esmerado en adornar la tierra que más tarde debía habitar un pueblo enérgico, industrioso y digno de gozar en paz de todos los bienes que procura la libertad social”. (80) Ya el lector de “La agricultura de la Zona Tórrida” halla en ese trozo del prusiano una necesaria relación con los versos del tercer segmento del poema, donde el hablante exclama:

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
 y como de natura esmero ha sido,
 de tu indolente habitador lo fuera! (vs. 64-67)

⁹⁴ El general Pablo Morillo “desembarcó con su expedición en Santa Marta en julio de 1815. Cartagena mantuvo una resistencia suicida a un sitio que duró cien días, y finalmente fue ocupada el 6 de diciembre [...] Mientras se acercaba a las provincias de Antioquia y Popayán, en marzo de 1816, la resistencia se derrumbó. La contrarrevolución, o ‘pacificación’, como cínicamente se la llamó, fue dirigida personalmente por el comandante militar Sámano, que introdujo una nueva dimensión de la crueldad. Los patriotas fueron obligados a purificarse a sí mismos mediante enormes multas. Esto ocurría con los afortunados. Otros sufrieron destierro, trabajos forzados, conscripción militar, prisión. Y la elite patriota sufrió la pena de muerte. Caldas, Lozano, Camilo Torres, Valenzuela, Frutos Gutiérrez, Pombo, García Rovira, José Ayala, Ignacio Camacho, Bernardo Alvarez, e incluso Baraya, que había hecho en realidad tanto por los españoles, fueron ejecutados. Algunos fueron ahorcados, otros decapitados y otros fusilados”. John Lynch, *Las revoluciones*, 271-272.

El suelo creado como “esmero de la naturaleza”, sin embargo, no ha hallado su correspondiente, el “habitador”. Es el otro miembro al que se refiere Humboldt, el pueblo, que para desesperación del poeta no corresponde a la calidad de la tierra, y es tiempo ya que reaccione para que empiece a “gozar en paz de todos los bienes que procura la libertad social”. Ante la demora, el poeta no vacila en calificar tan negativamente a quienes no quieren asumir la causa de la agricultura.

No necesitaba Bello de un texto de Humboldt para hacer referencia a la abundancia de las minas mexicanas que tanta riqueza dieron al Viejo Mundo, pero cuando pregunta a la Poesía si preferirá asentar su domicilio en México le recuerda:

¿O la ciudad que el águila posada
sobre el nopal mostró al azteca errante,
y el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa? (vs. 80-83)

No deja de leerse con suspicacia el adjetivo “inexhaustas” –todavía no agotadas– cerca de ese adverbio “casi”, que denota despectivamente –“hartarse”– de una Europa que no se halla aún satisfecha. En efecto, cuenta Humboldt en este texto que “la América española que hoy [1806] exporta anualmente 38 millones de pesos en oro y plata podrá triplicar este producto a medida que aumente su población. México, en donde la industria comienza a despertarse, produce hoy 22 a 25 millones de pesos, en vez de 5 a 6 millones que sacaba a principios del siglo XVIII”. (122) Riqueza que se queda en esa Europa “avarienta”, en desmedro de las colonias donde solo se aumentaban, gracias a la eficiencia administrativa de los Borbones, los medios de controles económicos.

Hablando el autor de los valles americanos situados a menos de mil metros de altura, dice que “los europeos han aclimatado en esta zona la caña de azúcar, el algodón, el añil y el café...” (133), informaciones motivadoras para un poeta que canta a la agricultura regional y se adhiere a esa idea del traslado de los cultivos beneficiosos:

Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña

el cielo olviden de su madre España;
 adorne la ladera
 el cafetal [...] (vs. 213-219)

En fin, Bello convertido en un lector creador que va redactando notas y versos con las informaciones que de su América recoge entonces de las páginas de la voz más autorizada para tratar de tales materias. Su poesía, gracias a este procedimiento, desarrolla una proposición no menos científica que didáctica. Ha logrado su fin tácito de deleitar e instruir en lo útil y en lo honesto.

Igualmente notorias y apropiadas son las noticias que recoge de otros textos de Humboldt que él se preocupó de traducir para darlos a conocer en lengua española a sus compatriotas; así para el tomo I de *El Repertorio Americano*, aparecido en octubre de 1826, tradujo, reordenó y dispuso un largo artículo que tituló “Descripción del Orinoco entre la cascada de Guaharivos y la embocadura del Guaviare, canal natural de comunicación entre el Orinoco y el Amazonas (*Relación histórica del Viaje a las regiones equinocciales* por A. de Humboldt y A. Bonpland, lib. VII, cap. 22, 23, 24). Labores que eran parte de la escuela donde él mismo se forma; allí aprende y perfecciona sus ideas; allí funda sus aseveraciones, acorde con las líneas del científico. El contacto resalta por la nítida proximidad entre los textos; así, incluso, el mismo sintagma “zona tórrida” ha sido empleado por Humboldt para referirse a la agricultura de la región: cuando éste afirma de la Esmeralda, en Venezuela: “Allí se dan piñas de grandes dimensiones y de un aroma delicioso. Las piñas de la Esmeralda son célebres en toda Guyana. El que ha probado los zapotillos de Margarita y Cumaná, las chirimoyas de Loja, las parchas (*Passiflora*) de Caracas y las piñas de la Esmeralda y de la isla de Cuba, no hallará exagerados los elogios con que encarecieron los primeros viajeros la excelencia de los frutos de la zona tórrida”.⁹⁵ Con excepción de la chirimoya, el poeta recupera todos los frutos mencionados por el científico y los incorpora a su propia enumeración: “el ananás sazo-

⁹⁵ Este texto también ha sido incluido en el tomo XX, titulado *Cosmografía*, de la edición venezolana de las obras completas de Andrés Bello, 319-342.

na su ambrosía”, dice refiriéndose a las gustosas piñas; o el “da azucarados globos el zapotillo”, o en su recuerdo visual de la parcha, al inicio de *La agricultura*:

Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores. (vs. 44-47)

Y como para corroborar la fundamentación científica que anhe-
la su texto, Bello agrega una nota al pie a estos versos, coincidiendo
con Humboldt: “Este nombre se da en Venezuela a las Pasifloras o
Pasionarias, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algu-
nas de suavísimos frutos”. El poeta buscaba por todas las fuentes que
pudiese algún dato querido sobre su Caracas, sobre Venezuela, so-
bre esa América suya que se la va prefigurando como más querida a
medida que más presente cuánto se aparta de ella: de esa cruel pa-
radoja se nutre su gran poesía.

El castellano como lengua
de la nueva realidad
hispanoamericana

En agosto de 1813 el patriota venezolano Francisco Javier de Ustáriz escribió un proyecto de gobierno para su país; respondía así a una petición formulada por Bolívar, quien recababa por entonces opiniones adecuadas para fundamentar una organización republicana sólida, la cual, en sus planes, debía abarcar más allá de los límites de Venezuela. Ustáriz insiste en su proyecto en la idea de unidad continental, en la necesidad de consolidar bajo un sistema republicano el conjunto de naciones que la Providencia había hecho hermanas; era preciso conservar la unión y perfeccionar los vínculos que possibilitaban esa unión. Recomienda, en consecuencia, evitar la división del continente mediante una labor de conocimiento y estudios, y afirma en los comienzos de su escrito:

Si se conoce bien sus intereses, si se sabe dirigirlos con acierto, unirse y constituirse, teniendo respeto a todo lo que afecta interior y exteriormente, será memorable la época actual en la historia de las naciones y la más recomendable a nuestra posteridad; pero si prevalece el espíritu de partido, de ambición y otras bajas pasiones, sobre los avisos de la fría y sana razón, si se sofocan más bien que se excitan los dulces afectos de amistad y unión que el común interés aspira por todas partes, y que la religión, el genio, el carácter, el idioma y el origen fortifican igualmente, corre peligro de verse borrado otra vez de la lista de los pueblos y reducido casi a una tiranía más espantosa que la que sufría.⁹⁶

⁹⁶ El documento se titula “Proyecto de un gobierno provisorio para Venezuela”, y se conoce también como “Contestación oficial del ciudadano Francis-

Es evidente que Ustáriz concibe el idioma, la religión, el genio y el carácter del pueblo como formantes de la nacionalidad; y es claro que piensa en una nacionalidad continental. Desconozco si en la Hispanoamérica del siglo XIX existen escritos anteriores expresando este pensamiento; pero con posterioridad a esa fecha la figura de Andrés Bello se alzaría como la cumbre de aquellos pensadores que buscaron definir y perfeccionar la nacionalidad continental a través del estudio de la lengua. Uno de sus postulados fundamentales asumía el idioma como constituyente medular de la nacionalidad.

Es claro que para el criollo el primer acto que lo definía como ciudadano del mundo eran las gestas en pro de la emancipación de España; su presencia aparecía de hecho pero carecía de voz: los siglos coloniales lo habían silenciado. Sin la ayuda de una palabra que la anunciase, Hispanoamérica seguiría al margen de la atención global. Según opinión de un hombre de la época, esta tierra “separada de Europa por un océano, circunvalada por un sistema prohibitivo, con la inquisición en su seno, vegetaba en las tinieblas”.⁹⁷ Acostumbrado a la censura y al aislamiento, el papel intelectual del criollo había sido reducido poco menos que a la contemplación y a la espera, agravando con esto su condición sojuzgada: sólo debía vivir de acuerdo con las ordenanzas que provenían de ultramar. No podía ser planificador ni ejecutor de su existencia: “en la época colonial americana el Estado no fue un problema radical; cuando surgían cuestiones de gobierno Europa debía resolver-

co Javier Ustáriz al General en Jefe del Ejército Libertador”. Lleva fecha del 18 de agosto de 1813, “por entonces Bolívar, que ejercía la dictadura de hecho, solicitó a Ustáriz la formulación de este Plan de Gobierno”. Estas son noticias del editor del documento: *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, José Luis Romero, ed. (Caracas: Ayacucho, 1977) I, 140-147.

⁹⁷ Palabras del escritor argentino Esteban Echeverría aparecidas en su ensayo “Antecedentes y primeros pasos de la revolución de Mayo”, escrito hacia 1840. Aparecen citadas por Leopoldo Zea, *El pensamiento Latino Americano* (Barcelona: Ariel, 1976), 101.

las. Cuando se planteaba un proyecto administrativo iba a parar a las autoridades españolas [...] hasta que la Ilustración dio forma a su rebeldía, a su pasado y futuro, no se integraron a la cultura prometeica. De ahí que la Ilustración tuviera una importancia tan grande en América: formuló la conciencia de los pueblos coloniales”.⁹⁸

Tal vez esa condición de absoluto sometimiento terminó más tarde por convertirse en un estímulo creativo, cuando el criollo se vio libre. La emancipación le permitiría apropiarse de su destino y de todo cuanto fuera entonces capaz de planificar y realizar. Entre este grupo de quienes ingresan en la nueva época en madurez de sus posibilidades se encuentra Andrés Bello. Y él decide bien conscientemente apropiarse de la lengua; liberarla de la connotación de dominio que había tenido; decide afianzar el derecho al uso del idioma castellano para un vasto mundo que, hablante de esa lengua, comenzaría a distanciarse del eje metropolitano desde donde aquella se generaba.

Una de las primeras manifestaciones de esa propuesta postestad sobre lo suyo queda expuesta en el artículo que en 1823 Bello publicó en su *Biblioteca Americana* con el título de “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América”, escrito con su colaborador Juan García del Río. Es claro que el estudio es una suerte de respuesta del criollo ante las actitudes impositivas que la academia madrileña volvía a ejercer en materias del uso idiomático. Es, en todo caso, una toma de posición antagónica frente a cualesquiera tipos de autoridad que la monarquía y sus instituciones quisieran imponer en las ya liberadas colonias. Por otro lado, el artículo es también una manera de llenar un vacío en asuntos en los cuales el criollo se sentía capaz de abandonar voluntariamente a sus antiguos guías, presentes en la *Gramática* de la Real Academia aparecida por vez primera en 1771. De ahí que

⁹⁸ Juicio del historiador Pablo González Casanova al analizar el tránsito de la época colonial hacia el nuevo período de organización y creación de los modos de vida republicanos. *La utopía de América* (México: UNAM, 1953), 12-13.

los autores manifiesten el propósito que los lleva a terciar en estas materias, preocupados, en especial, por una mejor enseñanza de la lectura.

Como casi todas las producciones de Bello esta guarda una finalidad práctica para conveniencia de sus compatriotas hispanoamericanos: “Para que esta simplificación de la escritura facilitase, cuanto es posible, el arte de leer, se haría necesario variar los nombres de las letras como lo hemos hecho; porque, dirigiéndose por ellos los que empiezan a silabear, es de suma importancia que el nombre mismo de cada letra recuerde el valor que deba dársele en las combinaciones silábicas. Además, hemos desatendido en estos nombres la usual diferencia de mudas y semivocales que para nada sirve, ni tiene fundamento alguno en la naturaleza de los sonidos ni en nuestros hábitos”.⁹⁹

Junto a la reflexión teórica innovadora se concluye con una declaración de americanismo en cuyas doctrinas toma cuerpo un modo de expresión que ya no tenía necesariamente que ser el que imponía la metrópoli. Y en la utilidad que se desprenda de su trabajo justifica la aridez de las materias que trata, porque “lleva la mira a facilitar y difundir el arte de leer en países donde por desgracia es tan raro [...] Nos hubiera sido fácil dar un artículo más entretenido a nuestros lectores; pero la propagación de las artes, conocimientos e inventos útiles, sobre todo los más adecuados y necesarios al estado de la sociedad en nuestra América, es el principal objeto de este periódico”.¹⁰⁰ Andrés Bello desafía con el racionalismo que había aprendido en sus años londinenses al elemental principio de autoridad que regía la vida hispánica; ahora estos criollos están en condiciones de cuestionar las decisiones metropolitanas. Este es el

⁹⁹ El artículo en cuestión aparece reproducido en Andrés Bello, *Estudios gramaticales*. Obras completas, vol. V. Prólogo y ed. de Angel Rosenblat (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1951), 71-78.

¹⁰⁰ Se expresa como editor, y se refiere, claro, al sentido de las publicaciones que deberían aparecer en la *Biblioteca Americana*. Andrés Bello, *Estudios gramaticales*, 86.

gran sentido del artículo que luego fue reimpreso en el primer número del *Repertorio Americano*, en octubre de 1826.¹⁰¹

Aún varios años después, y cuando sus propuestas se van difundiendo por el continente –según la anécdota sarmientina– Bello tiene oportunidad de formular la defensa pública de las reformas ortográficas adoptadas por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile; en esa ocasión vuelve a argumentos similares, dejando ver que las discusiones sobre ortografía encerraban tensiones políticas que aún hacia mediados del siglo no se habían resuelto. En la madurez de su vida no había flaqueado Bello en cuanto a convicciones renovadoras: “A los que opongan lo extraño y feo de las innovaciones, diremos que la verdadera belleza de un arte consiste en la simplicidad de sus procedimientos; que el objeto de la escritura es pintar los sonidos, y que cuanto más sencillamente lo haga, tanto más bella será; que extraño en esta materia no quiere decir más que nuevo; y que si lo nuevo es más sencillo, más fácil y, por consiguiente, mejor que lo viejo, debe abrazarse sin escúpulo”.¹⁰²

La noción de cambio para favorecer lo útil, lo simple y lo fácil por preciso y práctico denotaba una actitud pedagógica cuyo fin último consistía en un ser instruido ahora con muy

¹⁰¹ Las reformas sugeridas por Bello y García del Río no alcanzaron difusión muy amplia, debido a las condiciones poco aptas para su divulgación entonces. Años más tarde, en 1844, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile autorizó una reforma ortográfica muy similar a la propuesta por Bello en 1823, sin duda escrita esta última bajo su influencia. Domingo Faustino Sarmiento relata las consecuencias que la introducción de la reforma tuvo en un país como Cuba, aún bajo el dominio español: “En La Habana, algunos habaneros, no pudiendo escribir sobre ello, porque el Capitán General les pone miedo, quisieron insertar en los diarios lo que la *Revista de Venezuela* había dicho [en favor de la reforma chilena], pero la censura previa se opuso a ello. Entonces se valieron del ardid y del cohecho, y el artículo apareció en un diario, cosa que montó en cólera a las autoridades, y valió al pronto de la imprenta una barra de grillos, no obstante protestar que la censura le había entregado visado el escrito. La reforma ortográfica en La Habana huele a insurrección contra la España”. *De la educación popular* (Santiago de Chile: Julio Belín editor, 1849), 505.

¹⁰² Estas palabras provienen de un artículo que publicó Bello en *El Araucano*, de Santiago de Chile, en mayo de 1844, con el simple título de “Ortografía”. *Estudios gramaticales*, 100.

diversos propósitos. Su pedagogía iba con el siglo que le correspondía vivir a Hispanoamérica y, aunque no lo exprese, apoyar y favorecer lo nuevo es muestra de su rechazo por el pasado. Situado en un tiempo de convergencias históricas, Bello mide sus años como espacio de encuentro entre dos épocas: hay un antes y un ahora tan diferentes y antagónicos que romper con el pasado era claramente prepararse para las realidades que traería la independencia. Asumir el porvenir con espíritu constructivo era repudiar tres siglos de dominio colonial durante los cuales el indio, el pardo y el criollo estuvieron excluidos de labores intelectuales y docentes. Si el hispanoamericano había sido en esas áreas un ente pasivo por excelencia, ahora le correspondía cambiar drásticamente su rol para convertirse en un creador. Y como su creación debía ajustarse al ritmo de lo contemporáneo, de lo actual, mira hacia Europa en busca de pautas y modelos conducentes al porvenir que se había propuesto. En especial mira hacia Inglaterra, cuna de la monarquía constitucional y único país renuente a los compromisos de una Santa Alianza que aún después de 1820 se empeñaba por rescatar la América española para la corona de los restaurados Borbones.

Inglaterra fue el hogar del romanticismo durante los años de Andrés Bello en Londres; la nueva tendencia cultural y estética que se proponía, entre otros fines, enjuiciar a la monarquía y a las instituciones que consolidaban su poder. Los románticos denunciaron como anacrónicos los valores que pretendían mantener las casas reales del Viejo Mundo y comenzaron a juzgar los resultados de ese sistema que rehusaba dirigirse hacia el futuro.

El romanticismo simpatizó y alentó la república y la libertad de credos y los grupos emergentes; sus mejores plumas abrazaron causas liberales y posiciones renovadoras. Es justo pensar que Bello se encontrase a gusto entre esos ideales literarios que se ajustaban al sentido de su propia vida. Con el paso de los años su posición parece moderarse, pero aún en 1842, al criticar la obra de un poeta monarquista español, mantiene sus opiniones de adhesión por las tendencias románticas:

La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia de los pueblos del mediodía de Europa. Y los mismos escritores que han lidiado contra el progreso en materias de legislación y gobierno, han sustentado, no pocas veces, la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores: los códigos y poetas de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultra monarquista en política y ultra clásico en literatura.¹⁰³

Apuntar satíricamente hacia el embate de actitudes e ideas entre republicanos y liberales frente a conservadores y monarquistas no es original de Bello, puesto que lo había consagrado ya Victor Hugo en 1828, en el prefacio de su discutido *Cromwell*.¹⁰⁴ Pero lo cierto es que en América estas tendencias antagónicas representaban fuerzas favorables, las primeras, y contrarias a una independencia todavía en cuestión, las últimas. Estar a favor del romanticismo o del clasicismo no era solo un asunto literario; era centralmente político, como también lo había sido en Francia. En el acá era, además, síntoma de receptividad o de rechazo ante las novedosas evidencias de la historia.

¹⁰³ Opiniones de Bello aparecidas en un artículo titulado "Juicio crítico de don José Gómez Hermosilla", en *El Araucano* de Santiago de Chile en varias entregas sucesivas entre noviembre y diciembre de 1841 y abril de 1842. Se reproduce en el vol. IX de sus obras completas, *Temas de crítica literaria*, 375-404.

¹⁰⁴ Emir Rodríguez Monegal elabora un interesante comentario con respecto a la relación de Bello con Hugo y con las tendencias románticas en general, a partir del análisis del trozo recién citado: "La semejanza parcial entre el planteo de Hugo y el de Bello no puede hacer olvidar algo muy importante. Si bien Bello retoma puntos de vista del jefe del movimiento romántico francés, no adhiere a ellos sin reserva. Su actitud es la de quien conoce la doctrina pero no la comparte ciegamente. De manera que si lo que se quiere probar es el conocimiento que hacia 1841 Bello tenía de Hugo y de sus teorías, su texto es harto elocuente, pero si lo que se quisiera probar es que Bello acompaña a Hugo habría que desatender precisamente a lo que caracteriza mejor su actitud crítica de entonces: el maduro eclecticismo". *El otro Andrés Bello*, 222.

Andrés Bello en una ocasión solemne, al inaugurarse la Universidad de Chile, refrendó su posición al respecto: “Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen [...] se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aun a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio”.¹⁰⁵

La actitud de tolerancia y aprecio hacia el progreso y sus innovaciones fue enseñanza constante de Bello. Y es, en síntesis, esa actitud la que le permite ingresar en el terreno de la lengua con una visión analítica que transformará definitivamente las indagaciones científicas en torno al idioma castellano. Pero es preciso considerar otros aspectos relativos al pasado, pues el valor de lo precedente era uno de los puntos del gran debate lingüístico de entonces: ¿podía la tradición, solo por el peso de su prestigio, considerarse incuestionable? Un discípulo de Andrés Bello, José Victorino Lastarria, se había preguntado: “¿Acaso no necesita corrección la civilización que nos ha legado España? [...] ésta debe reformarse completamente, porque ella es el extremo opuesto de la democracia que nos hemos planteado”. Y Esteban Echeverría, el pensador y crítico argentino, contemporáneo de Bello, había llegado a la siguiente conclusión: “La generación americana lleva inoculados en su ser los hábitos y tendencias de otra generación. En su frente se notan, si no el abatimiento del esclavo, sí las cicatrices recientes de la pasada esclavitud [...] en esta generación el cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no”.¹⁰⁶

¹⁰⁵ Se cita el famoso discurso según la edición de la *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. Introducción y selección de José Gaos (México: Séneca, 1945), 176-192.

¹⁰⁶ Tanto el juicio de Lastarria como el de Echeverría son citados y comentados por Leopoldo Zea en un aparte que titula “Repudio de la herencia colonial”, de su obra *El pensamiento latinoamericano*, 93-95.

Para alcanzar la emancipación social y cultural era necesario aprender a repudiar buena parte de la herencia española; y este tipo de emancipación era algo más sutil de alcanzar porque la lucha contra el pasado y la tradición no se podía dar con las armas, y tampoco se anunciaba como un combate de rápida resolución; eran necesarias ideas esclarecedoras y convincentes que reorientaran las mentes hacia el futuro, sustrayéndolas del lastre de aquel legado: “Así, la nueva lucha que con esta generación se empieza es una lucha educativa, espiritual [...] pero ahora ya no preocupa el poder por el poder, sino el poder para cambiar a los pueblos de Hispanoamérica; la idea de emancipación mental alienta a estos hombres”.¹⁰⁷

En ese tipo de lucha y entre esas figuras nadie sobresalió como Andrés Bello; por analogía se podría decir que Bello fue el Bolívar de esa segunda independencia, fue el maestro que las jóvenes generaciones libertarias encontraron para guiarse hacia una independencia más profunda y duradera, la independencia cultural. Acaso esta fue la misión que el emisario chileno Mariano Egaña intuyó en el Bello de Londres para entusiasmarlo en su viaje a Santiago. En 1844 el discípulo aventajado escribió en el trabajo de graduación que Bello le había guiado: “Cayó el despotismo de los reyes, y quedó en pie y con todo su vigor el despotismo del pasado. Estaba terminada la revolución de la independencia política y principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró en nuestra sociedad”.¹⁰⁸

Desde esa perspectiva es posible sostener otra tesis afín con respecto a la absorbente dedicación de Bello por el estudio del español. Una de las convicciones de la nueva mentalidad propuesta por la Ilustración considera el lenguaje como el primer

¹⁰⁷ Juicios de Leopoldo Zea con los cuales va dando cierre a su estudio de ese período. *El pensamiento latinoamericano*, 94.

¹⁰⁸ Palabras de José Victorino Lastarria. Aunque Bello guardó ciertas reservas con respecto al resultado final del análisis histórico de Lastarria, comparte, es cierto, lo medular de esas ideas. Citamos el pasaje según Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, 95.

instrumento para el cultivo de las artes y de las ciencias; así, es posible afirmar que la vehemencia pedagógica de Andrés Bello respondiese a un credo profundo ante el cual quedaban descartados, sin duda, los viejos principios de “enseñar para la fe”, o aquel florecido en Versailles de “enseñar para el salón”.¹⁰⁹

El culto al idioma era ahora la gran base necesaria para alcanzar conocimientos que le permitieran al hombre apropiarse del mundo, conocimientos acordes con una nueva era que, preparada por Descartes, entraba a regir en Occidente autorizada por los conocimientos que habían hecho posibles la Enciclopedia y la Revolución francesa. Al tratar el criollo estos problemas con rigor enfrentaba realmente su derecho a la libertad. Solo el intelecto podía corroborar, por su acción práctica, la inclusión real del americano en su nuevo estado. Y preciso era que se adelantara a disputar sus derechos porque, “derecho dado a un pueblo que no estaba educado para disfrutarlo iba pronto a causar los desastres que permitirían a las fuerzas negativas la recuperación del poder, la implantación de tiranías. Con una libertad sin educación no se podía lograr otra cosa que la anarquía.”¹¹⁰

¹⁰⁹ Amado Alonso ha señalado con precisión este asunto relativo a la dedicación de Bello: “Se puede añadir que a todos los capitanes del siglo de las luces, y Bello fue uno, les importaba el apostolado de la cultura tanto como su personal ilustración; aquellos hombres sentían la misión de enseñar lo que aprendían; hacerse culto no bastaba si no se hacía cultos a los demás. El progreso social, no sólo el cultivo personal era su fin. Pero además de estos motivos generales, y dando a todos ellos nuevo calor y vida, movía a Bello otro motivo particular: su neófito patriotismo americanista, que tenía más de conciencia lúcida que de retórica ofusadora, más de acción que de exaltación. Elevar cuanto antes la ilustración en las nacientes repúblicas, y para ello elevar y depurar el instrumento obligatorio de todo cultivo y propagación de las ciencias y las artes, que es la lengua nacional; urgir a los americanos a conservar el don providencial de una lengua común, ventaja inapreciable para el progreso, tanto de la cultura material como de la intelectual y de la moral. Su apostolado idiomático es parte de su concepción de la responsabilidad de las nuevas patrias independientes.” Juicios de Alonso que aparecen en la “Introducción a los estudios gramaticales de Bello”, *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Obras completas, vol. IV (Caracas: Ministerio de Educación, 1951), ix-lxxxvi.

¹¹⁰ Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, 122.

Y la educación en cuestiones del lenguaje era imperiosa en Hispanoamérica puesto que de hecho y luego de la disolución forzosa que enfrentaban las repúblicas del continente la lengua se erguía como el gran nexo, como el vehículo providencial capaz de mantener una nueva forma de unidad interrepublicana. O, desde otro punto de vista político, la real universalidad del castellano de América ofrecía la primera evidencia práctica para constituir la gran nación bolivariana con que Bello también soñaba. En todo caso, las constituciones nacionales de las ex colonias están todas escritas en castellano, y no podía ser de otra manera.

La comunidad lingüística en el español podría convertirse en los cimientos de una gran comunidad política, como lo demostraba el idioma inglés en el norte. Aquí la lengua era el don y el fundamento capaz de vencer, por ejemplo, la enorme diversidad geográfica de la región, sus distancias y su variedad étnica. Además, retirada España, era el medio que aún posibilitaba un nexo aceptable en Europa. Pero el dominio, el uso apropiado y claro del idioma requería de la acción de un maestro que ordenara y planificara la enseñanza y el culto de ese medio que era ya inalienable de la vida del criollo. Al respecto ha escrito Amado Alonso: “la unidad de la lengua solo con estudio se puede mantener, y la unidad era para Bello un bien político inapreciable, de alcance no solo nacional, sino intercontinental”.¹¹¹ De allí, pues, que a pesar del rigor inmanentista dado por Bello a sus reflexiones sobre el lenguaje no perdió nunca de vista un aspecto esencial del hecho lingüístico: que este es un instrumento para la acción social.¹¹²

Andrés Bello vivió perfectamente consciente de esas demandas de la realidad; su obra es la de un científico amante de la pedagogía o bien, la de un pedagogo comprometido a crear en-

¹¹¹ Amado Alonso, “Introducción a los estudios gramaticales de Bello”, xii.

¹¹² Este aceptado concepto de la teoría de la comunicación en el presente fue ya intuido por Bello y su generación. Sobre sus aspectos teóricos remitimos al estudio de Néstor García Canclini, “Lingüística, teoría de la comunicación y estética”, en su *Arte popular y sociedad en América Latina* (México: Grijalbo, 1977), 79-90.

señanzas acordes con el medio que, inédito en sus muchas posibilidades, era un desafío para su poderosa inteligencia creadora, que tampoco menospreció la importancia del trabajo y del compromiso político, como lo demuestra su labor en Chile. Así, es apropiado considerar su posición analítica como una muy adecuada a las exigencias del medio; en verdad su pregunta no es simplemente “qué es la lengua” sino, “qué es la lengua en las condiciones socio-políticas que ocurren en Hispanoamérica”. De lo anterior se comprende por qué su *Gramática* rechaza ciertos principios generales, que aún pretendían someter los estudios lingüísticos al desarrollo de la lógica, como había enseñado la prestigiosa, pero para él extemporánea, escuela de Port Royal, cuya *Gramática general y razonada* databa de 1660. Para Bello el castellano era un corpus vivo de caracteres específicos, relativos a las condiciones de un medio cambiante, a un estadio cultural y a un grupo humano bien definido.¹¹³

Es por tales razones que Bello no puede dejar de incluir en el prólogo de su obra aquella advertencia que ha sido leída como la más fuerte de sus declaraciones en estas materias: “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica...” Y no se crea que esta es una declaración aislada o una expresión de modestia para encabezar la *Gramática*; no, es principio medular de su doctrina. Ya en 1835 y en el prólogo de sus *Principios de ortología* escribió la siguiente advertencia, legalizando con esta obra la pronunciación diferente del criollo: “Deseoso de facilitar su estudio presento a los jóvenes americanos este breve tratado...” Partiendo de consideraciones acerca de la lengua como valor nacional, como patrimonio del

¹¹³ En este sentido la demanda de Andrés Bello es rigurosamente histórica. Sus indagaciones sobre la lengua llevan implícita una idea del medio social e histórico en el cual le ha tocado desenvolverse; si es cierto que alcanzan valor sus postulados generales, éstos se atienen más a una pertinencia del habla hispanoamericana. Es incuestionable que la fuerza de las necesidades de esos años vuelca a Bello, y en general a su generación, a escapar de las soluciones metafísicas que eran encontrables en el espectro de la cultura vigente.

pueblo que la habla, alcanza Bello las fructíferas tesis con que guía sus análisis.¹¹⁴

Por su parte otro autorizado conocedor de esta obra afirma que “la *Gramática* de Andrés Bello es, más que nada, un cuerpo de doctrina gramatical, el primer gran cuerpo de doctrina gramatical del castellano”.¹¹⁵ La afirmación del especialista es esclarecedora y sugestiva: ¿por qué este primer gran cuerpo de doctrina gramatical del castellano se produce en América? ¿Por qué en una ex colonia madura una reflexión tan profunda y coherente sobre la lengua de la metrópoli? Es necesario responder a las interrogantes desde su contexto: todo indica a pensar que Bello pudo formular su doctrina porque su vocación independentista genera una conciencia lingüística capaz de advertir que en Hispanoamérica no solo era posible, mas antes indispensable, la autonomía creativa. Consecuente con el rigor de su inteligencia y desde su posición de criollo ilustrado, de maestro de una primera generación libre, cuestiona lo hecho bajo una tradición nada deliberante, y de la cual él mismo aspira a separarse. En este empeño propone, por la solvencia de sus escritos, una temprana ley de “autonomía productiva”, es decir, las creaciones del intelecto y del arte dejaban de ser privilegio de España para ser ahora asuntos concernientes a cualquier hombre capaz de asumirlos. Bello ha notado con claridad que el pensamiento hispanoamericano en el futuro debía ser producción y no reproducción. De aspectos como este dependía la verdadera emancipación.

Es por esa búsqueda de autonomía que llega a uno de sus más considerables aportes en cuestiones lingüísticas: ni en la tradición ni en el latín debían apoyarse los principios rectores

¹¹⁴ Los *Principios de ortología* se incluyen en: Andrés Bello, *Estudios filológicos*. Obras completas, vol. VI. Introducción de Samuel Gili Gaya (Caracas: Ministerio de Educación, 1955), 124.

¹¹⁵ El juicio de Angel Rosenblat se encuentra en su *El pensamiento gramatical de Bello* (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1965), 7. A las mismas conclusiones llega otro detallado estudio: Baltazar Isaza Calderón, *La doctrina gramatical de Bello*, 2a. ed., Anejo del Boletín XV (Madrid: Real Academia Española, 1967).

del estudio del lenguaje, sino en sus funciones, en el uso. Era el comportamiento de la lengua en el presente lo que importaba, no su pertenencia a un origen. Ya había adelantado estas nociones renovadoras en otro de sus artículos aparecidos en *El Araucano*, la revista santiaguina desde la cual ejerció también la enseñanza; en 1832 había escrito refiriéndose a la *Gramática* de la Real Academia: “hay partes perfectamente desempeñadas, como son por lo regular aquellas en que la Academia se ciñe a la exposición desnuda de los hechos. El vicio radical de esta obra consiste en haber aplicado a la lengua castellana sin la menor modificación la teoría y las clasificaciones de la latina, ideadas para la exposición de un sistema de signos que, aunque tiene cierto aire de semejanza con el nuestro, se diferencia de él en muchos puntos esenciales”.¹¹⁶

Antes de comentar con algún detalle el predominio del uso como factor de análisis, es preciso situar el problema en sus coordenadas históricas. El artículo mencionado sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en los países hispanohablantes del continente, aparecido en la *Biblioteca Americana*, fue objetado por un lector mexicano mediante escrito que se reproduce en *El sol de México* el 15 de julio de 1824. Tal vez la principal reserva planteada por ese lector, aun sorprendido por la audacia de Bello, es aquella de creer que tales tareas no corresponden a individuos, sino a instituciones; afirma que la ortografía de un territorio tan vasto como Hispanoamérica es labor que compete a una academia de expertos. Andrés Bello, ya libradas las batallas de Junín y Ayacucho, contestó en 1827 con ideas que rebasaban lo idiomático y apuntaban al sentido mismo de la independencia:

Tampoco creemos que a ningún cuerpo, por sabio que sea, corresponda arrogarse en materia de lenguaje autoridad alguna. Un instituto filológico debe ceñirse a exponer sencillamente cuál es el uso establecido en la lengua, y a suge-

¹¹⁶ “Gramática castellana” es el título del artículo aparecido el 4 de febrero de 1832. Se reproduce en el tomo V de sus Obras completas, *Estudios gramaticales*, 174-184.

rir las mejoras de que le juzgue susceptible, quedando el público, es decir, cada individuo en plena libertad para discutir las opiniones del instituto y para acomodar su práctica a las reglas que más acertadas le parecieren. La utilidad de estos cuerpos consiste principalmente en la facilidad que proporcionan de repartir entre muchas personas los trabajos, a veces vastos y prolijos, que demanda el estudio y cultivo de una lengua. La libertad es en lo literario, no menos que en lo político, la promovedora de todos los adelantamientos. Como ella sola puede difundir la convicción, a ella sola es dado conducir, no decimos a una absoluta uniformidad práctica, que es inasequible, sino a la decidida preponderancia de lo mejor entre los hombres que piensan.¹¹⁷

El pensamiento reflexivo debía ser el instrumento último de análisis; he ahí, a propósito de las indagaciones lingüísticas, la antítesis del dogma. Y, en rigor, solo con su inteligencia contaba el criollo para dirimir en materias en las cuales era un recién llegado. Pero era la labor de la inteligencia la única capaz de entregar verdades nuevas sobre la conducta de una lengua, de allí que en el primer párrafo del prólogo de su *Gramática* advierta Bello que sus teorías han sido adoptadas solo después de un maduro examen –lo que en efecto el texto luego se encarga de confirmar– y establece la separación básica que era el principio que iba a consagrarla: “Una cosa es la gramática general, y otra la gramática de un idioma dado: una cosa comparar entre sí dos idiomas, y otra considerar un idioma como es en sí mismo [...] Este es el punto de vista en que he procurado colocarme, y en el que ruego a las personas inteligentes, a cuyo juicio someto mi trabajo, que procuren también colocarse, descartando, sobre todo, las reminiscencias del idioma lati-

¹¹⁷ Las ideas principales expuestas por aquel lector mexicano son glosadas por Bello en su respuesta; él mismo ofrece el dato sobre las objeciones formuladas en el artículo anterior. Su respuesta lleva por título “Ortografía castellana” y apareció en *El Repertorio Americano* de abril de 1827. Se encuentra reproducida en el volumen de sus Obras completas titulado *Estudios gramaticales*, 91-96.

no”. Y luego, párrafos adelante, su más tajante declaración de independencia en estas materias: “Acepto las prácticas como la lengua las presenta, sin imaginarias elipsis, sin otras explicaciones que las que se reducen a ilustrar el uso por el uso”.¹¹⁸

Andrés Bello había preparado el camino hacia esa posición científica desde hacía varios años; la expresa con claridad en 1845, al comentar para *El Araucano*, la aparición de la novena edición del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, cuando respecto a sus normas escribió: “No somos de aquellos que miran con una especie de veneración supersticiosa sus decisiones [...] como si tuviese alguna especie de soberanía sobre el idioma, para mandarlo hablar y escribir de otro modo que como lo pida el buen uso o lo aconseje la recta razón”.¹¹⁹ ¿Qué motiva en Bello el énfasis con que sale al camino de las autoridades españolas? ¿Por qué la vehemencia de su rechazo ante las decisiones de Madrid? No hay otra razón que su acendrada fe independentista, al principio, americanista, luego. Porque por hablar el castellano el criollo no tenía que seguir siendo súbdito de la corona española; debía afirmarse en proseguir la nueva identidad que se había propuesto, y ajustar la lengua a sus propias y nuevas necesidades. Y para iniciar este camino nada era más necesario que el espíritu de crítica porque la carencia de opinión en esos temas iba a someter al hispanoamericano a la permanente obediencia de la metrópoli en cuestiones culturales, aunque se hubiese cumplido ya la emancipación política. Por esto Bello afirma sin vacilaciones: “hay cierta clase de censores de las reformas [...] que no critican porque hayan formado opinión alguna en estas materias, sino por la propensión demasiado común a desestimar lo nuestro, y por la antigua costumbre de recibir sin examen lo que

¹¹⁸ Se cita la célebre obra de Bello según la edición de Amado Alonso: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Obras completas, vol. IV. “Prólogo”, 5-13.

¹¹⁹ El artículo en cuestión era una reseña aguda y lúcida que Bello publicó con el simple título de “Diccionario de la lengua castellana por la Academia Española”, se reproduce en *Estudios Gramaticales*, 119-121.

tiene un prestigio de autoridad, en cosas que están sujetas al dominio de la razón”.¹²⁰

En el aceptar las reglas sin examen alguno había una postura subyugada, expresión de los restos de la gravosa carga mental que pesaba aún sobre el criollo; el maestro Andrés Bello no podía admitir ni política ni culturalmente tales mandatos ni la obediencia paciente de algunos de sus compatriotas. Su obra en general es luminosa por lo innovadora y por ese empeño de borrar lo colonial, de afianzar las capacidades de un ser que por haber nacido en una república sin aquellas tradiciones culturales se sentía negado para ingresar en las grandes polémicas del intelecto. Y su obra es la más categórica confirmación de que crear intelectualmente era del todo posible entre los hispanoamericanos. Bello sabía que con la publicación de cada una de sus obras se consolidaba la independencia de las antiguas colonias de España.

Para una mentalidad creativa como la suya y la de su generación, que había entrado en el siglo luchando para imponer sus reformas, el uso que se diera a la lengua resultaba un criterio apropiado por cuanto era más flexible y democrático que el de una autoridad única; imprescindible era para el criollo librar su mente del tipo de imposiciones autoritarias y lejanas que lo habían gobernado por trescientos años. Para el pensamiento liberal, por otra parte, todo tipo de censura o imposición resultaba inadmisibles. En 1835 y en pleno fervor del Romanticismo escribió Bello en sus *Principios de Ortología*: “La variedad de prácticas es inevitable [...] en las diferentes escuelas, y no sería fácil hacerla desaparecer sino bajo el imperio de una autoridad que, en vez de la convicción, emplease la fuerza: autoridad inconciliable con los fueros de la república literaria, y que, si pudiese jamás existir, haría más daño que provecho; porque en las letras, como en las artes y en la políti-

¹²⁰ Palabras provenientes de la página final del artículo antes citado y aluden, más bien, a aquellos que impugnaron por el solo temor de la autoridad las reformas ortográficas adoptadas por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, en 1844.

ca, la verdadera fuente de todos los adelantamientos y mejoras es la libertad”.¹²¹

Pero Bello nunca fue partidario de una libertad irrestricta en cuestiones de lenguaje como tampoco lo fue en asuntos de gobierno; sabía bien el peligro que encerraba la anarquía, el desgobierno: era testigo de los excesos que en el continente estaba creando la falta de ciertas normas que sirviesen para organizar la civilidad y la cultura; por eso pide algún tipo de autoridad en cuestiones lingüísticas, porque su misión era la de educar al pueblo; y fue explícito cuando declaró que “en las lenguas como en política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte leyes convenientes como las del habla en que ha de expresarse; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma”.¹²²

Pero quedaba así planteado otro difícil problema: ¿qué normas debían conducir, a su vez, a esta especie de senado lingüístico que Bello viene a proponer? Por cierto que no las de la Real Academia Española, cuya autoridad el maestro ya había puesto en cuestión; tampoco las de una tradición literaria que se había quedado rezagada con respecto a los enormes progresos del pensamiento en esa primera mitad del diecinueve. El único principio que debía conducir a ese senado rector no podía ser otro que el de la inteligencia libre, el entendimiento claro y analítico de los procesos sociales y de sus causas y consecuencias. Bello fue un predicador de los beneficios de la inteligencia y un artesano inculcable en su aplicación. La idea de un control, que él siente como indispensable, no gustó a los jóvenes que lo adversaron en las famosas polémicas de ese

¹²¹ La apasionada declaración de Bello figura igualmente en el Prólogo de sus *Principios de Ortología*, en *Estudios Filológicos*, 5-9.

¹²² Estos juicios de Bello aparecieron originalmente en un artículo de *El Mercurio de Valparaíso*, el 12 de mayo de 1842. Eran parte del trabajo titulado “Ejercicios populares de lengua castellana”, con el cual Bello se defendía de ciertos ataques lanzados por Pedro Fernández Garfías, discípulo éste de Sarmiento y, por lo tanto, opositor de ciertas ideas de Bello en materias lingüísticas. El artículo se encuentra reproducido en *Temas de crítica literaria*, 436-440.

año 1842; pero él sabía que todavía a mediados del siglo la organización de la república estaba amenazada principalmente por la anarquía y por la falta de compromiso de las autoridades civiles y militares con los principios sobre los que debía afianzarse una república. Temía Bello que en cuestiones de lengua se cerniera el desgobierno que amenazaba en el terreno político; imprescindible es no olvidar que para él la lengua se consideraba un bien público, un sector de la vida política. Si el criollo era capaz de apropiarse del manejo de la lengua que hablaba, también debía responder normando lo propio, controlando ese bien que la independencia le permitía asumir como suyo.

El valor otorgado al uso como criterio respetable en esas materias entraña una concepción política que estaba en el fondo de varias de esas polémicas de la época: es la lucha entre lo nuevo y lo tradicional, expresión de la querrela profunda entre los valores republicanos que se abrían paso y los principios monárquicos de las autoridades de antaño. De allí que Bello en sus doctrinas ortográficas tenga que hacer al mismo tiempo una defensa de lo nuevo, porque en ello iba la suerte de sus ideas; claramente había señalado en su clásico artículo: “¿Y qué importa que sea nuevo lo que es útil y conveniente? ¿Por qué hemos de condenar a que permanezca en su ser actual lo que admite mejoras? Si por nuevo se hubiera rechazado siempre lo útil, ¿en qué estado se hallaría hoy la escritura? En vez de trazar letras estaríamos divertidos en pintar jeroglíficos, o anudar quipos”.¹²³ Tales eran los pasos necesarios de la doctrina de Bello hacia la madurez que alcanzó en 1847, cuando las prensas de Santiago de Chile dieron a luz su *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*.

En realidad al aceptar el uso como indicador último y más efectivo sobre el proceso de una lengua, criterio modernísimo entonces, hoy inapelable, ha sido reflexivamente elaborado por

¹²³ Nos referimos a su artículo de 1823 “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América”, reproducido en *Estudios gramaticales*, 80.

quien ya en 1823 sabía de las doctrinas que podrían autorizar en Hispanoamérica el uso y el control de una lengua que en verdad no era del criollo, pero ante cuya apropiación el criollo no debía mantener vacilaciones. El método de Bello resultaba osado por nuevo, y sobre todo, porque prescindía del latín. Tan nuevo, que en las demás lenguas romances el procedimiento era desconocido como curso de análisis; y tan osado que, sin más, dejaba por fuera la lengua de la iglesia católica, que había sabido imponer en Occidente aquel canon como el modelo máximo de toda expresión. Es evidente que una escisión tan radical no podía ser fruto únicamente del ansia científica que buscaba nuevos procedimientos de comprensión del cuerpo lingüístico del español: en el campo educativo estaba el respaldo del éxito que los métodos prácticos y experimentales alcanzaban sobre la desgastada doctrina escolástica de repetir sin examen las doctrinas aristotélicas pasadas por el tamiz de las autoridades cristianas; en el social, el formidable impulso que las apremiantes circunstancias vitales ponían en la vida de los hombres, y en particular en la de los criollos.¹²⁴

El Andrés Bello que escribe desde Londres para sus compatriotas americanos ha presenciado con creciente horror la encarnizada lucha de más de un decenio que significaba la independencia de España; con lo doloroso que era, el conflicto había contribuido, sin embargo, para terminar de definir las diferencias que apartaban a los pueblos de las Américas de sus troncos europeos. Se convertía en un proceso de maduración e identidad de naciones que comenzaban a perder su distintivo de provincias españolas de ultramar y ganaban el de repúblicas independientes. Estas urgencias separatistas hacia 1823 –año durante el cual expone Bello sus primeras ideas acerca de la autonomía del castellano de América– eran máximas entonces: Bolívar, San Martín y Sucre se aprestaban para dar las últimas batallas en contra del obstinado ejército realista que

¹²⁴ Sobre la actualidad de sus doctrinas es muy ilustrativo el artículo de Barry L. Velleman, “Bello gramático: modernidad del enfoque sintáctico”, en *Bello y Chile. Tercer congreso del bicentenario*, I, 525-557.

concentró sus fuerzas en la sierra peruana. Venezuela y Colombia, en el Primer Congreso de Colombia, oficializaban programas de naciones que ya se sabían independientes. En el Perú criollo Riva Agüero asume por primera vez la presidencia de la república; en México se proclama la república luego de la abdicación de Iturbide, y las Provincias Unidas de Centro América firman su declaratoria de independencia. Y si estos acontecimientos aprontaban a todo un continente para la libertad política, en España se restauraba el absolutismo monárquico al tiempo que se suprimía la constitución liberal de 1812 y el general Riego, líder de las fuerzas progresistas, era llevado a la horca por un implacable Fernando VII. Todos estos son hechos bien conocidos por Andrés Bello: proveen el contexto en el cual desarrolla sus notas e investigaciones para contribuir él mismo a la causa de la libertad.

Para Bello como para muchos criollos ilustrados era claro que en adelante los propósitos nacionales estarían bastante alejados del legado que dejaba la colonia; todo debía dar un giro radical en busca de una orientación que no tenía acá antecedentes. Así las costumbres sociales, la organización política y los más variados aspectos de la cultura. Este divorcio de España estaba guiado por los principios republicanos y democráticos tan emparentados con el surgimiento del Romanticismo; y esta no iba a ser en América solo una tendencia estética: para liberarse de su pasado el criollo se adscribió lo más rápidamente posible a las últimas corrientes que modelaban el pensamiento europeo. De allí su inclinación por esa escuela que, además, y en este caso, aportaba la noción de considerar la lengua como una de las expresiones más profundas de cualquier nacionalidad. A través suyo se expresa, se distingue y se define al hombre; para el romántico la lengua era el sello que marcaba a un pueblo. El genio de Bello le condujo a aplicar esas nociones al estudio de un cuerpo que ahora era una digna e inexcusable pertenencia del hispanoamericano.¹²⁵

¹²⁵ Es de notarse cómo los criollos que viajan a España a fines del dieciocho se encuentran ya bien diferenciados del resto de los hispanohablantes tan

Si los grandes formantes de la nacionalidad necesitaban renovarse por imposición de los mandatos independentistas consolidados en todo el continente, de igual modo debían cambiar los métodos de aproximación a una lengua que era tanto del español peninsular como del criollo, y el proceso de transformaciones a que se aspiró en esos decenios incluía desde las autoridades y las leyes hasta la lengua y la religión. La envergadura de tal empresa alcanzaba niveles profundos de la historia de la época que es preciso considerar para mejor entender los afanes separatistas que guiaban el análisis de Andrés Bello, quien para una cabal comprensión del proceso histórico del castellano había comenzado por un estudio del poema de Mío Cid Campeador, iniciado en Londres, continuado en Santiago con miras hacia una edición, y aún inconcluso a su muerte en 1865.¹²⁶

En un intelectual patriota, tan atento a su tiempo, la reticencia ante la aceptación del latín como paradigma obligatorio para el estudio del español entronca con circunstancias todas bien documentadas: los principales líderes del movimiento independentista fueron miembros de la francmasonería, y cuando no, como es sabido, amigos cercanos de las logias Gran Reunión Americana y Lautaro, cuyas bases estableció Francisco de Miranda en Londres en 1808, y cuyas filiales americanas fueron abiertas doce años después por José de San Martín. Estas logias habían nacido con el propósito de impulsar la liber-

pronto como se escucha su acento diverso del peninsular. Así lo expresa con desagrado en pasajes de sus *Memorias* el mexicano fray Servando Teresa de Mier, quien departió con Bello en Londres, durante 1813, aunque no incluye esta estancia en esa obra. Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*. Ed. y prólogo de Antonio Castro Leal (México: Porrúa, 1946) 2 vols.

¹²⁶ Se publicó póstumo y por primera vez en el tomo II de sus primeras obras completas: *Poema del Cid*. Introducción de Baldomero Pizarro (Santiago: Universidad de Chile, 1881). Pedro Grases dedica un breve libro a comentar esta pasión del maestro: Más recientemente analiza estas investigaciones el ilustre medievalista Colin Smith, "Los trabajos de Andrés Bello sobre el Poema del Cid", *Bello y Chile. Tercer Congreso*, II, 61-73.

tad de las colonias españolas y sus fines originales tenían que ver con esa motivación inmediata antes que con cuestiones metafísicas; sus postulados fundacionales contenían un tono programático anticlerical y democrático. Este antecedente es suficiente para comprender por qué las luchas emancipatorias estuvieron guiadas por fines laicos que se proponían constituir naciones bien apartadas del modelo hispánico donde la iglesia tenía un papel preponderante.

Pero por muy radicales que fuesen los proyectos de la Logia Lautaro, activa ya en Chile independiente, estos no podían excluir la religión católica del ámbito vital de las naciones que aspiraban a formar. La nueva organización republicana no modificó, en efecto, la religión, ni propició cultos nuevos que no fuesen los de la democracia. Pero si mantuvo el credo católico intacto, se esforzó porque fuese un catolicismo no hispánico. Y esto en parte debido también a la actitud de un Papa que se negaba a reconocer en América otro soberano que no fuese el rey de España.¹²⁷ Pero los criollos necesitaban hacer prevalecer su autoridad sin tener que apartar a sus conciudadanos de la fe romana, única vigente entonces en el acá. Para ello trataron por todos los medios que la iglesia de las ex colonias mantuviera en adelante relaciones directas con el Vaticano, sin la tradicional injerencia del obispado de Toledo o de la corte de Madrid. De allí que, paradójicamente, las primeras misiones

¹²⁷ La aguda confrontación que en materias religiosas produjo la independencia también ha dejado una huella indeleble en la cultura hispanoamericana: “si la iglesia colonial ha dividido sus lealtades entre Roma y Madrid, la revolucionaria ha quedado a la vez aislada de ambos centros. El Papa no reconoce otro soberano legítimo que el rey de España; los nuevos estados se proclaman herederos de las prerrogativas de éste en cuanto al gobierno de la Iglesia en Indias; el resultado es que administradores de sedes episcopales (ni el Vaticano ni los nuevos gobiernos se atreven a nombrar obispos) y párrocos son designados –y a menudo removidos– por las autoridades políticas y con criterios políticos. Lo mismo que las dignidades civiles las eclesiásticas han perdido buena parte de las ventajas materiales que solían traer consigo; han perdido aun más prestigio”. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1969), 144.

diplomáticas que estas repúblicas de inspiración masónica mandaron a Europa iban con dirección a Roma.

Aceptando, pues, la importancia de la iglesia católica, el dirigente criollo laico la trató de separar de España, como de España se trataba de apartar todas las instituciones encargadas de velar por el futuro del continente. Para ese criollo debía importar más la proyección social de la iglesia que la fe. Y la presencia más acentuada de esa proyección social de la iglesia ocurría en la educación, y en la vida cultural en general. Durante la colonia las artes y las ciencias habían sido prácticamente exclusividad de la iglesia: suyos fueron los centros de enseñanza –desde las escuelas parroquiales hasta las universidades–, las imprentas y los medios de control de la producción artística e intelectual; “solo después de las primeras independencias nacionales, a mediados del siglo XIX, el arte comienza a desprenderse lentamente del control religioso”.¹²⁸ Bello comprendió temprano que la disminución de la presencia eclesiástica se haría notoria en varios campos de la naciente vida republicana, especialmente en el de la cultura. Y tratándose de cuestiones lingüísticas estas disquisiciones tienen una importancia mayor: la lengua de la iglesia era el latín y, por ello, la medida clásica según la cual debía comportarse el castellano. Este dogma difundido por la iglesia, de cuyo seno había salido, además, el grueso de los gramáticos españoles, tuvo absoluta vigencia hasta que la poderosa inteligencia de Andrés Bello fue capaz de ponerlo en cuestión; él mismo un católico practicante, fue claro en sus prioridades y en la delimitación de las áreas que competían a sus convicciones.¹²⁹

¹²⁸ Opinión de Néstor García Canclini referida sobre todo a la plástica y a la representación, en el subcapítulo “Modelos estéticos importados y condiciones de la producción artística en América Latina”, de su libro *Arte popular y sociedad en América Latina*, 145.

¹²⁹ Al respecto es de sumo interés notar un texto de Bello aparecido en *El Repertorio Americano* (III, 1827) en el cual comenta las razones que el gobierno de Chile tuvo para justificar la expulsión del obispo de Santiago, José S. Rodríguez; por cierto Bello apoya y justifica dicha expulsión en su comentario: “El gobierno de Chile [...] publica en esta exposición las poderosas razones que hi-

Esa apertura de pensamiento le permite en este respecto separar la gramática de la iglesia, para proponer su “deslatinización” del castellano y para poder centrar su exégesis en la funcionalidad de sus componentes. Tal era un paso gigantesco en la gramatología que alcanzaba al mismo tiempo un sustancial efecto político.¹³⁰ Se ha dicho que solo este postulado bastaría para hacer imperecedera la obra de Bello; su empeño por instalar un método indagatorio de una lengua desde su propia realidad interna era también un modo consecuente de responder ante las circunstancias vitales de sus días, contribuyendo

cieron indispensable y urgente la expulsión de un prelado, cuyo desafecto a la independencia y a la libertad de su patria era tanto más temible cuanto que era sostenido por un carácter inflexible, una conducta ejemplar por otra parte, y un fondo de sabiduría y literatura, que daban a sus opiniones, a sus ejemplos y consejos, un influjo que los enemigos de las nuevas instituciones se han servido y pudieran servirse aún como del arma más formidable para atacarlas.” Los temores de Bello de una posible reacción en contra de la vida independiente, todavía en 1827, son claros; no menor es el énfasis con que se declara contra una iglesia leal a España y peligrosamente conspirativa, en años durante los cuales debían comenzar a consolidarse los cambios. Finaliza su comentario con las siguientes palabras: “Ya entonces fue de absoluta urgencia su extrañamiento [de Rodríguez] lejos de su territorio, y el gobierno lo decretó prudentemente cortando infinitos males. Pueda este ejemplo abrir los ojos a los que tienen en su mano el evitar por medio de una aveniencia cristiana, y que tan imperiosamente están pidiendo las circunstancias en que se halla el catolicismo en América, los graves riesgos con que amenazan a la iglesia algunos prelados que, como el de Santiago de Chile, se obstinan en sostener pretensiones incompatibles ya con el estado de la sociedad política en aquellos países”. El artículo de Bello titulado “Exposición de los documentos y motivos para el decreto de extrañamiento del territorio de la república, del obispo de esta diócesis (Santiago de Chile), D. José Santiago Rodríguez”, se encuentra en Andrés Bello, *Temas de historia y geografía*. Prólogo de Mariano Picón Salas (Caracas: Ministerio de Educación, 1957), 505-509.

¹³⁰ Según el pensamiento de Angel Rosenblat cuatro grandes principios unifican la doctrina gramatical de Bello, siendo el primero la aseveración de que “lo gramatical es de una naturaleza y es de otra, muy distinta, su contenido objetivo, psicológico o lógico [...] El segundo principio consiste en independizar la gramática de la lógica [...] el tercer principio de Bello consiste en deslatinizar la gramática castellana [...] su cuarto principio: la *Gramática* de Bello es una gramática de criterio funcional”. *El pensamiento gramatical de Bello*, 17 y 32.

a la supremacía de la razón por sobre el dogma. Por otra parte, varias veces se pronunció Bello en favor del estudio del latín y del derecho romano: “Atribuía una grande importancia a que los hombres de la época moderna se pusieran en aptitud de aprovechar la sabiduría del pueblo romano, en el cual, a su juicio, se resumía lo más sustancial de la época antigua”.¹³¹

El Andrés Bello que había desembarcado modestamente en Valparaíso en junio de 1829 para tratar de ganarse un sitio en la surgente sociedad de la república chilena, colaboró no sólo al establecimiento de una educación laica y renovada, en el liceo como en la universidad, sino que sus contribuciones superaron todas las expectativas y sus enseñanzas han terminado comprometiendo la gratitud de la ciencia lingüística moderna.

¹³¹ Palabras de Miguel Luis Amunátegui, en un aparte titulado “Ideas de Bello sobre el estudio del latín”, allí ofrece algunas fuentes donde el maestro se manifestó a favor de este estudio como asunto de valor cultural. *Vida de don Andrés Bello* (Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez, 1882), 419-422.

Victor Hugo
en un traductor americano:
Andrés Bello

En enero de 1829 y con el título de *Les Orientales* Victor Hugo publica su quinta colección de poemas.¹³² De las cuarenta y una composiciones que formaban el volumen, treinta están dedicadas a Grecia o, más bien dicho, a la causa de Grecia. Desde 1821 ese país luchaba por emanciparse del dominio turco; sus empeños independentistas despertaron la solidaridad de los liberales y, claro, de los románticos de Europa. Entre otros, Lord Byron murió en los campos de Missolonghi defendiendo el derecho a la libertad de ese admirado país. Eugene Delacroix reaccionó también como artista y en el salón anual de 1824 expuso su conmovedor cuadro “Les massacres de Scio”, dando vida a las imágenes sobre la impiedad de esa guerra. Ni la muerte de Byron ni la tela de Delacroix son ajenas a las motivaciones que recibe el joven Hugo para publicar sus versos con el título sugestivo de *Les Orientales*; en el “Préface” el autor escribió: “Déjà la mémorable guerre de Grèce avait fait se retourner tous les peuples de ce côté”. (322)¹³³

Esa “guerra memorable” ha generalizado el sentimiento filo helénico que parece dominar a todos y, en especial, a la inte-

¹³² La preceden las siguientes: *Odes et Poésies Diverses* (París: Péllicier, 1822); *Odes* (París: Persan, 1823); *Nouvelles Odes* (París: Ladvocat, 1824). *Odes et Ballades* (París: Ladvocat, 1826); esta última colección fue reeditada en 1828, por Bosange, y se incluyeron allí diez nuevos poemas.

¹³³ Todas las citas de Hugo y su poema “Fantômes” provienen de la siguiente edición: Victor Hugo, *Odes et Ballades. Les Orientales*. Cronología e introducción de Jean Gaudon (París: Garnier-Flammarion, 1968). En adelante se señala según esta edición la página o la numeración de los versos citados.

lectualidad europea de aquellos días; el terreno está, pues, preparado para que un poeta exprese su palabra de adhesión a esa causa admirable y haga volver la vista de sus conciudadanos hacia el Oriente. La acogida pública del poemario respondió a las aspiraciones del autor, quien se consagró en juventud al frente de la lírica francesa; por entonces se comienza a popularizar el primero de sus apodos: “L’enfant sublime”.

La reputación del “niño sublime” cruza las fronteras de Europa y no tardará en llegar a la América española; viene avalada, además, por el prestigio de su discutido teatro: *Cromwell* en 1827 y *Hernani* en 1830 confirmaron los rumores sobre la aparición de otro genio en las letras de Francia. Durante ese decenio la obra de Hugo alcanza hasta los últimos rincones del mundo: en Santiago de Chile un poeta y maestro venezolano allí radicado, da a conocer en versión castellana, primero, el discurso de incorporación de Hugo a la Academia Francesa, a través de una impecable traducción que publica en el periódico cultural *El Araucano*, en diciembre de 1841.¹³⁴ Después vendrá la presentación castellana de “Fantômes”, una intensa composición lírica incluida en *Les Orientales*, y versiones de otras de sus poesías: “A Olimpo”, “Los duendes”, “La oración por todos”, “Moisés salvado de las aguas”.

Conviene repetir un par de aspectos distintivos de aquel libro de Hugo que abrió la ruta del Oriente a la lírica francesa: no predomina en él, únicamente, una poesía militante por la causa griega, ni domina el exotismo geográfico, que pudiera motivar atención hacia países poco conocidos; son los temas de la muerte y la destrucción los que enlazan más significativamente muchas de sus composiciones. Y esta tendencia se impone no sólo por el padecimiento de los griegos bajo la barbarie turca: es también la constante reflexión de Hugo sobre esa condición general e inevi-

¹³⁴ Emir Rodríguez Monegal escribe al respecto: “En realidad, Bello era un gran admirador del poeta francés. Ya se ha visto en el capítulo V (se refiere a su libro *El otro Andrés Bello*) que había insertado en *El Araucano* (Nº 567, julio 2, 1841) un artículo tomado del *Journal des Débats* sobre Hugo y su escuela, donde junto al elogio del poeta se incluye la censura de sus imitadores; también había transcrito en el mismo periódico el discurso de recepción de Hugo en la Academia (Nº 593/95, diciembre 31, 1841, enero 7 y 14, 1842).” 328.

table del hombre. Pero en “Fantômes” el escritor ha optado por tratar un aspecto contradictorio y particularmente cruel de la muerte: la vida juvenil tronchada por un accidente; el poema se refiere al encuentro del hablante con las fantasmas de un grupo de jóvenes muertas en plena adolescencia, cuyos cadáveres, por él contemplados, parecen más bien dormir:

Une s'évanouit, comme un chant sur la lyre;
 Une autre en expirant avait le doux sourire
 D'un jeune ange qui s'en revient. (vs. 23-25)

Versos que resumen el tema predominante del poema: la muerte de una joven hermosa es de algún modo también bella y, sin embargo, doblemente dolorosa, porque siega una existencia en los comienzos de su curso. De allí los eufemismos que excusan de mencionar a la parca: desvanecerse, expirar sonriendo. Así se abre el canto acerca de unas niñas inocentes y puras de pronto arrastradas por el carro de la insaciable muerte, que exige su presa; Andrés Bello traduce así esos versos que para él portaban algo más que una audaz imagen y una refinada expresión de lenguaje:

otra acaba, cual gemido
 lánguido de eolia lira,
 que el viento pulsa; o plácida fallece,
 cual sonriendo un niño se adormece. (vs. 39-42)

Por otra parte, se ha discutido de dónde pudiese Hugo haber obtenido la motivación para esta composición, que si bien porta un tono romántico, se halla algo fuera del tema general del libro; las explicaciones por una preferencia tan dramática no son definitivas, pero parecen apuntar a ciertos hechos reales, ya antes lamentados por Stendhal, antes que a causa de aquella guerra.¹³⁵

¹³⁵ Elisabeth Barineau, autora de una edición crítica de *Les Orientales* con abundante información acerca de cada uno de los poemas, sostiene en cuanto a la fuente de “Fantômes” que pudo originarse en un hecho real, nada raro en la época, y cita una información recogida de Stendhal: “S’il faut en croire Stendhal, de tels événements n’étaient pas rares à l’époque: ‘Le froid, au sortir du bal tue chaque année, à Paris, onze cents jeunes femmes. J’ai vu les chiffres offi-

Pero la admiración de Andrés Bello por Victor Hugo, y por esta composición en particular, más allá de lo intelectual, va a adquirir un curioso y desdichado sesgo biográfico que pondría a ambos escritores en una relación de dolor compartido: el 26 de enero de 1843 Bello pierde a su adorada hija Dolores, “Lola”, quien muere repentinamente a los nueve años de edad. Y en septiembre de ese mismo año, en las aguas del Sena, se ahoga Léopoldine, la tan querida hija de Victor Hugo.

Por esos meses de 1843, Andrés Bello da a conocer su versión española de “Fantômes”: con el título de “Las fantasmas” y la advertencia “Imitación de una de Las Orientales, de Victor Hugo”, a modo de subtítulo. Aparece en *El Museo de Ambas Américas*, revista editada en Valparaíso. Paradójicamente, Andrés Bello traduce el poema un par de meses antes de que Hugo sufra la misma desgracia que a él le aflige, la cual, a su vez, es tema central de estos versos que el vate francés había escrito en 1828: la muerte artera golpea de pronto a la joven querida de la casa asolando de dolor a sus padres. Pocas dudas caben que Bello frecuentó esta obra a raíz de la muerte de su hija Dolores; la lectura debió proporcionarle alguna forma de consuelo, y las palabras con las que Hugo había creado “Fantômes” lograron expresar también su aflicción de hombre maduro ante la muerte de un hijo en plena juventud.¹³⁶ Es comprensible que para el

ciels.” *Souvenirs d'Egotisme* es el texto de Stendhal donde da esa alta “cifra oficial” de jóvenes muertas por causa del frío al salir del baile. Victor Hugo, *Les Orientales*. Edición crítica, introducción, noticias y variantes por Elisabeth Barineau (París: Librairie Marcel Didier, 1952) II, 128.

¹³⁶ Aunque el tomo de *El Museo de Ambas Américas* en que apareció el poema “Las fantasmas” está fechado como tomo 1, 18 de junio de 1842, es evidente que fue publicado mucho después de esa fecha, y ciertamente después de enero de 1843, cuando fallece Dolores Bello. No se trata tampoco de una errata relativa al año, pues los otros tomos mantienen el de 1842, único durante el cual aparecen datados los tres volúmenes de esta revista; como suele ocurrir, es indudable que las fechas preceden bastante a la aparición de los números respectivos. La revista terminó con el N° 36, el cual dice corresponder al mes de diciembre de 1842. Iniciada por Juan García del Río, quien en Londres había trabajado con Bello en empresas similares, *El Museo de Ambas Américas* era publi-

Andrés Bello de 1843 solo la lectura de ese texto al cabo no fue suficiente; tampoco lo sería la traducción directa: decide entonces readecuar el poema a su propia experiencia y, así, en su versión, el cosmos oriental y español propuesto por Hugo se convierte para él en el ámbito íntimo de su situación personal.

Se dijo que en el título no se utiliza la palabra “traducción” para calificar la versión nueva. Se la llama “imitación”; este determinativo es apropiado puesto que es bastante explicable el que Bello abandone el propósito de traducir literalmente: ha encontrado en los versos de Hugo la inspiración necesaria para dar curso a un canto casi propio. “Las fantasmas” se sitúan así entre la traducción, la “imitación” y la creación, porque la versión castellana sigue siendo deudora de la francesa en lo medular: conserva los temas y las imágenes generales, pero adapta su forma y su sentido inmediato. Además, va particularizando lo descrito a una condición contextual hispanoamericana según lo cual el poema muy bien pareciera una pieza original de Bello.¹³⁷

cado en Valparaíso por el conocido impresor Rivadeneyra. Como se ve, tampoco esta vez la fortuna editorial de Juan García del Río fue mayor.

Para despejar toda duda a aquel respecto agregamos la siguiente información: en el Libro 2. Partidas de pago (1832-1844), del Cementerio General de Santiago de Chile, folio 169 (vuelta) se lee: “Enero 26 de 1843: Doña Dolores Bello, natural de esta ciudad, de 9 años de edad, hija legítima de Don Andrés Bello y de Doña Isabel Dunn. Pagó veinticuatro pesos; diez por el carro de 1° clase y catorce pesos por la tumba y diez velas”. Las defunciones aparecen anotadas con el mayor orden, día a día y consecutivamente.

¹³⁷ En carta fechada en Valparaíso el 26 de mayo de 1842, J. García del Río dice a Bello: “... cuando usted tiene tanto material en su cajón o en sus carteras, no auxiliarme con algo, no querer que sus producciones hermosteen y rescaten los defectos de mi publicación, es una indiferencia que no esperaba de un antiguo colaborador y amigo. Venga, pues, un rasgo, y venga pronto, mi querido, pues, según van las cosas, temo que el *Museo* no viva mucho más tiempo”. La carta es incluida por Miguel Luis Amunátegui en el Prólogo del volumen III, *Poesías de las Obras Completas de Don Andrés Bello* (Santiago de Chile: Consejo de Instrucción Pública, 1883), III, lxxviii-lxxix. Amunátegui, quien trató muy de cerca a Bello, agrega que “A fin de complacer a su amigo, Bello le envió las dos imitaciones de Víctor Hugo tituladas *Las Fantasmas* y *A Olimpo*”. Nada dice de las circunstancias particulares en torno a la adaptación del primero de los poemas aquí ni en su abundante *Vida de don Andrés Bello*.

Primeramente, de las treinta estrofas de la composición original, Bello se extiende a cuarenta. Esta ampliación se debe en buena parte a que reduce los versos endecasílabos franceses a octosílabos castellanos. Al respecto hay que aclarar que Hugo utiliza en su poema la combinación de metros dentro de una misma estrofa: celebrado hábito formal de los románticos por medio del cual se muestra el rechazo a la imposición neoclásica que exigía uniformidad métrica a las composiciones poéticas. “Fantômes” se desarrolla en estrofas de cinco versos: cuatro endecasílabos más un octosílabo; “Las fantasmas”, en estrofas de seis versos: cuatro octosílabos más dos endecasílabos finales. Bello mantiene las medidas del poema original, pero invierte la relación y la proporción métrica. El verso endecasílabo es más dúctil para el acto de narrar, y parece ajustarse plenamente a la intencionalidad de Hugo, pero el octosílabo puede ser más directo, acaso más coloquial y, por eso, más apropiado al tono que Andrés Bello busca para dar curso a su propia expresión dolorosa. Se adecuan también imágenes, símiles y otras figuras del decir a la situación contextual de la nueva versión, a su medio; se suprimen, acaso por restar cercanía a la comunicación, las dos alusiones mitológicas incluidas por Hugo. Son tales cambios de la estructura externa del texto original los que permiten a Bello incorporar sus vivencias personales, son estas adaptaciones las vías de ingreso de sus propias y sentidas motivaciones líricas. Curiosamente, estas variantes posibilitan un mensaje nuevo que supera la simple idea de “imitación” con que el poeta santiaguino califica su trabajo; sin embargo, mantiene el sentido del mensaje profundo del poema de Victor Hugo.¹³⁸

¹³⁸ Edoardo Crema ha dedicado interesantes monografías a las labores de traductor de Hugo acometidas por Bello; en *El drama artístico de Andrés Bello. Tras el libertador político el libertador artístico* (Caracas: Editorial Universitaria, 1948) se refiere a la traducción de “A Olimpo”, de Hugo, y se pregunta: “¿Traducción? No: ¡identificación!”, 48. Agrega que el poema le sirve para expresar, en el fondo, las persecuciones de que, como extranjero, ha sido víctima, tanto en Inglaterra como en Chile. 47-56. En otro detallado estudio compara la “Priere pour tous”, de Hugo con “La oración por todos”; allí concluye, igualmente, que Bello no traduce sino que “imita” y adapta, y por medio de substituciones hace su versión de acuerdo con sus propias necesidades poéticas: “La originalidad de ‘La oración por todos’”, *Revista Nacional*

Las modificaciones anteriores conducen al traductor o imitador a una difícil adaptación de la rima final, la que, siguiendo el modelo, se despliega en formas pareadas y alternas; en cuanto a lo formal, sin embargo, la modificación más importante es otra: la substitución del complemento gramatical en el cual recae el dolor expresado en el poema: en “Fantômes” es “une jeune Espagnole” la destinataria más individualizada de los lamentos del poeta por la muerte de las muchachas inocentes; su muerte es la que Hugo más lamenta. En “Las fantasmas” la destinataria y razón de esas quejas ya no podía ser “una joven española”, sino “Lola”; para Bello el objeto directo del lamento tenía que ser Dolores, su adorada hija; introduce en la obra a la recién fallecida, y al hacerlo, convierte los versos narrativos descriptivos de Hugo en una elegía emocionante. Había encontrado en ese llanto generalizado del poeta francés su propia circunstancia personal, su propio llanto. Acaso por esto no asume Bello la elaboración de un poema propio; la excelencia de lo dicho por Hugo es casi suficiente; faltaban sólo las modificaciones oportunas que hiciesen ese discurso más personal, más suyo.¹³⁹

de Cultura, N°. 108 (1955), 13-22. Finalmente, en su libro *Andrés Bello a través del Romanticismo* (Caracas: s. e., 1956) dedica dos artículos al tema: en el primero, “Fuegos cruzados sobre ‘La oración por todos’”, descarta la noción de traducción por la de imitación: “Bello atiende a la necesidad de expresarse a sí mismo”, 13. En el segundo, “El milagro de ‘Los duendes’”, realiza un fino estudio comparativo con “Les Djinns” de Victor Hugo, poema que también aparece en *Les Orientales*. Además de analizar las modificaciones introducidas por Bello, se refiere a la estructura musical del poema, al modo de la “Pastoral”, de Beethoven. Cierra el libro con unas notas de colofón del primer artículo: “Originalidad y valores de ‘La oración por todos’”; afirma aquí que es superior la obra de Bello a la de Hugo, 165-182.

¹³⁹ “De modo que leer “Las fantasmas” o “A Olimpo”, otra de sus traducciones hugolianas, no implica realmente asomarse al verso de Victor Hugo, sino, siempre, a la visión bellista de un tema previo, el cual, como en la música, es sometido por el traductor a un juego de variaciones enteramente libre. Por esto “Las fantasmas” se convierten en modo de expresión de su pena personal y específica; mientras su Olimpo se aparta de los vagarosos perfiles románticos del personaje hugoliano, estentóreo y excepcional, para constituirse en retrato de sí mismo y de todos los hombres que, en la América de entonces, debían sufrir por sustentar aspiraciones limpias para la vida política de su patria.” Margarita Mateo Palmer y Luis Alvarez Alvarez, “Leyendo a un traductor”, *Andrés Bello. Valoración múltiple*. Manuel Gayol Mecías, ed. (La Habana: Casa de las Américas, 1989), 334.

Aunque se trata de un poema largo –ciento cincuenta versos repartidos en treinta estrofas en el original– no se dificulta la síntesis que, en general, parece demandar una composición elegíaca. Más bien “Fantômes” presenta la estructura tradicional del poema extenso: procede sobre todo por medio de descripciones y narraciones, pero en lenguaje pleno de figuras, engarzando temas o unidades de acción los que, al estar divididos en seis secciones, otorgan cierta textura narrativa a la composición. Andrés Bello no altera esta organización externa; conserva las seis partes, señaladas por igual cantidad de numerales romanos, como hace Hugo, pero al traducir reelabora los contenidos propuestos en cada una de ellas. De este modo “Fantômes” se abre en la primera unidad con el tema de la inevitabilidad de la muerte, que toca a todos:

Hélas! que j'en ai vu mourir de jeunes filles!
 C'est le destin. Il faut une proie au trépas.
 Il faut que l'herbe tombe au tranchant des faucilles
 Il faut que dans le bal les folâtres quadrilles
 Foulent des roses sous leurs pas. (vs. 1-5);
 [...]
 Oui, c'est la vie. Après le jour, la nuit livide. (v. 11)

Bello da ingreso a las unidades temáticas propuestas por Hugo comenzando la apertura según la siguiente traducción:

¡Ah, qué de marchitas rosas
 en su primera mañana!
 ¡Ah, qué de niñas donosas
 muertas en edad temprana!
 Mezclados lleva el carro de la muerte
 al viejo, al niño, al delicado, al fuerte. (vs. 1-6)

Como se anuncia desde esta estrofa que abre el poema “Las fantasmas”, la variación confirma que no se trata de una traducción literal, sino de una adaptación aun antes que de “imitación”, como la califica Bello, lo que pareciese menos original;

pero esta última, su propuesta, no debe asombrar porque es propia de su modestia. Los versos iniciales son suyos, si bien recoge algunas voces del original, como “roses” y “jeunes filles”, por “niñas”. Y luego, para evitar lo explícito del verso 11 de Hugo, propone: “El giro fatal no cesa: / la aurora anuncia el ocaso.” (vs. 19-20).

La segunda parte contiene una queja generalizada por las muchas jóvenes muertas, acaso víctimas de la guerra insensata o del frío de la noche; y se pasa a recrear luego el encuentro del poeta en la soledad del bosque con los fantasmas de esas jóvenes: “Que j’en ai vu mourir! – L’une était rose et blanche;” (v. 16) “Toutes fragiles fleurs, sitôt mortes que nées” (v. 26). Bello traduce o adapta lo relativo al primer tema de esta segunda parte de la siguiente manera: “¡Murieron, murieron mil! / la rosada y morena;” (vs. 25-26), “Todas nacidas apenas, / y ya cadáveres fríos!” (vs. 43-44). Se evita en español el símil relativo a las flores, pero se conserva la antítesis significativa de la fugacidad del tránsito entre el nacimiento y la muerte. Se encamina luego el poeta meditativo hacia el bosque, para el encuentro con esas almas queridas:

Quoi, mortes! quoi, déjà, sous la pierre couchées!
 Quoi, tant d’êtres charmants sans regard et sans voix!
 Tant de flambeaux éteints! tant de fleurs arrachées!...
 Oh! laissez-moi fouler les feuilles desséchées,
 Et m’égarer au fond de bois! (vs. 31-35)

Conservando y aun remarcando el sentido interrogativo de la original, Andrés Bello adapta esta estrofa sobre el asombro y el espanto, y luego sobre retiro del poeta, de la siguiente manera:

¿Y nada dejó la huesa?
 ¿ni una voz? ¿ni una mirada?
 ¿tanta llama, hecha pavesa?
 ¿y tanta flor, deshojada?
 ¡Adiós! huyamos a la amiga sombra
 de anciano bosque; pisaré la alfombra. (vs. 49-54)

Las exclamaciones que dan inicio a la estrofa original de Hugo, tal vez por portar matices de duda y consternación, se convierten para Bello en una serie de preguntas indirectas, relativas al sentido profundo de esta elegía, aproximándose la nueva versión aún más al consagrado tópico del ubi sunt, nada ajeno a los intereses pedagógicos del maestro. Propios son también los adjetivos empleados por Bello para precisar “la sombra” y “el bosque”; la estrofa es finalizada por Bello sin cierre; prefiere un severo encabalgamiento que se resuelve en la siguiente con “De secas hojas, que crujan / bajo mi pie vagoroso...” (vs. 55-56), muy al contrario de la forma original que finaliza como unidad. El bosque es, en fin, el común escenario del singular encuentro:

Doux fantômes! c'est là, quand je rêve dans l'ombre,
 Qu'ils viennent tour à tour m'entendre et me parler.
 Un jour douteux me montre et me cache leur nombre.
 A travers les rameaux et le feuillage sombre
 Je vois leurs yeux étinceler. (vs. 36-40)

Bello sintetiza la imagen propuesta por Hugo al eliminar la exclamación primera y la imagen de las fantasmas que, una a una, rodean al poeta para oírle y hablarle, manteniendo en español solo lo relativo a la mirada:

Fantasmas se me dibujan
 entre el ramaje frondoso:
 a incierta luz siguiendo voy su huella,
 y de sus ojos la vivaz centella. (vs. 57-60)

Este procedimiento de simplificación del texto primero no siempre es el regular; así por ejemplo, cuando Hugo escribe

Je les vois! je les vois! Elles me disent: Viens!
 Puis autour d'un tombeau dansent entrelacées; (vs. 47-48)

Bello más bien amplía la imagen anterior correspondiente y la situación descrita, aunque menos explícita, se dice más personal:

Y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda...
A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan. (vs. 67-72)

La imagen de algún cementerio criollo parece guiar la descripción inserta en los versos anteriores, donde el sauce que cubre la tumba modifica substancialmente el escenario propuesto por Hugo, como para aproximar la situación contextual al ámbito local de Bello; sin embargo, se recrean con la misma intensidad el contorno nocturno, retirado, y el matiz de misterio, tan dilectos del romanticismo según se muestran en “Fantômes”.

En la tercera unidad el poeta se lamenta por la desaparición de una, en especial, de entre todas aquellas niñas; así, la estrofa primera de esta parte se inicia con la selección de la más querida y la más llorada entre las muertas:

Une, surtout. – Un ange, une jeune Espagnole!
Blanches mains, sein gonflé de soupirs innocents,
Un oeil noir, où luisaient des regards de créole.
Et ce charme inconnu, cette fraîche auréole
Qui couronne un front de quinze ans! (vs. 51-55)

De esta estrofa Andrés Bello hace dos, e introduce de nuevo las modificaciones convenientes a lo expuesto por el texto base:

Una entre todas!... tan clara
la bella efigie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello.

Albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo agita,

azules como zafiros;
 y la celeste diáfana aureola
 que en sus quince a las niñas arrebola. (vs. 79-90)

Sin duda la modificación más importante aquí es, otra vez, el remplazo de “une jeune Espagnole” por “una”, que aunque Bello no la hace explícita, sí la determina con rasgos físicos distintos a los dichos en el original, y agrega un giro bastante personal: “...el semblante / me recuerdo, que jurara / estarla viendo delante:” y la descripción que sigue parece corresponder a los rasgos de su hija Lola, aún no mencionada en el poema –su primera apelación aparece pronto, en el verso 102–. Por lo anterior, los negros ojos de la española se convierten en los ojos azules como zafiros de Dolores Bello Dunn –hija de inglesa– y se añade la mención a su cabello de oro. Conserva Bello la imagen del pecho hinchido de inocentes suspiros, como rasgo distintivo de la pureza juvenil, pero elude la traducción de los otros rasgos de la criolla, porque eso le apartaría de su propósito y de su propia inspiración.¹⁴⁰

Las dos estrofas castellanas que expanden una francesa finalizan con la misma imagen expresada en el original: la corona de la juventud relucía en aquellas niñas de quince años, hoy privadas de la vida. Y es posible que por un empeño debido más a su amor de padre que a su lealtad como traductor, Bello mantiene esos quince años –Lola murió a los nueve, según se dijo– como prefigurando a su hija en esa edad de una prima-

¹⁴⁰ Pareciera que para Hugo España es parte del Oriente, como él lo había afirmado: “...et presque sans l’avoir voulu, hébraïques, turques, grecques, persanes, arabes, espagnoles meme, car l’Espagne c’est encore l’Orient: l’Espagne est a demi africaine, l’Afrique est a demi asiatique.” Así escribió el poeta en el prefacio de *Les Orientales*, 322. De allí acaso la justificación de esta “jeune espagnole” en el poema. Por otro lado, ésta no resulta ajena al contexto de los primeros amores del adolescente Victor Hugo. Cfr. Raymond Escholier, *Un amant de génie: Victor Hugo. Lettres d’amour et carnets inédits* (París: Librairie Arthème Fayard, 1953). Al respecto véase el capítulo I, “Pepita”, en el que se relatan algunos encuentros amorosos del niño Victor durante su estadía en España y sur de Francia.

vera que no alcanzó a vivir; canta el futuro de una ilusión paternal, a pesar de saberla tronchada.

La cuarta sección del poema se concreta en imágenes que muestran los preparativos del baile y la emoción de la fiesta, porque en el cosmos de ambas obras la “jeune Espagnole” y Lola van a morir a causa de una neumonía contraída al salir al frío de la madrugada después de la algarabía del baile; contrario a lo que pudiera esperarse en jóvenes de quince años, no es el amor quien les da muerte:

Non, ce ne point d’amour qu’elle est morte; pour elle,
L’amour n’avait encor ni plaisirs ni combats;

[...]

Elle aimait trop le bal, c’est ce qui l’a tuée. (vs. 56-57 y 61)

Andrés Bello, el padre adolorido, por medio de un giro eufemístico elude el verbo “matar” [tuer] y, claro, mantiene la noción acerca de la inocencia de la joven muerta, su querida niña:

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto, cupo:
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.

[...]

El baile fue su pasión,
y costóle caro, asaz; (vs. 91-94 y 97-98)

En los versos de Hugo que continúan a los recién citados y en la estrofa castellana que sigue, se advierte claramente el modo de elaboración de Bello para adaptar la versión original a sus propios recursos de poeta bien consciente de las posibilidades de su lengua; en el cotejo siguiente se lee el empleo del hipérbaton y de la ampliación de la imagen original. Escribió Hugo:

Sa cendre encore frémit, doucement remuée,
Quand, dans la nuit sereine, une blanche nuée
Danse autour du croissant des cieux. (vs. 63-65)

Versos que se convierten así en la estrofa que sigue:

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece. (vs. 103-108)

Aquí se sitúa el concepto temporal de la estrofa de primero –“todavía”– y se deja el sujeto “su ceniza” [sa cendre] al final, concluyendo con el efecto sorprendente de unas cenizas aún con manifestaciones de vida.

Antes tiene lugar el baile, la fiesta propiciatoria de la desgracia. Y los versos destinados a plasmar ese evento feliz que, sin embargo, pareciese un ritual que antecede a la muerte, son ricamente narrativos: predominan los verbos de acción, las imágenes de movimiento. Bello consigue plenamente el dinamismo de las frases originales, pero, claro, tiene que alterar dolorosamente el sujeto de un pronombre personal a un nombre preciso:

Mais elle, par la valse ou la ronde emportée,
Volait, et revenait, et ne respirait pas, (vs. 91-92)

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, gira:
¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!
no descansa, no respira; (vs. 145-148)

Y, sin embargo, de pronto, en medio del festín, el padre –o el hombre maduro que observa– siente la presencia sombría del tedio y sus anuncios:

Tout en elle était danse, et rire, et folle joie.
Enfant!– Nous l’admirions dans nos tristes loisirs;
Car ce n’est point au bal que le coeur se déploie,
La cendre y vole autour des tuniques de soie,
L’ennui sombre autour des plaisirs. (vs. 86-90)

Bello, el padre entonces presente, hoy adolorido, adapta de la siguiente manera la estrofa anterior:

Todo en ella es travesura,
 juego, donaire, alegría,
 inocencia... En una oscura,
 solitaria galería,
 yo, que los grupos móviles miraba,
 a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso...
 y triste no sé si diga;
 en el baile bullicioso,
 el loco placer hostiga:
 enturbia el tedio la delicia, y rueda
 impuro polvo en túnicas de seda. (vs. 133-144)

Según el proceso ya regular, así como el primer verso del original se convierte en dos de la traducción, la estrofa entera de Hugo se traslada a dos castellanas; y si bien la versión de Bello es bastante libre, conserva la idea esencial de Hugo: donde menos se espera se halla velada la amenaza de la muerte. Otra vez la modificación más notoria aparece cuando en el segundo poema el pronombre “Yo” se lee reemplazando al “nous”; más allá de la evidente proximidad que se establece entre el hablante y su objeto gracias a la primera persona singular, esta severa modificación permite arriesgar una interpretación: Andrés Bello está o estuvo viendo bailar a su hija, disfrutando de una fiesta donde ella se distraía y ahora recuerda, busca –recrea– algún secreto anuncio, alguna falta de precaución al abandonar la fiesta. Al traducir revive esos momentos y recuerda, o imagina, el pasado reciente. Victor Hugo escribió “Fantômes” sin haber experimentado ese sufrimiento personal: esta poesía como la gran mayoría de *Les Orientales* es producto de invención y no vivencia del poeta, como de vivencia desgarradora serán más tarde los versos que dedica a la muerte de su amada hija Léopoldine.¹⁴¹

¹⁴¹ Particularmente intensos son los poemas del “Livre quatrieme”, Pauca

De igual modo vuelve a resaltar en la versión castellana el cambio del pronombre “elle” por el nombre de “Lola”; y aunque ambas son objeto de la admiración del hablante lírico correspondiente, en Bello aparece mucho más determinado el sujeto “yo” tras del cual asoma el dolor del padre ante el hecho ha poco acaecido. Son los adjetivos “pensativo”, “caviloso”, “triste” los que guían la dirección semántica de ambas estrofas hacia una idea premonitoria: es el inevitable temor a la muerte de la hija adorada, sentido de pronto por el padre que la observa gozosa en medio de la fiesta. “La cendre”, las cenizas que se hacen “polvo impuro”, “L’ennui”, el “tedio” que “enturbia la delicia”, sostienen la noción pesimista al final de la estrofa. El hastío, las cenizas, son una suerte de anuncio siniestro: en torno del placer se halla acechando siempre la parca artera. La antigua imagen poética del áspid venenoso entre las rosas del jardín sitúa el poema, además, en la gran tradición lírica de Occidente, a la cual el maestro Bello ha aspirado a incorporar a las nacientes letras chilenas. Y nada más oportuno para el caso que acogerse al modelo del indisputado Víctor Hugo para ofrecer una enseñanza aun en medio de su dolor.

Y el baile llega a su fin; es de madrugada, hora de volver a casa; y en esos momentos, en el hecho más insignificante puede hallarse la enfermedad, y en ella, la muerte en potencia:

Mais hélas! il fallait, quand l’aube était venue,
Partir, attendre au seuil le manteau de satin.
C’est alors que souvent la danseuse ingénue
Sentit en frissonnant sur son épaule nue
Glisser le souffle du matin. (vs. 101-105)

Andrés Bello sintetiza con elegante precisión lo expuesto por Hugo para dar lugar al mismo trágico minuto en una estrofa:

meae, de *Les contemplations* (1856); entre estas diecisiete composiciones se cuenta la conocida “A Villequier”, escrita en 1847 en el lugar donde había muerto la joven Léopoldine.

Cfr. Alma Rosa Aguilar Gutiérrez, “‘A Villequier’. Análisis de un poema de *Les Contemplations* de Víctor Hugo”, *Letras* (Costa Rica) N^{os} 11-12 (1986), 95-101.

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satín;
y bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina. (vs. 163-168)

En la quinta unidad temática del poema se hace referencia al vacío que deja la hija en el seno del hogar, donde quien más llora su ausencia es la inconsolable madre:

Sa pauvre mère!– hélas! de son sort ignorante,
Avoir mis tant d’amour sur ce frère roseau,
Et si longtemps veillé son enfance souffrante,
Et passé tant de nuits à l’endormir pleurante
Toute petite en son berceau! (vs. 121-125)

Aunque alterando bastante el orden de los términos –salvo la exclamación inicial– Bello traduce lo anterior y lo dispone acorde con su sentir, sin dejar escapar nada de la emoción concentrada en el original:

¡Pobre madre! ¡Qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta! (vs. 193-198)

Pero ya no estará más la hija al alcance de los cuidados solícitos de su madre; ahora, en ultratumba, es “Su amor, su Lola, cebo del gusano inmundo”, y en vez de madre, una fantasma horrible asiste a la joven muerta: “Un spectre, au rire affreux, à sa morne toilette / Préside au lieu de mère...” (vs. 131-132). Bello mantiene fiel la traducción de esta imagen que vuelve a aproximar muy visualmente el discurso poético al espacio significativo propuesto por el título, pero necesita hacer explícito el cambio de “elle” por “Lola”: “en vez de madre, un

descarnado y triste / espectro al tocador de Lola asiste”. (vs. 209-210). Omite, además, la versión española, acaso por excesivo, el calificativo de la “risa horrorosa” [rire affreux] del espectro.¹⁴² Otra iluminante coincidencia se producía para Bello entre el cosmos ficticio del poema creado por Hugo y los padecimientos suyos y de su casa, confirmando de ese modo doloroso la altura universal de una obra con la cual podía dialogar esas verdades.

La sexta y última parte del poema comprende una reflexión y una advertencia del poeta a las muchachas, quienes, como humanas, pueden ser presas de la muerte aun en la flor de la vida, aun en medio de la algarabía de una fiesta:

Vous toutes qu'à ses jeux le bal riant convie,
Pensez à l'Espagnole éteinte sans retour,
Jeunes filles!... (vs. 141-143)

Bello conserva el tono de advertencia, aunque modifica el agente del baile por uno más general, el placer, y mantiene el matiz personalizado que constituye el núcleo de su versión:

¡Niñas! no el placer os tienta,
que víctima tanta inmola;
mas tened, tened presente
a la malograda Lola; (vs. 229-232)

Hasta en los versos finales se pone en evidencia cómo Andrés Bello, siguiendo el sentido básico del texto original, va in-

¹⁴² En una carta dirigida al general colombiano Tomás Cipriano de Mosquera, fechada en Valparaíso en 1843, Bello le expresa el dolor que se vive en casa por la pérdida: “Mi residencia en el campo hizo llegar a mis manos con bastante retardo la favorecida de V. en que manifiesta una simpatía que me penetra el reconocimiento por la temprana muerte de mi querida hija. Los consuelos de la amistad son los únicos que pueden templar la amargura de esta pérdida. Ojalá que no se halle V. nunca en el caso de sufrir una semejante. Mi mujer ha tenido también un accidente que me ha inquietado mucho; efecto, probablemente, de sus padecimientos físicos y morales durante la enfermedad de su hija”. *Epistolario*. Obras Completas XXV-XXVI. II, 78.

roduciendo las modificaciones que hacen de él algo más que un traductor de Victor Hugo: es manifiesto que ha encontrado en *Les Orientales*, y en “Fantômes” en particular, una fuente de poesía poderosa y estimulante; y por cierto que no fue él el único escritor en el mundo, por este tiempo, que reconocía en Hugo las formas y los temas de una expresión literaria ejemplar.

No desmerece Bello en la condición de discípulo del célebre autor francés; al contrario, puesto que gracias a su aprendizaje en tan profunda experiencia creativa, se hará difusor de ese arte sobresaliente. El 17 de septiembre de ese mismo año de 1843, al dar lectura al discurso de instalación de la Universidad de Chile, Bello –además de referirse a las traducciones como un medio “siempre y necesariamente infiel”– dijo: “La universidad fomentará, no solo el estudio de las lenguas, sino de las literaturas extranjeras”, porque esta disciplina, agrega, “posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; que afina el lenguaje, haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas; que por el estudio de otros idiomas vivos y muertos, nos pone en comunicación con la antigüedad y con las naciones más civilizadas, cultas y libres de nuestros días”. Como primer rector se dio a cumplir esa propuesta y, desde este punto de vista, sus “Fantasmas” son también una lección inicial en vísperas de la apertura de esa Casa de Estudios que su esfuerzo ayudaba a fundar. Sus palabras serán las de un difusor por excelencia, porque desde la cima de la literatura chilena y continental, donde Bello se encontraba, sus obras estaban llamadas a ser enseñanza permanente.

Bien parece que Andrés Bello es el autor de las primeras traducciones de Victor Hugo en la América española; si así fuese, no cabe duda que la obra de Hugo estaba destinada a una amplia repercusión en el continente, por razón de su calidad y méritos muy propios, y por la calidad y prestigio intelectuales de quien se dedicaba a propagarla.

BIBLIOGRAFIA

Dos ediciones existen de las Obras Completas de Andrés Bello: la publicada en Santiago de Chile en 15 volúmenes entre 1881 y 1893, bajo los auspicios de la Universidad de Chile y el Consejo de Instrucción Pública, y la publicada en Caracas por el Ministerio de Educación de Venezuela y La Casa de Bello, entre 1951 y 1984, en 26 volúmenes.

TEXTOS DE ANDRES BELLO CITADOS EN LAS NOTAS

Bello, Andrés, *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias* (Londres: G. Marchant, 1823). (Caracas: Presidencia de la República, 1973). Edición facsimilar. Ofrecimiento de Rafael Caldera.

———, *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año 1810* (Caracas, 1810). Edición de Pedro Grases (Caracas: La Casa de Bello, 1978).

———, *Cosmografía y otros artículos de divulgación científica*, Obras completas, vol. XX. Prólogo y notas de F. J. Duarte (Caracas: Ministerio de Educación, 1957).

———, “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile” (17 de septiembre de 1843). *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. Introducción y selección de José Gaos (México: Séneca, 1945).

———, *El Orlando enamorado, del conde Mateo María Boyardo, escrito de nuevo por Berni y traducido al castellano por don Andrés Bello*. Introducción de Diego Barros Arana (Santiago: Imprenta Nacional, 1862).

- , *El Repertorio Americano* (Londres: Bossange, Barthés y Lowell, Tomo I, 1826; II, 1827; III, 1827; IV, 1827) (Caracas: Presidencia de la República, 1973). Edición facsimilar con prólogo e índices por Pedro Grases.
- , *Epistolario*. Obras completas, vols. XXV y XXVI. Prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta. (Caracas: La Casa de Bello, 1984).
- , *Estudios filológicos*. Obras completas, vol. VI. Introd. de Samuel Gili Gaya (Caracas: Ministerio de Educación, 1955).
- , *Estudios gramaticales*. Obras completas, vol. V. Prólogo y ed. de Angel Rosenblat (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1951).
- , *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Obras completas, vol. IV. Prólogo de Amado Alonso. (Caracas: Ministerio de Educación, 1951).
- , *Poema del Cid*. Obras completas, vol. II. Introd. de Baldomero Pizarro. (Santiago: Universidad de Chile, 1881).
- , *Poesías*. Obras completas, vol. III. Prólogo de Miguel Luis Amunátegui. (Santiago: Consejo de Instrucción Pública, 1883).
- , *Poesías*. Obras completas, vol. I. Prólogo de Fernando Paz Castillo. Introducción General de la Comisión Editora (Caracas: Ministerio de Educación, 1952).
- , *Resumen de la historia de Venezuela* (Caracas, 1810). Edición de Pedro Grases (Caracas: La Casa de Bello, 1978).
- , *Temas de crítica literaria*. Obras completas, vol. IX. Prólogo de Arturo Uslar Pietri (Caracas: Ministerio de Educación, 1956).
- , *Temas de historia y geografía*. Obras completas, vol. XIX. Prólogo de Mariano Picón Salas (Caracas: Ministerio de Educación, 1951).

EN TORNO A ANDRES BELLO Y SU EPOCA

Aguilar Gutiérrez, Alma Rosa, "A Villequier'. Análisis de un poema de *Les Contemplations* de Victor Hugo", *Letras* (Costa Rica) N^{os} 11-12 (1986).

Alberich, José, "Actitudes inglesas ante el mundo hispánico en la época de Bello", *Bello y Londres. Segundo congreso del bicentenario* (Caracas: La Casa de Bello, 1980), 2 vols.

Alonso Pinzón, Martín, *Andrés Bello jurisconsulto* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1982).

Amunátegui, Miguel Luis, *Vida de don Andrés Bello* (Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez, 1882).

Araujo, Orlando, "La economía venezolana en la época caraqueña de Andrés Bello", *Revista Nacional de Cultura*, N^o 241 (1979).

Arcos La Rosa, Jorge L., "Andrés Bello. Originalidad americana de una poesía neoclásica", *Andrés Bello. Valoración múltiple*. Manuel Gayol Mecias, ed. (La Habana: Casa de las Américas, 1989), 273-292.

Boersner, Demetrio, *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1982).

Bolívar, Simón, "Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño" (15 de diciembre de 1812). *Doctrina del Libertador*. Prólogo de Augusto Mijares. Compilación de Manuel Pérez Vila (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979), y los siguientes escritos:

———, "Discurso en la Villa de Tenerife" (24 de diciembre de 1812).

———, "Ley de repartición de bienes nacionales entre los militares del Ejército Republicano" (10 de octubre de 1817).

———, "Discurso de Angostura" (15 de febrero de 1819).

- , “Creación de las juntas provinciales de agricultura y comercio” (21 de mayo de 1820).
- , “Distribución de tierras a los indígenas” (4 de julio de 1825).
- , “El primer deber del gobierno es dar educación al pueblo” (11 de diciembre de 1825).
- , “Fomentar la agricultura en el departamento de Santa Cruz” (14 de diciembre de 1825).
- , “Ordena realizar censo agrícola en Bolivia” (17 de diciembre de 1825).
- Caro, Miguel Antonio, *Poesías de Andrés Bello*. Precedidas de un estudio biográfico y crítico (Madrid: Imprenta de D. A. Pérez Dubrull, 1882).
- Crema, Edoardo, *Andrés Bello a través del Romanticismo* (Caracas: s. e., 1956).
- , *El drama artístico de Andrés Bello. Tras el libertador político el libertador artístico* (Caracas: Editorial Universitaria, 1948).
- , “La originalidad de ‘La oración por todos’”, *Revista Nacional de Cultura*, N° 108 (1955).
- Echeverría, Esteban, “Antecedentes y primeros pasos de la revolución de Mayo”, citado por Leopoldo Zea, *El pensamiento Latino Americano* (Barcelona: Ariel, 1976).
- Escholier, Raymond, *Un amant de génie: Victor Hugo. Lettres d’amour et carnets inédits* (París: Librairie Artheme Fayard, 1953).
- Feliú Cruz, Guillermo, “La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello”, *Atenea*, N° 410, “Homenaje al centenario de la muerte de don Andrés Bello” (1965).
- , “Bello, Irisarri y Egaña en Londres”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 54, N° 58 (1927).
- Fernández Larraín, Sergio, *Cartas a Bello en Londres. 1810-1829* (Santiago: Andrés Bello, 1968).

- García Canclini, Néstor. "Lingüística, teoría de la comunicación y estética", *Arte popular y sociedad en América Latina* (México: Grijalbo, 1977).
- Genette, Gerard, "Proust palimpseste", *Figures I* (París: Seuil, 1966).
- , *Palimpsestes. La littérature au second degré* (París: Seuil, 1982).
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. de Antonio Alatorre (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).
- González Casanova, Pablo, *La utopía de América* (México: UNAM, 1953).
- Grases, Pedro, *Don Andrés Bello y el poema del Cid* (Caracas: s. e., 1941).
- , "Miranda y Bello", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) N^{os} 78-79 (1950).
- , *Tres empresas periodísticas de Bello* (Caracas: Universidad Central, 1955).
- , *Tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*, prólogo de Rafael Caldera (Caracas: Ministerio de Educación, 1962).
- , *Algunos temas de Bello* (Caracas: Monte Avila, 1978).
- , *Libros de Bello editados en Caracas en el siglo XIX* (Caracas: La Casa de Bello, 1978).
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1969).
- Hanke, Lewis y Giménez Fernández, Manuel, *Bartolomé de Las Casas. (1484-1566). Bibliografía crítica* (Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954).
- Hentschel, Cedric, "Sobre la síntesis de literatura y ciencia natural en Alejandro de Humboldt", en *Alexander von Humboldt (1769-1969)*, Adolf Meyer Abich editor (Bonn: Inter Naciones, 1969).

- Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1964).
- Hugo, Victor, *Odes et Ballades. Les Orientales*. Cronología e introducción de Jean Gaudon (París: Garnier-Flammarion, 1968).
- Humboldt, Alexander von, *Atlas pittoresque. Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (París: F. Schoell, 1810).
- , “Geografía de las plantas, o cuadro físico de los Andes equinocciales y de los países vecinos, por Federico Alejandro, Barón de Humboldt”, *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. II, 1808. Trad. de Jorge Tadeo Lozano (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942).
- , *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, hecho en 1799 hasta 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland*, redactado por Al. de Humboldt. Con mapas geográficos y físicos (París: s. e., 1826), 5 vols.
- , *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*. Edición facsimilar a cargo de Hanno Beck (Stuttgart: F. A. Brockhaus, 1970).
- , *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, trad. de Lisandro Alvarado (Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1956), 4 vols.
- Isaza Calderón, Baltazar. *La doctrina gramatical de Bello*, 2ª ed. Anejo del Boletín XV (Madrid: Real Academia Española, 1967).
- Jones, Calvin P. “The Spanish American Works of Alexander von Humboldt as Viewed by Leading British Periodicals, 1800-1830”, *The Americas* (Washington, DC), 29, N^o 4 (1973).
- Kahle, Günter, *Simón Bolívar y los alemanes*. Trad. de Ernesto Garzón Valdés (Bonn: Inter Naciones, 1980).
- Lastra, Pedro, “Presencia de Rilke en un poema de Aleixandre”, *Insula*, N^{os} 374-375 (1978).
- Lukács, Georg, *La novela histórica*, trad. de Jasmin Reuter (México: Era, 1971).

- Lynch, John, *Las revoluciones hispanoamericanas: 1810-1824*. Trad. de Javier Alfaya y Barbara Mcshane (Barcelona: Ariel, 1976).
- , ed. *Andrés Bello. The London Years* (Londres: Richmond Publishing, 1982).
- Malthus, Thomas Robert, *An Essay on the Principle of Population and A Summary View of the Principle of Population*, ed. e introducción de Anthony Flew (Londres: Penguin Books, 1970).
- Mateo Palmer, Margarita y Alvarez Alvarez, Luis, “Leyendo a un traductor”, *Andrés Bello. Valoración múltiple*. Manuel Gayol Mecías, ed. (La Habana: Casa de las Américas, 1989).
- McIntyre, Loren. “Humboldt’s Way”, *National Geographic Magazine*, 166, N° 3 (1985).
- Mier, Servando Teresa de, *Memorias*. Ed. y prólogo de Antonio Castro Leal (México: Porrúa, 1946), 2 vols.
- Miranda, Francisco de, (¿?) “Emancipation of Spanish-America”, *The Edinburgh Review or Critical Journal*, 13, N° 26 (1809).
- Orrego Vicuña, Eugenio, *Don Andrés Bello* (Santiago: Ercilla, 1953).
- Picón Salas, Mariano, “Bello y la historia”, en *Andrés Bello, Temas de historia y geografía. Obras Completas, XIX* (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1957).
- Rodríguez Monegal, Emir, *El otro Andrés Bello* (Caracas: Monte Avila, 1969).
- Rojas, Arístides, “El poeta virgiliano”, *Humboldtianas*, compilación de Eduardo Bohl y prólogo de Angel M. Alamo (Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1942), 2 vols.
- Rojas, Ricardo, “Prólogo”. Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*. Angel Rosenblat, ed. (Buenos Aires: Emecé, 1944).
- Romero, José Luis, *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)* (Caracas: Ayacucho, 1977). 2 vols.

- Rosenblat, Angel, *El pensamiento gramatical de Bello* (Caracas: Ministerio de Educación Pública, 1965).
- Salcedo-Bastardo, José Luis, *El primer deber: con el acervo documental de Bolívar sobre la educación y la cultura* (Caracas: Equinoccio, 1973).
- Sambrano Urdaneta, Oscar, "Cronología de Bello en Caracas", *Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario* (Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1979).
- , *Cronología de Andrés Bello. 1781-1865* (Caracas: La Casa de Bello, 1990).
- , "Cronología londinense de Andrés Bello", *Bello y Londres. Segundo congreso del bicentenario* (Caracas: La Casa de Bello, 1980), 2 vols.
- Sarmiento, Domingo F., *De la educación popular* (Santiago de Chile: Julio Belín editor, 1849).
- Schnelle, Christel, "Alejandro de Humboldt y algunos problemas del desarrollo de la literatura en América Latina", *Beitraege zur Romanischen Philologie*, 10, N° 1 (1971).
- Shulgovski, Anatoli, "Bolívar y Bello: papel en la lucha liberadora en América Latina", *América Latina* (Moscú) N° 3 (1981).
- Smith, Colin, "Los trabajos de Andrés Bello sobre el Poema del Cid", *Bello y Chile. Tercer congreso del bicentenario* (Caracas: La Casa de Bello, 1981), II.
- Stevens, Henry, *The Humboldt Library. A catalogue of the Library of Alexander von Humboldt* (Londres: H. Stevens-American Agency, 1863).
- Ustáriz, Francisco Javier, "Proyecto de un gobierno provisorio para Venezuela" (18 de agosto de 1813), en *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, José Luis Romero, ed. (Caracas: Ayacucho, 1977), I.
- Velleman, Barry L., "Bello gramático: modernidad del enfoque sintáctico", en *Bello y Chile. Tercer congreso del bicentenario* (Caracas: La Casa de Bello, 1981), I.

BIBLIOGRAFIA

Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, *Carta a los españoles americanos por uno de sus compatriotas* (Londres: P. Boyle, 1801).

Waddell, D. A. G., "Las relaciones británicas con Venezuela, Nueva Granada y la Gran Colombia, 1810-1829", *Bello y Londres. Segundo Congreso del bicentenario* (Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1980), I.

Zea, Leopoldo, *El pensamiento Latino Americano* (Barcelona: Ariel, 1976).

———, "Humboldt y la independencia de América", *Ensayos sobre Humboldt*. Marianne O. de Bopp, ed. (México: UNAM, 1962).

———, *Latinoamérica. Emancipación y neocolonialismo* (Caracas: Tiempo Nuevo, 1971).

Durán Luzio ha laborado en el Instituto de Literatura Chilena y en el Instituto Pedagógico, ambos de la Universidad de Chile, y en los Departamentos de Lenguas Romances de Harvard University, The University of Chicago y de la University of California, en Los Angeles. Ha realizado estudios en las bibliotecas John Carter Brown y The Library of Congress, en los Estados Unidos.

Una beca del Deutscher Akademischer Austauschdienst le permitió la estadía en las bibliotecas de las ciudades de Bonn y Berlín. También ha permanecido como investigador visitante en la Biblioteca Nacional, en Madrid.

En la actualidad Juan Durán Luzio es profesor de Literatura Hispánica en la Universidad Nacional de Costa Rica.

Se incluyen en esta obra, además de una introducción biográfica, siete ensayos que asedian creaciones de Andrés Bello como poeta, como lector erudito, como traductor y, sobre todo, como maestro y artista americano muy consciente del enorme cambio que se operaba en la sociedad y en la cultura de sus días. Las victorias en las batallas por independizarse de España no eran suficientes para abrir al antiguo orbe colonial su camino hacia la nueva época moderna, época que el criollo democrático y republicano anhelaba. Andrés Bello sabe que, además de constituciones y decretos innovadores, la enorme empresa debía acompañarse de un cambio en la concepción de las letras, de la lengua y del saber en general.

Se analizan en estos ensayos las relaciones entre las variadas lecturas de Bello y el proceso según el cual el escritor insertó en sus obras las tensiones históricas, políticas y culturales más salientes en sus días. Así, desde esas perspectivas se posibilita una comprensión más amplia y profunda del quehacer literario del maestro. Andrés Bello, como se ha dicho, es el Libertador cultural de la América española; estos ensayos buscan los modos de probar el acierto que encierra esa frase repetida pero feliz.

ISBN 956-13-1598-X



9 789561 315983 >